



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

F

3097

.V62

A 406146



Vertical line on the right side of the page.



CARTA POLITICA

sobre la guerra Chileno-Panamá
por
Manuel Jesús Vicuña

—



LIMA

IMPRESA DE "LA ACTUALIDAD"

1881

1940
1941
1942
1943
1944



S. Com.
ayllu
5-4-44
50247

F
3097
.V62

Lima, Abril 30 de 1881.

SEÑOR D. ADOLFO IBAÑEZ.

Santiago.

APRECIADO AMIGO :

Como a presidente de la asamblea electoral de Santiago que sostiene la causa civil por la cual deben combatir incansablemente todos los buenos ciudadanos, me dirijo a usted desde las orillas del Rimac, en donde nació nuestra antigua amistad, bajo circunstancias muy distintas para Chile.

Ya que no puedo estar al lado de los que combaten por ella incorporándome en sus filas como activo soldado, desde aquí formulo mi voto, fundándolo en lo que usted i demas

compañeros de la misma causa leerán a continuación, pidiéndole de antemano mis excusas por todo aquello en que nuestras opiniones se encuentren diverjentes.

Sin más preámbulo, amigo mio, entro en materia.

I

La carta que don Eduardo de La Barra dirigió al jeneral Baquedano en el *Mercurio* de marzo 15, me habia tentado para dirigirle yo tambien otra a mi turno. Pero reflexionando bien, desistí inmediatamente de tal propósito, convencíendome que la candidatura del jeneral no podia pasar de una simple broma inventada por algunos chuscos i recojida por el amigo de la Barra con cierto sobresalto nervioso i por lo tanto completamente irreflexivo.

Bajo la influencia de estas ideas, usted calculará cuál habrá sido mi sorpresa al ver que la broma se ha vuelto asunto sério i que los chuscos que yo imaginaba, son hombres tan respetables como los que firman la carta-ofrecimiento al jeneral.

Naturalmente, he necesitado meditar mucho para volver en mí i llegar a persuadirme que

la cosa va de veras. En mis apuros para explicarme el fenómeno, he ocurrido varias veces a la fuente que le ha dado oríjen, es decir, a la lista de los notables que han empollado el huevo.

Si todos ellos fueran tan ancianos como los señores Perez, de Santiago Concha, jeneral Arteaga, Lazcano, Echenique, jeneral Godoi, Huidobro, Vial i Salamanca, ya me habria sido fácil encontrar la explicacion. Usted, yo i todo el mundo sabe que los gallos cuando llegan a cierta edad ponen un huevo, que segun el vulgo, encierra un basilisco, pero que en realidad de verdad no es otra cosa que un pequeño glóbulo de albúmina.

Si esta comparacion le parece a usted impropia de un escrito sério, único carácter que quiero darle al mio, bórrela; pero en la inteligencia que no la he traído a los puntos de la pluma con el ánimo de hacer reir a nadie, i, mucho ménos con el de ofender a personas que, no podría hacerlo sin traicionar los sentimientos de respeto i de alta consideracion que me merecen.

He creído que ella traducía fielmente mi pensamiento, emitido con la franqueza que acostumbro siempre: i hé ahí todo.

Piensa usted que yo no consideraría a Baquedano como un verdadero basilisco en caso que su presidencia se hiciera verbo? Si se toma el trabajo de consultar el diccionario verá que hasta la segunda acepcion de la palabra cabe con oportunidad en el presente caso.

Basilisco no es solo el animal fabuloso que

mata con la vista, sino tambien el nombre que antiguamente se daba á ciertas piezas de artillería. ¿I no cree usted que Baquedano en el poder, seria una pieza de artillería abocada durante cinco años a todas las libertades que hemos conquistado en tanto tiempo de perseverante i asídua labor?

Exactamente asi lo considero yo; i por eso me halaga la esperanza que de esta pobre i débil incubacion, no ha de salir ni un basilisco, ni un gallo, sino apenas un poco de albúmina con la cual no podrá fabricarse el merengue de la presidencia.

Lo del gallo, absolutamente es de temerlo, ya que perdió las espuelas en Miraflores, como usted i Chile entero lo sabrán en los dias que corren, revelando hora por hora tantas cosas que debieron haber quedado guardadas en misterioso pero discreto silencio.

En el curso de este escrito he de contribuir yo a descubrir muchas otras que tal vez se ignoran allá, porque ha habido interés en ocultarlas o recato i vergüenza para confesarlas.

Sensible es tener que entrar a este terreno cubierto por la gloria i cuya poderosa irradiacion, estendiéndose mas allá del círculo del ejército, para iluminar a una nacion entera, no debiera escluir pequeñas personalidades, proyectando puntos sombríos que, falso i extraviado criterio puede considerar como lunares puestos en su inmaculada frente.

Asi lo entiendo yo, i por eso, a pesar de haber tenido vehementes deseos de escribir la parte de la campaña que he presenciado, ántes

que el tiempo borrara los recuerdos confiados puramente a la memoria, no lo habia hecho, queriendo dejar pasar el polvo de oro que forma la nube gloriosa de las batallas, cegando por el momento los ojos a la luz de toda verdad histórica:

Si hoy interrumpo en parte, ese propósito, mia no será la culpa sino de los que adelantando sus juicios sin pruebas que lo justifiquen, se lanzan a mistificar al pais en beneficio de una política reaccionaria, presentándole un caudillo que sometido a consejo de guerra por los mismos actos con que tratan de glorificarlo, iria seguramente a sufrir la pena de reo justamente condenado.

Los que han presenciado la campaña, colocados entre la prudente reserva que obliga a callar todo aquello que por el momento puede amenguar el prestigio de nuestras armas, i el deber de decir la verdad para que la luz se haga i con ella se deslinden los méritos i las faltas que han de obtener el premio o recibir el castigo, no han podido optar sino por el silencio que, como discreto consejero, solo pide al tiempo la oportunidad para revelar lo que ántes ha guardado.

Pero cuando todavia esa oportunidad no ha llegado i del prudente silencio se quiere sacar ventajas, presentando una pobre luna que vive reflejando prestada luz, para deslumbrar al pais i hacerle creer por obra de prestidigitacion política, que brilla con luz propia, entónces es deber de todo hombre de patriotismo, de verdad y de justicia, alzar el velo i mostrar la rea-

lidad, por más que ella venga á mortificar el amor propio de los mismos que la descubren i que de buen grado quisieran ocultar.

Entre el porvenir de Chile, amenazado por el gobierno de un soldado ignorante, suspendido en hombros de un círculo reaccionario de vieja política conservadora, i el temor de confesar algunas faltas que solo afectan individualmente, nadie puede vacilar un instante, a ménos que la vanidad se sobreponga a la razon i el falso brillo de idólatra mitolojía quiera abrir paso al paganismo político que ha de levantar sus altares sobre las ruinas de una sana democracia, formada en la escuela de práctica filosofía.

Que ese falso brillo, amigo mio, haya ejercido poderosa influencia en el ánimo de los respetables ancianos que han dado prestigio a Baquedano, suscribiendo los primeros su candidatura, lo comprendo perfectamente. La luz de la gloria deslumbra e impresiona tanto el alma de buena i noble ancianidad, como exalta la fantasía de pura i ardiente juventud. Los extremos se tocan i los ancianos vuelven a ser niños para vivir de idénticas impresiones.

Comprendo tambien, i eso, sin el menor esfuerzo, que los conservadores i clericales que allí figuran, hayan suscrito de muy buen grado una candidatura que les dá quizá la única i última esperanza de volver al poder. Ellos no ambicionan otra cosa; i hace tiempo, desde que se inició la guerra, que buscan un caudillo cualquiera, no importa el hombre, con tal que con el prestigio de sus triunfos pueda arrastrar

las corrientes populares que siempre les ha faltado para engrosar sus filas. El último sarjento del ejército sería exactamente lo mismo si con él pudieran llegar al logro de sus propósitos.

Cuando Williams bamboleaba ante la opinión pública, pero conservando todavía algunas probabilidades de continuar con el mando de la escuadra, su prensa y sus hombres se lanzaron a defenderlo para obligar sin duda su gratitud i esplotar en seguida los triunfos que pudiera obtener. Era una expectativa! Al mismo tiempo, el jeneral Escala constituía otra expectativa mucho mejor fundada, i así se contaba ya con los dos jefes que representaban las fuerzas de mar i tierra del poder de Chile.

Después, no ha habido jefe que con merecido o falso prestigio haya empezado a llamar la atención pública a quien los conservadores no rodearan en el acto para hacerlo el centro, el objetivo de sus halagos i galanterías. Llegó a Santiago el jeneral Amengual con el parte de la batalla de Tacna, i creyendo que su prestigio era inmenso en el ejército i que pronto volvería a desempeñar un rol mucho más importante, le ofrecieron un banquete al cual asociaron todavía a Manuel Bulnes, que podía ser una esperanza, si llegaba a obtener en el ejército el puesto que le correspondiera por sus indisputables méritos como soldado, como patriota i como hombre de intelijencia.

Entre tanto, no descuidaban ni un solo momento al que por la casualidad, por la fortuna i hasta por su misma humilde ignorancia,

habia llegado a la cabeza del ejército i empezaba ya a trepar la cumbre, cuya cuesta, preparada de antemano, por el esfuerzo, los sacrificios i el trabajo de otros, le dejaba libre el paso sin mas obstáculo que los montones de cadáveres, arrojados por él mismo a la senda, como concupiscencia de las batallas que se saborean desde un palco del anfiteatro, sin otro peligro que el de adelantar el caballo cuando los estandartes flameando en el torreón o en la trinchera digan,—ya es tiempo, o el de retroceder a escape i guardado por numerosa escolta, a la aparición de la primera nube que asome en el horizonte, entoldando por un momento, el sol de la victoria.

Desde Tacna, los conservadores no dejaron ya ni un instante de halagar a Baquedano, quien por cada vapor recibia de Santiago, mensajes, visitas i gran copia de correspondencia, llena de las prematuras seducciones con que se perturbaba a un jefe en campaña, despertándole ambiciones que al fin habian de tragar el veneno, desconcertando mucho mas su, ya por naturaleza, pobre i débil cerebro.

Ah! cómo daña la política interior i pone en peligro las grandes causas nacionales cuando el interés egoísta, personal, de círculo o de partido se sobrepone a los intereses jenerales, a la colectividad de individuos, a la patria, en fin!

Que los conservadores hayan procedido así i lleguen ya al coronamiento de su obra, teniendo suspendido sobre sus hombros al jene-

ral Baquedano como candidato a la presidencia de la república, lo comprendo perfectamente como se lo he dicho mas arriba. Pero lo que no comprendo i lo que no es posible creer sino viéndolo, es que un grupo del partido liberal compuesto en su mayor parte de hombres que representan el vigor de la inteligencia en la plenitud de la vida; la reflexion tranquila en una razon ilustrada; el convencimiento íntimo de una esperiencia bien adquirida; i lo que es más aún, el patriotismo probado en larga série de servicios, venga ahora i despues de treinta años de vida civil, a resucitar en Chile la candidatura militar, i con ella todos los peligros e inconvenientes que estamos viendo en las demas repúblicas sud-americanas que nos sirven de magnífico i fiel espejo.

A esta profunda aberracion sustentada por muchos de esos hombres que bajo todos respectos i por justos i justísimos títulos se han hecho acreedores a la estimacion i respeto de sus conciudadanos, yo no le encuentro sino una sola esplicacion, que me apresuro a dar de mui buen grado.

La gratitud sin límites que los sacrificios del ejército ha infundido en sus nobles almas i el lejítimo orgullo con que las glorias de las batallas ha hecho latir su corazon de chilenos, no les ha dado lugar sino para sentir la necesidad del premio i dejándose arrastrar por el entusiasmo del momento han perdido la calma i la tranquilidad indispensables para discernirlo bien.

Tan persuadido estoy de esto, que si no conociera a muchos de ellos que me inspiran entera fé, seria bastante verlos en tan extraño consorcio con los clericales i conservadores, para juzgarlo así, desde el momento que el interés de partido no puede unir elementos heterojéneos, como el espíritu de raza no podrá unir jamas al perro i al gato.

¿O creerian los señores liberales que la dispensa del obispo de Martiriópolis para que los asistentes al banquete de Baquedano pudieran promiscuar comiendo carne i pescado sin faltar al precepto cuaresmal, se hacia tambien estensiva a la promiscuacion de ideas sin faltar al precepto de los principios?

Yo no lo acepto sin hacerles una tremenda acusacion, sin considerarlos tráfugas de una causa que han sostenido durante tantos años como buenos soldados i a la cual deben el prestigio de su nombre i por consiguiente el respeto i el cariño de sus conciudadanos. Por eso, en mi concepto, solo un sentimiento de exajerado amor a la gloria es lo único que los induce a sostener un error que, si llegára a consagrarse en las urnas electorales, nunca tendrian bastante tiempo para deplorarlo i arrepentirse de él.

¿Cómo el patriotismo, amigo mio, una de las manifestaciones más elevadas del espíritu, puede llegar a convertirse en verdadero peligro, si sus impulsos no se moderan por ese regulador constante de la razon, que al mismo tiempo que enciende la chispa, sirve de termó-

metro para graduar el calor que ha de desarrollarse!

Si yo creyera que la adhesión a la candidatura del general Baquedano, del grupo liberal que tan inopinadamente se nos separa, no tuviera otro móvil que el de un mezquino i egoísta interés de partido, desearia ardientemente que sus propósitos se realizáran para que recibieran por su propia mano el castigo a que se habrían hecho acreedores. Pero, nó, aun cuando así fuera, es necesario no pensarlo ni en sueños, porque el pecado de unos pocos nó puede hacerse pesar sobre una nación entera.

II

La candidatura militar, en Chile, es un anacronismo sin el menor fundamento que lo apoye, sin la menor razón que le valga. El encierra tres errores capitales, que usted me permitirá analizar estensamente, por más que la lectura de esta larga carta vaya a fatigar su ya cansado espíritu, en medio de la ardiente lucha que en compañía de tantos otros buenos ciudadanos, está usted sosteniendo valerosamente como soldado de vanguardia.

El primero es, creer que con un militar no se viola el principio del gobierno civil, principio sancionado por los Estados Unidos de Norte-América en la lei escrita, perseguido por las

democracias de otros países que aspiran a constituirse sólidamente i consagrado en Chile, por la práctica de treinta años, cuya esperiencia agregada a la de los vecinos que han seguido el sistema opuesto, debe servirnos de provechosa enseñanza para continuar por la misma senda hasta llegar a la Constitucion, i consignarlo en ella como una de nuestras mejores leyes fundamentales.

El segundo es, creer que la presidencia de la República es un premio o un galardón con que debe recompensarse alguna virtud, algún hecho heroico, algún sacrificio i no un empleo, un cargo, una administracion que necesita cualidades especiales para desempeñarse bien, a satisfaccion de los administrados, i con notable adelanto de sus intereses en todos los ramos confiados a su accion, a su vijilancia i a su responsabilidad.

El tercero es, creer que un presidente entre nosotros, con nuestras tendencias, nuestras costumbres i hábitos políticos, no tenga bastante influencia personal para hacer prevalecer su voluntad en los actos de gobierno, porque la opinion pública i el parlamento son las ruedas reguladoras que lo han de detener o empujar, dejándole solo el papel de los monarcas ingleses, que reinan, pero no gobiernan.

Hé aquí, amigo mio, los tres errores de ese anacronismo que, campeando en las misiones de propaganda, ha convertido a algunos diarios de Santiago en anales de la fé, para mostrarnos a los neófitos que cada dia abrazan la causa idólatra de la gloria, personificada en elmi-

tológico Dios que ayer no mas, en Pisagua, era un simple ranchero aspirando a las *espuelas* de los Penates i nunca a las de Marte, que votó desdeñosamente en el campo de Miraflores.

En esos anales, se nos dice que el principio del gobierno civil no se viola con un candidato de sable i botas porque en su eleccion no habrá voto de militares sino de civiles, cuya encarnacion debe corresponder a la misma naturaleza de sus jeneradores.

Con esta teología política podríamos mañana dar a un arzobispo nuestros votos para presidente de la república, sin que el gobierno teocrático que de ello resultase importara una violacion de los principios democráticos. Podríamos, así mismo, hacer presidenta a una mujer; pero como los que votamos i formamos las elecciones somos hombres, su sexo no sería sino una ficcion i en lugar de presidenta siempre tendríamos un presidente.

El principio del gobierno civil, amigo Ibañez, consiste en que no gobierne ningun hombre con grado militar, con empleo militar i con insignias militares. Así lo entienden los americanos del norte i por eso han consignado en su constitucion: que los militares elejidos presidentes tienen que dejar a la puerta de la Casa blanca, sus empleos i grados militares, perdiéndolos para siempre. El antes general Grant i hoi ciudadano Ulises Grant, acaba de ser rechazado, por el Congreso, en sus pretensiones de restaurar el empleo i grado de jeneral que perdió por haber sido presidente de la Union.

Si asi no fuera, nunca ninguna clase de incompatibilidades podria establecerse porque luego vendría la teología política, con su poderoso arsenal de recursos, a hacer las interpretaciones convenientes para arreglar las cosas a su sabor.

Elejido presidente el jeneral Baquedano, ¿dejaría, ántes de ceñirse la banda, en la puerta de la moneda, su empleo, su grado i su espada? Yo sé bien que esa no sería su obligacion porque la lei escrita no se lo manda; pero como se discute el principio civil de gobierno, la falta de esa lei no hace absolutamente al caso. Los hombres que persiguen principios los consideran ya como sancionados por la lei, desde el momento que forman su doctrina i su credo.

Por eso los liberales que apoyan la candidatura Baquedano, o no aceptan el principio del gobierno civil, o hacen fuego contra él por no ser todavía lei de la República. Con este sistema nunca se llegaría a la consagracion legal de ningun principio, si en el momento de obrar, los actos contradicen las doctrinas, ejecutándose aquello mismo que se ha combatido hasta la hora anterior de la accion.

Pero ya que se hacen interpretaciones bíblicas combatiendo en abierto i franco campo clerical, tendré yo que seguirlos por ese camino para hacerme cargo de ellas i probar que la chicana especulativa puede convencer a los que no saben leer; pero de ninguna manera a los que entre línea i línea ven asomarse, a ca-

da instante, las orejas del zorro que atisba la presa.

Ya que al jeneral Baquedano no pueden borrarle su bautismo de militar, cuyo carácter lo obligaría a subir las escalas de la Moneda, espada al cinto i espuelas calzadas, buscan la manera de *civilizarlo* i dan en ello con tanta gracia como injenio, formándole un pedestal de fraques i levitas, testimonio irrecusable del espíritu civilista que encarna su candidatura.

Pues bien, si es el espíritu, la intencion, la idea lo que imprime carácter a una candidatura i no el sér, el individuo, el candidato mismo, ¿cuál es el espíritu, la intencion, la idea, pregunto yo, que ha guiado a los hombres de frac i de levita para buscar en Baquedano un lejítimo representante de sus intereses?

¿Ha habido jamás entre ellos i él alguna comunidad de ideas, de sentimientos, de aspiraciones i de propósitos? ¿Han colaborado juntos en esa obra lenta, tardía, de paciente perseverancia i de continuo trabajo, que se llama la transformacion de Chile, i a la cual han concurrido todas las fuerzas activas e intelijentes del pais formando una verdadera colmena en donde la política ha tenido su ancha celda?

¿Se han sentado a la misma mesa en torno de la cual se proyecta, se discute i se acuerda el órden de ideas que ha de fijar la doctrina i levantar la bandera de una causa?

¿Qué ha sido el jeneral Baquedano ántes de la guerra i qué vinculos ha tenido con alguno de los partidos políticos que se disputan el predominio de la opinion en Chile?

¡ El jeneral Baquedano ha sido toda su vida un simple militar, militar de profesion, sin ideas políticas i por lo tanto sin vínculos de ninguna clase con los partidos militantes.

Teniente i capitán, sirvió a los conservadores con Bulnes; Mayor i Comandante, sirvió a los nacionales con Montt; Coronel i Jeneral, sirvió a los liberales con Perez, Errázuriz i Pinto. Es decir, sirvió a todos los gobiernos, sin tomar en cuenta el color que representáran, sin permitirse jamás tener la menor idea política. I tan cierto es esto, que peleó contra su mismo padre en la batalla de Longomilla, presentando quizá el único ejemplo en Chile, de un militar que por no atrasarse en su carrera peleára contra su propia sangre.

Si el jeneral Baquedano no ha tenido nunca una idea política, dominado siempre por el espíritu militar que lo ha hecho obrar como acabo de manifestar a usted, ¿cómo se pretende ahora borrar su naturaleza diciendo que no es un candidato militar?

I si no es un candidato militar, ¿qué es, cuando por otro lado no representa ninguna opinion, ningun color político?

El se apellida hoi liberal; pero se apellida así porque quiere, porque se le ocurre, porque le es indiferente tomar cualquier nombre, el nombre que quieran darle. Lo mismo se llamaría mahometano que cristiano, cristiano que judío; la cuestion es la presidencia.

Pero, llamándose liberal como se ha llamado ¿qué dicen los conservadores, por qué se adhieren, por qué lo siguen? Ah! ellos saben

perfectamente que esa es una simple ficcion i que estando arriba, en el poder, le darán su verdadero apellido bautizándolo con jente que administra sacramentos como únicos depositarios del aceite de los santos óleos.

Mientras tanto, los liberales, que en tan corta compañía con hombres de manteo i de corona empiezan ya a volverse, no diré una capilla sino una iglesia de teólogos, proclaman en alta voz que la candidatura Baquedano es puramente civil i liberal, porque el jeneral ha tomado aunque sea para mientras i de prestado su apellido, su escudo i sus blasones.

Parece imposible, querido amigo, que en los tiempos que corren i en el grado de desarrollo i progreso a que Chile ha alcanzado, se sustenten todavia aberraciones como ésta, pretendiendo con ellas mistificar a los pueblos.

Si estuviese en Santiago preguntaria uno a uno, a todos los liberales que conozco, si habrian ántes de la guerra pensado por un solo momento elevar a la presidencia de la República al jeneral Baquedano?

Estoi seguro que me contestarian riendo, preguntándome si estaba loco. I ello es natural, porque, ¿qué méritos o cualidades habrian podido buscar en Baquedano que lo hicieran idóneo para tan alto puesto? ¿Ilustracion, talento, conocimientos administrativos, versacion en los negocios públicos, principios, ideas, iniciativa, carácter, qué?

Luego entónces, sus meritos son exclusivamente como hombre de guerra, como soldado que los lleva escritos en la hoja de su espada,

hoja que una vez envainada quita hasta los reflejos que iluminan la fisonomía del vencedor.

Si el jeneral Baquedano, en tiempos normales, tranquilos, sin revoluciones interiores, ni guerras exteriores; en medio de la paz i el desenvolvimiento natural de los negocios; i acercándose la época de la trasmision ordinaria del poder, fuera llamado a ocupar la presidencia de la República, por el voto espontáneo, deliberado i libre de sus conciudadanos, entónces sí tendria su candidatura un carácter ménos acentuado de militarismo que el que tiene ahora, porque su eleccion indicaria claramente que otras prendas, otros méritos i otras cualidades, estrañas i ajenas a su profesion, lo hacian acreedor a la confianza que ese voto significára.

Pero, en las circunstancias actuales, cuando aún no se disipa el humo de los combates; cuando los triunfos del ejército que él ha representado, mantienen viva la embriaguez de la gloria; i cuando las impresiones de la fruicion nacional, obrando poderosamente sobre los sentimientos, supeditan por completo a la razon, haciéndola perder la serenidad de sus juicios, entónces, la eleccion que se haga bajo tales auspicios i en favor de un jeneral, que no tiene otro título que el de reflejar las victorias que él no ha preparado ni dirigido, entónces, repetimos, esa candidatura es de carácter esencialmente militar sin que haya poder humano que lo borre.

Muchas otras reflexiones podria hacer a usted para probar hasta la saciedad que la tal

candidatura es una violacion flagrante del principio del gobierno civil, consignado en la doctrina liberal de todas las democracias sanas i de la cual se apartan los que la apoyan; pero divisando mui distante aún el horizonte que ha de cerrar esta carta poniéndole punto final, tengo que pasar a ocuparme del segunde error que forma una de las partes capitales de este gran pecado político que se quiere cometer en Chile.

III

¿La presidencia de la República debe ser un premio?

En un solo caso, cuando se aunen estas dos circunstancias: verdaderos méritos para merecerlo i verdadera competencia para desempeñar el empleo. Separadas esas circunstancias la aplicacion del premio desaparece i solo queda el empleo reclamando el beneficio de la administracion i no el beneficio del empleado.

I ello no podria ser de otro modo, porque si a todos los buenos i virtuosos ciudadanos fuéramos a premiar con la presidencia de la República, faltaria el premio i sobrarian los premiados.

Además, los premios como los castigos deben guardar perfecta relacion con las virtudes o faltas que se trata de premiar o castigar para mantener siempre al fiel la balanza de la

justicia. La misma relacion debe existir entre las buenas i malas acciones i las recompensas o correcciones con que se estimulan o reprimen; i todo, dentro del mismo órden en que se producen.

Así, por ejemplo: un clérigo será bueno i meritorio en un sentido, en dos, en tres i no por eso merecerá que lo hagan arzobispo, ni mucho ménos coronel de artillería para premiar virtudes de un órden puramente religioso. Un militar lo mismo, será bueno i meritorio en un sentido, en dos, en tres i no por eso merecerá que lo hagan jeneral, ni mucho ménos canónigo de la catedral para premiar virtudes de un órden puramente propio i natural de la institucion a que pertenece.

Esto quiere decir que si dentro de un mismo órden de cosas los premios son aún limitados i proporcionados a los méritos que deben recompensarse, fuera de él, no solo son inconvenientes sino hasta ridículos, como acabamos de verlo.

En todo pasa exactamente lo mismo. Nadie podrá hacernos un servicio mas grande que aquel que por un acto espontáneo de su voluntad i arriesgando su propia vida nos salva la nuestra de un peligro inminente. Accion tan jenerosa debe obligar eternamente nuestra gratitud, traduciéndose por actos i obras que naturalmente estén al alcance de nuestras facultades i sean al mismo tiempo compatibles con las condiciones del individuo en cuyo beneficio se hacen.

Ese individuo es un pobre hombre del cam-

po, bueno, sencillo i de tan noble corazon como la accion que ha ejecutado sin interés alguno i solo por hacernos un bien. ¿Irámos por eso a entregarle la jerencia de nuestro banco, de nuestro ferrocarril, de nuestra fábrica, como premio de habernos salvado la vida?

En todo caso, lo haríamos mayordomo de nuestra chacra, de nuestra hacienda, o le regalaríamos un caballo, dos, tres; un lote de terreno o cualquiera otra cosa propia de su condicion, de sus inclinaciones i en relacion con sus conocimientos i competencia para administrar por cuenta ajena o aprovechar el regalo en beneficio propio.

Si en nuestros negocios privados obraríamos así, ¿por qué como ciudadanos habremos de aplicar distinto criterio a los asuntos públicos, premiando con destinos i empleos de alta responsabilidad a quienes no tienen la competencia e idoneidad necesarias para desempeñarlos bien?

Yo, que como usted, amigo mio, admiro tanto el sentido práctico i la claridad de miras de los americanos del norte, còpio en seguida unas cuantas líneas del discurso inaugural del presidente Garfield, que vienen al caso con perfecta oportunidad:

“ HACER QUE DESEMPEÑEN HONRADA I FIELMENTE SUS DEBERES LOS EMPLEADOS DEL ÓRDEN EJECUTIVO, YA QUE LOS DESTINOS NO HAN SIDO CREADOS PARA BENEFICIO DE LOS QUE LOS OCUPAN O DE SUS PROTECTORES SINO

PARA EL BUEN SERVICIO DE LA ADMINISTRACION.

El empleo más alto i por consiguiente de mayor responsabilidad que hai en Chile, es el de presidente de la República. Administrador jeneral de todos los intereses públicos del país, su vijilancia i su celo para defenderlos deben estar a la altura de las exigencias de cada uno de los administrados con derecho a pedir estrecha cuenta. Comprendidos esos intereses en los múltiples i variados negocios que los representan, sus conocimientos i su intelijencia deben estar tambien a la altura de su importancia, encerrada en esta triple fórmula del tiempo:

Pasado, heredado sin beneficio de inventario:

Presente, obligado a la satisfaccion de todas las necesidades:

Futuro, preparado para el ensanche de todo progreso.

Si a esta gran responsabilidad queda ligado un presidente solo en el órden material, ¿cuánta más no deberá a la vida moral del país, alimentada por la incesante agitacion del espíritu que infundiendo i encarnando nuevas ideas en la sociedad la empuja constantemente hácia adelante, defendiendo al mismo tiempo los movimientos retrógrados de funestas reacciones?

Cuando pienso, amigo mio, en todas las condiciones que un hombre de Estado debe reunir para gobernar i dirigir con acierto una nacion, experimento un verdadero desaliento al ver lo

dificil que es encontrarlo tan completo como se necesita i como lo desea un desinteresado patriotismo.

Sin embargo, ese alto empleo para cuyo desempeño es necesario buscar un hombre con la linterna de Diógenes, quieren convertirlo allá, en mi buena tierra de Santiago, en premio, en recompensa de acciones militares, que ni siquiera conocen i que tal vez no quieren conocer, para dejar en pié el pretesto, como el enfermo que no quiere oír su mal por satisfacer la golosina de comerse una fruta verde.

Yo supongo el caso que hubiéramos tenido un jeneral tan competente en su profesion que llegára al jénio militar i que a su valor, actividad, prevision i hábiles maniobras debiéramos en gran parte la conquista de todo el territorio que hoi ocupan las armas chilenas. Es decir, un militar a quien Chile debiera los triunfos que ilustran i dan gloria; el ensanche de territorio que enriquece i dá holgura, en una palabra, el beneficio más grande que puede recibir una nacion.

¿Significaría eso que debiéramos llevarlo a la presidencia de la República sin otra preparacion que sus conocimientos militares a mandar lejiones civiles que solo libran batallas en el campo de la intelijencia i de todos los ramos del saber humano?

I si un militar con los méritos i condiciones que hemos indicado no sería bastante para desempeñar el alto puesto de presidente de la República, ¿seríalo acaso el jeneral Baquedano, cuya falta absoluta de preparacion no niegan

ni sus más ardientes partidarios, fundándose solo en las glorias militares?

Aquí sería oportuno entrar a la liquidacion de cuentas para ver qué parte de esas glorias corresponden al jeneral candidato, como herencia lejítima de su reluciente espada y brioso caballo de batalla. Pero no anticiparé lo que con deliberada intencion he dejado para el final de esta carta, con el objeto de conservar en el ánimo de mis conciudadanos, la última impresion sobre el caudillo cuyas pretensiones van a consagrar o a castigar en las urnas electorales.

Antes de llegar ahí, permítame usted todavía, i aunque sea abusando de su paciencia, analizar el tercero i último error con que los farmacéuticos políticos de Santiago han compuesto la grajea de la candidatura militar para hacerla tragar a los incautos que solo miran el caramelo de la envoltura sin sospechar el venenoso licor que encierra adentro.

IV

La opinion pública, dicen esos farmacéuticos, el parlamento i el partido o círculo civil que rodeáran al presidente Baquedano ejerciendo una saludable vijilancia, serian las ruedas reguladoras de su influencia personal en los actos de gobierno, moderando o neutrali-

zando así las tendencias dictatoriales que forman en los militares acostumbrados a mandar imperativamente, una segunda naturaleza.

Si ello fuera cierto, indudablemente la cosa sería ménos riesgosa; pero dado los antecedentes de lo que han sido los militares en la cumbre cuando carecen de intelijencia, llevando solo al poder el brillo de sus entorchados como único caudal de su ciencia administrativa i de gobierno, la eficacia de las ruedas reguladoras o de los contrapesos que se opongan para contrabalancear esa influencia será completamente nula.

La constitucion de Chile, por otro lado, reune tal suma de poder en manos del presidente de la República, que se necesita la discrecion de una voluntad decididamente dispuesta, como principio, como ejemplo, i como educacion a no usarlo hasta los estensos límites que la lei le permite, sino hasta donde estrictamente sea necesario para no relajar el principio de autoridad, debilitando los resortes que simultánea i armónicamente imprimen el movimiento a todas las ruedas del mecanismo administrativo.

¿Se conformaria con llegar únicamente a los límites señalados por la lei, un militar acostumbrado a mandar, sin mas código que la ordenanza del ramo i a ejercer todavía, como Baquedano, durante larga campaña, un poder discrecional limitado solo por los movimientos de la voluntad?

Esto que ya seria un ataque a la autonomía individual, que poco a poco ha venido reco-

brando la parte de libertad i derechos cedidos con exceso a la constitucion robusta del poder cuando así lo exijia la direccion i gobierno de una sociedad incipiente, es lo ménos que hoi podria esperarse de un presidente de sable.

El poder, cualquiera que sea su naturaleza es siempre absorbente, variando solo los grados de absorcion, segun los elementos que lo componen. I si al poder civil a fuerza de tirar, los pueblos, una punta de la cuerda, cuesta arrancarle lo que una vez se le prestó como arri-mo, ¿qué no será con el poder militar, siempre dispuesto a cortar con el filo de su espada las ligaduras que lo atan a la constitucion i a las leyes, consideradas como verdaderas trabas por su voluntad omnipotente, acostumbrada a someterlo todo a la obediencia pasiva de rigurosa disciplina?

Agregar pues al sable que por sí mismo es un poder, otro poder más, es blindar con bruñido acero las uñas del leon para dejarle, en el reparto, la presa que siempre reclama.

Esto pretenden sin duda, amigo mio, los que afirman que la voluntad del presidente de la República no se impone en la mayor parte de los actos de gobierno sobre las influencias del círculo que lo rodea, del congreso que lo trava i de la opinion pública que lo censura. Desconocer cómo impera la voluntad de un presidente en Chile, dados nuestros hábitos políticos en que la indiferencia *por dejar hacer* acusa la herencia española de que todavia no hemos podido sacudirnos; es negar la historia de todas nuestras administraciones, historia de ayer,

de hoy i de siempre; mientras no nos curemos de enfermedad tan a propósito para consagrar las omnipotencias que solo se consolidan por la indolencia de nuestra educacion política.

Si esta educacion constituye un verdadero peligro, aún tratándose del poder civil, ¿cuánto más inminente no lo será tratándose del poder militar, que encierra en sí el jérmén fecundo de toda dictadura i de todo despotismo?

No, amigo Ibañez, yo no deseo para mí ni para mis conciudadanos las zozobras i sustos que hacen pasar los militares negados cuando están en el poder. Yo que soi dado a escribir mis opiniones con ruda franqueza, como lo he hecho siempre i como lo hago en la presente carta, no quiero pasar sustos como el que pasó aquí don Manuel Amunátegui con el coronel Balta, por haber permitido en *El Comercio* la publicacion de un artículo que atacaba su política, ni como los que ha pasado el corresponsal del *Mercurio* con el jeneral Baquedano, por no haber dicho en su correspondencia, sobre la batalla de Tacna, que la victoria se debia esclusivamente a él.

A propósito del suceso de don Manuel Amunátegui, i aunque sea una digresion, de pocas líneas, le contaré que el otro dia encontrándonos varios chilenos reunidos en uno de los salones del palacio de Pizarro, se levantó Joaquin Godoi de su asiento, i mostrándonos con el pié uno de los cuadros de la alfombra, nos dijo: aquí en este mismo sitio estuvo don Manuel Amunátegui de rodillas, rezando un credo, mientras llegaban los soldados de la guar-

dia que el coronel Balta había mandado buscar con uno de sus ayudantes para fusilarlo.

Al pasar dichos soldados, corriendo i cargando los fusiles, por el pasadizo que cruza las oficinas del ministerio de la guerra, alarmóse con el movimiento i ruido de las armas, don Juan Francisco Balta, hermano del presidente i a la sazón ministro de la guerra. Salió a la puerta de su oficina, i al ver a los soldados corriendo hácia las habitaciones del presidente, creyó naturalmente que algo muy grave ocurría i tambien corrió tras ellos. Llegó al salon de recibo i ahí se le presenta el siguiente cuadro: un anciano de 70 años con las manos juntas i rezando arrodillado delante del presidente que, con los ojos inyectados de sangre i marcada la boca en sus estremidades por la espuma de asquerosa rabia, daba en ese instante a sus soldados la órden de fusilarlo.

D. Juan Francisco Balta, hombre de pulsos, tomó a su hermano de la cintura i echándose a la espalda cargó con él hasta su dormitorio, en donde lo dejó encerrado mientras hacía escapar al infortunado anciano i retiraba al mismo tiempo los soldados al cuerpo de guardia.

Dos dias despues, no conformándose el coronel Balta con que su presa hubiese escapado por la intervencion violenta de su hermano, ordenó silenciosamente que se emparedara la imprenta de *El Comercio* dejando encerrados en ella a todos los que estuvieran adentro, ni mas ni ménos como se encierran las ratas a quienes se tapa la puerta de su cueva.

Preparados los ladrillos i la cal, simultáneamente llegaron a la puerta de la imprenta carretas, obreros i una compañía de soldados para impedir la salida de los que estaban adentro mientras se tapiaba la puerta. La obra empezó i se concluyó a la vista de un numeroso pueblo, que entre irritado i alegre presenciaba la lucha de los desfavoridos empleados con los soldados que impedían su salida.

La imprenta permaneció tapiada durante mucho tiempo i los cincuenta o sesenta empleados que quedaron encerrados fueron saliendo poco a poco por las paredes i techos de las casas vecinas. Así concluyó la escena empezada en los salones del Palacio.

Cuando oía referir nuevamente este suceso cuyos detalles ya conocía desde muchos años, me tiritaba el cuerpo haciéndome esta reflexion. ¿Qué haríamos nosotros, en Chile, si por desgracia, un dia, llegáran al poder militares de la estirpe de los Balta, de los Melgarejo, Morales i Daza?

En esos dias no sospechaba siquiera que el peligro estuviera tan cerca! ¿Acaso Baquedano no es de la misma familia de aquellos por su falta de ilustracion, de intelijencia i aún por idénticas tendencias? Si aspirante a la presidencia de Chile en donde hai algun respeto por la opinion pública cuyos favores es necesario buscar, persiguió tan tenazmente al corresponsal del *Mercurio* por un pecado venial de prensa, ¿no habría obrado lo mismo que Balta estando ya consagrado presidente?

Tal vez lo que en Balta fué un proyecto sin

ejecucion, en Baquedano hubiera sido una triste realidad!

¿Se prefiere, sin embargo, correr estos peligros por pagar una deuda de gratitud, considerando los servicios de Baquedano como una inmensa obra realizada por él en favor de Chile?

A los que crean tal cosa i hayan tenido paciencia de seguirme hasta aquí en el curso de esta carta, les suplico un momento más de atencion para que vean lo que han importado esos servicios i el papel que en la grande obra de Chile ha correspondido al que hoi quieren premiar tan insólita como injustificadamente.

V

En enero del año pasado i antes de salir el ejército de Tarapacá para ir a Pacocha donde desembarcó en febrero, el jeneral Baquedano, no encontrándose capáz para continuar la campaña, estuvo segun fué mui válido, para renunciar el mando de la caballería i volverse al sur adonde, por otro lado, llegaban las noticias de su inutilidad en forma de quejas i acusaciones poco honrosas para un militar de alta graduacion como él.

Los motivos de esas quejas i acusaciones todo Chile los conoce. La caballería, arma esencialmente lijera i empleada principalmen-

te en la guerra para reconocimientos i operaciones rápidas de exploraciones i avanzadas, había quedado inútil en sus manos, precisamente en los momentos en que su accion se hacía indispensable para salvar la angustiosa situacion, que por falta de agua, atravesaba el ejército en los dias que siguieron al desembarque de Pisagua.

D. José Francisco Vergara, comprendiendo su gravedad i viendo la inaccion e inutilidad del comandante general de caballería, que nunca debió ser mas activo i prestar servicios con mas oportunidad que entónces, tomó un centenar de jinetes que de acuerdo con el jeneral en jefe éste le cediera de mui buen grado, i se lanzó a cumplir los deberes de otro, explorando el territorio enemigo en veinte leguas a la redonda i poniendo, en pocas horas, en manos del ejército, abundantes pozos de agua, una línea telegráfica con los últimos despachos del enemigo, otra línea férrea con abundante material rodante, oficinas salitreras con espaciosos edificios i hasta bodegas llenas de víveres pertenecientes al enemigo.

I mientras don José Francisco Vergara trabajaba así incansablemente, con tanta voluntad, con tan elevado espíritu de patriotismo i presentando todavía su pecho a las balas enemigas sin ser soldado ¿qué hacía el jeneral Baquedano, el llamado, el directamente obligado a ejecutar todas esas operaciones?

Permanecer tranquilo a bordo del *Abtao*, aprendiendo probablemente a marino segun las reglas que en la navegacion desde Valpa-

raiso hasta Antofagasta le había dado el espiritual e inteligente capitán Sarratea, su ayudante de campo después, mandado sacrificar dos veces en el campo de Miraflores por recoger una miserable espuela.

Vino pocos días más tarde la sorpresiva batalla de San Francisco; volvió el ejército chileno a encontrarse en la angustiosa situación de ser atacado por doble número de fuerzas; la caballería pudo ser una arma de poderoso recurso para detener el ataque i perseguir al enemigo después de la derrota; pero faltándole el alma i la dirección de un jefe superior, quedó inactiva i perdida en manos de oficiales subalternos que no sabían a qué atenerse sin recibir las órdenes del caso.

Entre tanto, ¿dónde se encontraba el general Baquedano, comandante en jefe del arma, mientras sus soldados presenciaban la batalla sin tener quien los mandara?

Tranquilamente, en Pisagua, repartiendo el rancho a las tropas que ahí quedaban de reserva, comisión oficiosa, fuera de sus deberes e impropia de su puesto, i que últimamente, oh! poder de la política! le ha valido calorosas alabanzas de la prensa, mereciendo hasta el dictado de noble mayoría!

Pasados estos acontecimientos, el general Baquedano, parece que comprendía su mala situación en el ejército; ya porque su conciencia le dijera que no había hecho nada digno de su grado i de su puesto; ya porque notara entre sus mismos compañeros de armas esa indiferencia i frialdad que son la censura sorda.

i reservada de faltas que no pueden castigarse de otro modo; ya en fin, porque llegara a su noticia los comentarios i apreciaciones con que en Chile se discutía su conducta. Lo cierto es, segun me lo han asegurado varias personas, sin que de ello me haga yo responsable, que el jeneral se manifestaba bastante disgustado i dispuesto a hacer su renuncia, separándose definitivamente del ejército.

Pero las cosas habian de pasar de otro modo, i el oscuro i humilde jeneral de Pisagua i San Francisco, debia ser más tarde el soberbio vencedor de Tacna, Arica, San Juan, Chorrillos i Miraflores.

En lugar de las casas de su hacienda, volviendo a Chile anónimamente, debia ocupar el Palacio de los Reyes, regresando despues a la patria para entrar bajo arcos triunfales, pisando alfombras de tupidas flores i recibiendo las bendiciones de pueblos fanatizados por la gratitud i embriagados por la gloria!

¿Cómo se habia operado este cambio i producido esos resultados?

No por la fuerza del destino, de la casualidad o de la suerte que lleva a algunos hombres a la cúspide de la gloria como muchos lo creen, sino por acontecimientos claros, netamente definidos i tan fáciles de comprender como se comprende la causa por qué los cuerpos livianos sobrenadan en la superficie de las aguas o las hojas de papel arrastradas por el viento, suben hasta las nubes.

El ejército de Chile era una fuerza, una corriente que debiendo chocar con otra fuerza

menor, con un dique ménos resistente, tenía necesariamente que dominar i vencer, cumpliéndose así, fatalmente, una de las leyes físicas más sencillas i cuya nocion elemental tienen hasta los niños de escuela.

Baquedano, el último soldado o un palo vestido de jeneral, suspendido por esa fuerza o arrastrado por esa corriente, no habrían detenido el curso de los acontecimientos, cambiado los resultados, ni disminuido en nada la gloria cosechada.

Así parece que lo comprendió D. Rafael Sotomayor, i por eso despues de la renuncia del jeneral Escala en Pacocha nombró para reemplazarlo al jeneral Baquedano, como habria nombrado a cualquiera otro.

Recuerdo que cuando llegó a Santiago la noticia de ese nombramiento, todo el mundo se alarmó reprobándolo altamente; pero los que conocían el valor de nuestros jefes i la composicion del ejército, decian: está bien. Escala era lo mismo que Arteaga, Baquedano es lo mismo que Escala, Villagran será lo mismo que Baquedano, i así todos iguales, sin superar el uno al otro ni aventajarse en nada, no hai por qué vacilar en la eleccion ni poner a parto la cabeza para buscar el mejor. Sin embargo, agregaban, Baquedano tiene una ventaja sobre los otros i es la de ser humilde, sin pretensiones de ningun jénero i por lo tanto fácil para descartarse de él a la conclusion de la guerra, pues las glorias no lo envanecerán hasta el punto de aspirar a la pre-

sidencia de la República, como indudablemente sucedería con cualquiera de los otros.

Consagrado jeneral en jefe el comandante jeneral de la caballería habia cambiado su nombre pero no su naturaleza. Por consiguiente, el jeneral Baquedano en Pacocha, en Moquegua i en Yaras fué exactamente el mismo jeneral de Pisagua i de San Francisco.

En ninguna parte hizo nada, porque tuvo a D. Rafael Sotomayor para pensar, trabajar i organizarlo todo, hasta llevarlo a las puertas de Tacna, como despues a D. José Francisco Vergara para embarcarlo en Arica, desembarcarlo en Curayaco, organizarlo i refrescarlo en Lurin i ponerlo a las puertas de Lima.

El cambio de nombre que no habia alterado su naturaleza en beneficio de la obra que representaba, trajo sin embargo un peligro que pudo ser la ruina de esa misma obra, una, dos i tres veces.

En eso consistió para mí el gran error de D. Rafael Sotomayor, en no pensar que si la representacion del jeneral Baquedano no quitaba ni ponia rei como trabajo, organizacion i direccion, significaba mucho i entrañaba serios peligros como facultad de ordenar i mandar en los momentos decisivos de la accion.

Así se vió claramente en la batalla de Tacna, cuyo campo visité en octubre del año pasado, confirmando completamente la opinion que ántes tenia sobre su disparatada direccion, opinion formada por los planos, los partes de los jefes, las relaciones de los combatientes, las críticas juiciosas de testigos imparciales i

hasta por las confesiones de los mismos enemigos en relaciones verbales i documentos oficiales.

Pero, sea de todo ello lo que fuere, yo no presencié ninguno de esos sucesos i por consiguiente no puedo garantizarlos, porque no me constan personalmente. Emito mi opinion sobre ellos solo por la conviccion adquirida en los documentos, relaciones i apreciaciones de otros, analizadas por mi propio juicio i sirviéndome para su comprobacion todo lo que he presenciado despues, que como obra de un mismo hombre es de igual naturaleza a los frutos de un mismo árbol.

VI

Yo desembarqué en Arica el 18 de octubre del año pasado, i a partir de esa fecha solamente es cuando he presenciado la mayor parte de los sucesos que han constituido el tercer acto de la guerra, o sea la campaña de Lima, como se la llamó desde que salió para Pisco la primera division al mando del jeneral Villagran.

Permanecí en Arica desde el 18 hasta el 23, es decir, cinco dias. Desde ahí empecé ya a sufrir las decepciones de la manera cómo estaba representado nuestro ejército por el jeneral que habia comenzado a levantarse en mi

imaginacion como un militar de talla, obligándome una firma, puesta en la lista de suscripcion que poco tiempo ántes se corriera en Santiago para obsequiarle una espada de honor, ¡Cuánto me ha pesado despues esa firma!

Deseoso i vehemente, en Arica, por conocer el estado del ejército, sus necesidades, recursos i elementos, para calcular la fecha en que más o ménos podia empezar a moverse; entré en largas conversaciones con don Hermójenes Pérez de Arce i don Alvaro Francisco Alvarado, delegados de la Intendencia.

Por ellos supe que no habia nada preparado i que los buques que estaban llegando de Valparaiso cargados para la espedicion, eran descargados inmediatamente para llenar las necesidades del ejército que estaba viviendo al dia sin tener una libra de víveres en sus bodegas.

Miéntras tanto en Valparaiso se creía que con los depósitos anteriores, tendria suficiente para todo el tiempo que permaneciera en guarnicion antes de salir a campaña. Por consiguiente no se pensaba sino en mandar víveres, recursos i elementos para la espedicion: Calculados éstos para dos meses i completada la cantidad con el último buque salido de Valparaiso, todo quedaria listo i la Intendencia no tendria más que pensar en el asunto:

Así, no fué extraño, que llegando por esos mismos dias a Arica el amigo Altamirano, me dijera que los recursos, elementos i víveres para la espedicion quedarian completos con dos o tres buques que pocos dias despues de

su salida de Valparaiso debian hacerse a la vela.

Para la Intendencia la cuenta era clara. Seis u ocho buques fondeados ya en la bahía de Arica, tres ó cuatro en camino i dos o tres por salir de Valparaiso, todo quedaria completo i listo en pocos dias.

No fué pequeña, sin embargo, la sorpresa de Altamirano cuando le dije: todos los buques que usted ve ahí, fondeados, no tienen un solo bulto en la barriga porque han sido totalmente descargados para llenar las necesidades del ejército que se está comiendo los víveres de la espedicion. Lo mismo sucederá con los que vienen en camino, cuyo arribo estamos esperando con ansiedad, porque de los buques descargados se han agotado ya muchos de sus artículos.

Vicente Dávila Larrain, debia salir de Valparaiso con el último buque, i segun Altamirano, si no lo habia efectuado ya, estaria para hacerlo mui próximamente, como se lo habia asegurado pocos dias antes i hasta en los momentos mismos de despedirse. ¡Habria sido de ver la cara que hubiera puesto Dávila Larrain al llegar a Arica triunfante i restregándose las manos por la satisfaccion de haber despachado todo lo necesario para la espedicion i encontrarse con que todo estaba consumido i con que debia volver a Valparaiso a remitir nuevamente dobles cantidades!

Felizmente esto no sucedió, porque el ministro de la guerra, D. José Francisco Verga-

ra, habia llegado pocos dias antes i remeliado el mal, pidiendo por telégrafo, dobles cantidades de las remitidas. En consecuencia, el señor Dávila Larrain tuvo que postergar su viaje, contratar nuevos buques i echarse a comprar el doble de los artículos anteriormente despachados.

¿Qué habia motivado este grave error?

Nada, sino la completa incapacidad del pobre jeneral, que por su carencia absoluta de ideas para prever, advertir, organizar i dar cohesion a los múltiples elementos de que se compone una espedicion de veinte i cinco mil hombres, no habian pensado en nada, esperándolo todo de la accion del gobierno i de la Intendencia a quienes por otro lado nada les comunicaba ni pedia. ¡Era necesario adivinarlo!

A los cuerpos no se pasaba revista para ver lo que les faltára i pedirlo con la debida anticipacion. El estado del parque no se conocia, porque ningun inventario formaba la nota de sus existencias para calcular sobre ellas las cantidades de municiones i pertrechos que debieran completarlo. Los elementos de movilidad no se tomaban en cuenta para satisfacer las necesidades del servicio i por eso a última hora se pidieron ochocientas mulas.

De los depósitos de provisiones no se habia tomado la menor razon para calcular los consumos con lo que debia pedirse a Valparaiso, i por eso se comieron los víveres mandados para la espedicion.

Estado Mayor, si existia alguno medianamente organizado, su accion no se hacia sen-

tir por ningun trabajo, por ninguna medida, por ningun acuerdo, por algo en fin, que revelára la organizacion i preparacion de un ejército próximo a salir a campaña. Por eso el jeneral Maturana no encontró nada ni iniciado siquiera, i tuvo que empezar por formar hasta los cuadros o estados de la fuerza para conocer su número, que nadie podia dar razon de ello, ni el mismo jeneral. Finalmente, en Arica, estaba el coronel Urrutia sustituyendo como delegado de la Intendencia a don Máximo R. Lira, sin cajero, sin tenedor de libros, sin empleado alguno que lo ayudára, viéndose por lo tanto precisado a cortar toda correspondencia con la oficina principal de Valparaiso.

¿Qué extraño fué entónces que se comieran los víveres de la espedicion si no se habia pedido nada a Valparaiso i allá tampoco podian adivinar lo que faltára?

Como testimonio de todo lo espuesto no puedo invocar otro mejor que la palabra del mismo delegado don Hermójenes Perez de Arce, que en esos dias llegó a hacerse cargo de la Intendencia. En un artículo publicado bajo su firma en *La Actualidad* del 4 de abril, hablando de los trabajos de don José Francisco Vergara i de lo a tiempo que habia llegado para organizar i empujar la espedicion que de otro modo no habria salido ni en un año, dice lo siguiente:

“Nosotros llegamos a Arica el 16 de octubre bajo la impresion de que apenas íbamos a tener tiempo para poner la planta en tierra, cuando debíamos salir para el norte arrastra-

dos por nuestro ejército, que ya debía estar, en esa época, enviando sus regimientos en una treintena de naves.

“Tal era la impresion que traíamos de Valparaiso.

“Tres o cuatro dias ántes de nosotros habia llegado el ministro Vergara.

“No existía todavía propiamente el Estado Mayor Jeneral. Acababa de llegar el jeneral Maturana para organizarlo.

“El delegado de la Intendencia del ejército habia hecho su renuncia, i no habia en los almacenes ni víveres, ni forraje, ni vestuario, ni equipo. Las municiones, si las habian, eran escasas.

“Aquello era algo que enfriaba el alma de los mas alentados.

“Los buques no tenian preparacion ninguna para los cuatro mil animales que debian conducir. No tenian, para el depósito de agua, ni un estanque, ni una pipa.”

De manera que si don José Francisco Vergara no hubiera llegado en esos dias a Tacna la espedicion no se habria organizado jamás, i el benemérito jeneral no seria hoy tan tremendamente calumniado, colgándole las glorias de las batallas de San Juan, Chorrillos i Miraflores.

¡Lo que son las aberraciones humanas, amigo mio! Vergara librando tres formidables batallas para preparar i llevar a cabo con el más feliz éxito la campaña de Lima, i Baquedano, el rei Viga, recojiendo las coronas i pisando sobre las frescas i perfumadas flores,

arrojadas en su camino por la gratitud nacional!

Batalla parlamentaria para establecer el acuerdo entre el gobierno i la opinion pública.

Batalla en el ministerio para levantar doce mil hombres en un campo que se consideraba completamente esquilado.

Batalla en el campamento para organizar, mover i conducir un ejército de veinticinco mil hombres.

¿Habría necesitado multiplicarse así, tres veces, el ministro de la guerra para llevar a cabo la campaña de Lima si hubiéramos tenido un jeneral, no diré medianamente apto, sino con pequeñas facultades de direccion i organizacion?

Repicar i andar en la procesion, es exijir mucho de un hombre; pero obligarlo todavía a predicar el sermon, eso es ya demasiado para las fuerzas humanas.

Sin embargo, así tuvo que suceder, porque el jeneral no estaba para atender nada, dirijir nada, ni preocuparse de nada. Patrono i santo de la procesion debía ser adornado, suspendido i conducido en hombros ajenos para presenciar las batallas como los ídolos de la India; inmóviles, mudos; pero revolviendo los ojos en señal de irritacion o de ardor bélico.

VII

Después de mi corta permanencia en Arica pasé a Tacna, a cuya ciudad deseaba ardentemente llegar. La triste impresión que me causara la certidumbre del inevitable retardo de la expedición a pesar de haber visto a don José Francisco Vergara ponerse al trabajo con admirable tesón, se neutralizaba siquiera con la idea de llegar a ver nuestro brillante ejército, visitarlo en su mismo campamento i presenciar sus ejercicios i evoluciones, por rejimientos, por brigadas i por divisiones:

Ver veinticinco mil hombres reunidos bajo las banderas de Chile, ejecutando un simulacro de combate, en tres cuerpos distintos cada uno con su jeneral a la cabeza, rodeado de sus ayudantes i el estado mayor con el jeneral en jefe al frente presenciando los movimientos, me parecía que realmente iba a asistir a una batalla decisiva, produciendo en mi corazón de chileno, emociones que solo se sienten i no se esplican.

Tenía además curiosidad de conocer al jeneral Baquedano para leer en la frente del vencedor de dos batallas, algun signo revelador de las aptitudes militares del que aún debía conducirnos a nuevos i más rudos combates.

Antes de ir a los campamentos pedí al jeneral Saavedra que me presentara al jeneral

Baquedano. Lo encontré jugando su malilla de costumbre i en lo poco que conversé con él en una visita de media hora, no pude naturalmente formarme ningun juicio; pero confieso que salí tristemente impresionado.

Yo no sé, amigo, si los hombres se revelan en la primera hora por una lei de óptica moral desconocida aún, como en los primeros cinco minutos despiertan antipatías o simpatías por otra lei desconocida tambien; lo cierto del caso es que rara vez en mi vida he tenido que rectificar la primera impresion sobre un individuo con quien he conversado un cuarto de hora observando en su fisonomía i poniendo atencion a sus palabras.

En el caso presente del jeneral Baquedano no he tenido posteriormente que rectificar absolutamente nada. Por el contrario, cada uno de sus actos ha sido siempre una nueva confirmacion de mi primera impresion.

A poco de estar en Tacna i entrando cada dia en relacion con los jefes i oficiales del ejército, con los empleados civiles de otros ramos del servicio i con cucalones sueltos i criticones que como yo no han escaseado en la campaña, cuando ya empecé a cojer los hilos de la madeja i a ver de dónde partían los enredos i dificultades.

La mayor parte, por no decir todos, tenían su oríjen en el jeneral en jefe.

¿Sería ella por mala voluntad, por el deseo de hacer dificultades? Nunca cargaré a la cuenta del jeneral semejante responsabilidad, porque si algo bueno ha tenido en la campaña

i lo único que le reconozco es la buena voluntad para ir adelante.

Sus ningunos conocimientos militares en la guerra moderna i su ninguna cabeza para organizar, dirigir i dar cohesion a los múltiples i variados elementos de que se compone un ejército de veinticinco mil hombres, es lo único que ha dado márjen a los errores cometidos.

Dejo sin embargo en el tintero una cuestion de simple apreciacion, de sospechas a que el lector podrá dar el grado que merezcan cuando conozca todos los detalles que voi a referirle en la narracion de los acontecimientos que me ocupan.

En Santiago, don José Francisco Vergara había reorganizado el ejército en las tres divisiones que todos conocen. Se formaron los cuadros del estado mayor jeneral i de los estados mayores de cada una de las divisiones i el 1º de octubre del año pasado, el ministro de la guerra, acompañado de todos los jefes i oficiales que los componian, tomó en Valparaiso el vapor "Val livia" para desembarcar en Arica ocho dias despues.

El propósito del ministro de la guerra era que, organizadas las tres divisiones, se disciplináran en simulacros de combate, obrando cada una de ellas separadamente i aprovechando así en tan útiles maniobras, los cuarenta dias que más o ménos tendría que demorar la concentracion, arreglo i preparacion de los demas elementos indispensables para la espedicion.

El ejército estaba escalonado desde Arica

hasta San Francisco, es decir, repartido en los siguientes campamentos: Arica, Tacna, Alto de Lima, Pocollay, Calana, Pachía, Calientes i San Francisco.

En ninguno de ellos había dos rejimientos pertenecientes a una misma division, i por consiguiente, para formarlas i separarlas era necesario hacer cambios i traslaciones de un campamento a otro.

Eso que era la obra de tres o cuatro dias no llegó a ejecutarse sin embargo, por que el jeneral Baquedano se oponía con tenacidad, diciendo que los cuerpos estaban bien acampados i que nadie se los movería. Asi es, amigo, que los jenerales de division tenían que recorrer una estensa línea desde Arica hasta San Francisco, veinte leguas lo ménos, para visitar sus diseminados cuerpos.

Por este motivo, los ejercicios, i simulacros de combate que yo ambicionaba presenciar i de que, con tanta razon, se preocupaba el ministro de la guerra, no tuvieron lugar jamás perdiéndose miserablemente el tiempo que no podía aprovecharse de otra manera.

Figúrese usted, qué podrían hacer los jefes de division con sus fuerzas completamente diseminadas i repartidas en el estenso rádio de veinte leguas. La artillería en Arica, la caballería en Tacna, un rejimiento de infantería en Pocollay, otro en Calana i el tereero en Pachía. Imposible entenderse i atenderocho mil hombres así divididos. En esas distancias, los jenerales no podían visitarlos con la frecuencia necesaria, i si los vieron dos veces en

los sesenta dias que residieron en Tacna, no los vieron tres.

¿No habría sido natural que desde el dia siguiente de su llegada se hubieran hecho cargo, cada uno de su respectiva division reuniéndola en un solo campamento i viviendo en el centro de ella con su estado mayor, ambulancia, parque, elementos de movilidad i el número de tropas de las tres armas correspondientes a su dotacion?

Esto no solo era natural sino de todo punto indispensable para dar cohesion a esos elementos, disciplinarlos, organizarlos, acostumbrarlos a moverse en cuerpo, revistarlos para notar sus faltas i en fin, juntarlos para que si quiera se conociesen i formáran algun espíritu de cuerpo.

¿Sería posible que las divisiones estuvieran arregladas i organizadas solo en el papel i que no pudieran juntarse sino en víspera de las batallas o en las batallas mismas? Porque, si no se juntaban en Tacna con cincuenta o sesenta dias que tenían por delante ántes de emprender la campaña, ¿dónde podrían hacerlo despues, sino en vísperas de las batallas o en las batallas mismas?

De los campamentos, a bordo, marchando separadamente porque el material rodante del ferrocarril no permitia trasladar ocho mil hombres en un solo viaje. A bordo, divididos en los buques, porque en uno solo no cabian ocho mil hombres. De a bordo a tierra, cerca de Lima i pisando ya el campo de los combates. ¿Cuándo se habrian juntado entónces los cuer-

pos de una division para estar alguna vez reunidos i darse tiempo de conocerse, de contarse, de distinguirse siquiera el uniforme entre compañeros que iban a batirse juntos, obrando de consuno?

El ministro de la guerra que no podia conformarse con aquella revoltura de las divisiones, luchaba con el jeneral para separarlas, i convenciéndose al fin, que todo seria inútil mientras permaneciesen en Tacna, tomó la determinacion de despachar una de ellas primero, de cualquier modo, i para cualquier punto avanzado de la costa hácia el norte, única manera de empezar a deshacer aquel nudo gordiano, formado i sostenido por el prestigioso jefe a quien hoy el partidario ciego i especulador le acuerda dotes militares más que napoleónicas.

Determinarlo i poner mano a la obra todo fué cuestion de unos cuantos dias. Siguiendo el órden natural, la primera division, al mando del jeneral Villagran, debia formar la vanguardia del ejército i por consiguiente a ella tocaba romper la marcha de la expedicion.

En consecuencia, el 10 de noviembre ordenó el ministro de la guerra al jeneral en jefe que empezára a embarcarse esa division en los buques que estaban listos para recibirla, fijando cuatro dias para el embarque pues debia zarpar de Arica a más tardar el 15.

Aquí empezó a asomar la resistencia del jeneral, marcándose acentuadamente su ninguna voluntad para dejar salir la primera division. El pretesto era la conveniencia de ha-

cer marchar a todo el ejército reunido, por los peligros que una division sola correria de ser atacada por el enemigo, en un lugar tan cerca de Lima como Pisco, puerto elegido para su desembarque i acantonamiento.

Mucho insistió el jeneral en este sentido; pero todo fué inútil, porque don José Francisco Vergara no cedió un punto, tanto por el convencimiento que abrigaba de lo indispensable que era separar las divisiones algun tiempo ántes de la accion i de las batallas, cnanto por la insuperable dificultad de trasladar el ejército entero en un solo convoi, dados los recursos i medios de trasportes con que se contaba.

VIII

Vencida al fin la resistencia del jeneral, se impartieron las órdenes del caso, i el movimiento, la actividad i el entusiasmo sucedieron a la inaccion, a la incertidumbre i al desaliento. El impulso inicial estaba dado i la fuerza de rotacion haría lo demás. La division quedó embarcada el 14 tal como el ministro de la guerra lo deseaba i prometía a todos los que dudaban de que pudiera efectuarse en tan corto plazo.

Yo mismo me encontraba en perplejidades curiosas. Faltaban solo dos dias para que se

cumpliera el plazo fijado, i el ministro me aseguraba que la espedicion no sufriría ningun retardó. Hablaba en seguida con el mismo jefe de la division, el jeneral Villagran, i me decía que era imposible que pudiera salir ántes de doce dias. ¿A quién creer en semejante contradiccion? Confieso francamente que me inclinaba a seguir la palabra del jeneral, puesto que él debía conocer mejor que el ministro las faltas i dificultades que aún hubieran de subsanarse i vencerse en su propia division.

Yo no contaba, sin embargo, con la increíble actividad del ministro, a pesar de haber observado su constante laboriosidad en todo sentido.

Cómo trabajó para reunir en Arica i embarcar en cuatro dias una division de ocho mil hombres, diseminada en diferentes campamentos, que abrazaban una estension de veinte leguas, no se lo diré yo, amigo Ibañez, porque puede creerme demasiado entusiasmado por este gran servidor de la patria.

Dejo entónces la palabra por un momento a los señores Ramon Allende Padin, Hermógenes Perez de Arce i Alvaro Francisco Alvarado, el primero jefe del servicio sanitario i los segundos empleados principales de la Intendencia del ejército. Los tres, en artículos publicados en la prensa bajo sus firmas, dicen lo siguiente:

EL SEÑOR ALLENDE PADIN:

“Estábamos en Arica.”

Allí le ví en el muelle, rodeado de muchos jefes i ayudantes. Infatigable, todo lo miraba i ordenaba; desde el embarque de soldados hasta el de municiones, caballos, bagajes i ambulancias. Todo lo facilitaba i hacia rápido.

Ese embarque es la primera columna de su gloria."

EL SEÑOR ALVARADO:

"Se le vió enérgico, resuelto, decidido en cuanto puede manifestarse su naturaleza fria i reflexiva, efecto de notable prudencia que es la mitad de su arte de gobernar hombres i acontecimientos: parece que en un instante de suprema meditacion se dijo: "*es preciso concluir.*"

"Inmediatamente visitó los buques llegados de Valparaiso a granel, averiguó la capacidad, aguada i ventilacion de cada uno i despues, en tierra, formó un cuadro de todos ellos distribuyéndoles, segun sus condiciones, las tropas, animales, víveres, cañones, forrajes, equipos, municiones, carretones, barriles, aparejos, estancos, mulas, herramientas, lanchas i toda esa inmensidad de cosas que necesita un ejército a la moderna i de otras que no necesita pero que se exigen."

"El programa de trabajos i de necesidades quedó hecho i distribuida su ejecucion convenientemente; i al dia siguiente se arreglaba en los buques aparatos para conducir animales, cocinas con tubos a vapor, condensadoras, mangueras de aire, escaleras, bombas, porta-

lones para aumentar la ventilacion. En tierra se fabricaban estanques de madera, se compraban pipas vacías en Arica i Tacna i se recojian los elementos útiles desparramados en Ilo, en Pisagua e Iquique, i en último caso se pedian por telégrafo a Valparaiso, considerándose esto último como mui moroso ante la impaciencia de la marcha. A la vez se arreglaban treinta lanchas de desembarque i se construía una espaciosa rampla de pino entre dos extremos del muelle que permitiera atracar seis u ocho lanchas a la vez, pues hasta entónces todas las operaciones de mar, militares i mercantiles, se hacian por una escalera peruana de ocho a diez piés de ancho.”

“ En esos dias Arica era un hormiguelo de movimiento múltiple i variado, i el ministro, mui conocido por su gorra rusa con ancho galon de oro i su blusa azul, se veía en todas partes, animoso i familiar como entre compañeros de trabajo. Su presencia no solo estimulaba la actividad i empeño de empleados i trabajadores, sino que facilitaba la cooperacion universal de todas esas entidades independientes, recelosas de sus prerogativas, exclusivas en ciertos servicios i que bajo la vijilancia del ministro se aunaban para ayudar su empresa. Marina, Ejército, Gobierno civil, Comandancia de Armas, Resguardo, Aduana, Intendencia, Ferro-Carril, particulares, todos tienen sus intereses especiales, prerogativas i responsabilidades que se estorban, pero una palabra del ministro lo salvaba i allanaba todo. Mas para esto era

necesaria su presencia personal en todas partes, en cada incidente, i ahí estubo incansable, siempre i siempre, desde el amanecer hasta la noche; llevando en su prodijiosa memoria hasta los mas mínimos detalles de importantes pequñeces, combinando de hecho su ejecucion oportuna i modificando a cada paso, como convenia por falta de elementos, los medios que los técnicos llamaban imprescindibles. Oh!, el señor Vergara tendrá en su vida un recuerdo peremne de esos dias que debieron parecerle mui largos para su impaciencia, mui cortos para su ansiedad de concluir; i tambien la medida de lo que puede una voluntad firme i un trabajo constante.”

*
* *

“Satisfecho el ministro de la marcha de los trabajos en Arica pasó por un momento a Tacna para prevenir al ejército de su inmediato embarque. Los chicos recibieron la noticia con regocijo; los grandes con incredulidad, disculpando siempre su indolencia con la falta de mil cosas para la marcha; pero el ministro lo facilitó todo *ad libitum*, i sin hacer discusiones enojosas i tardías que desviarán su atencion del fin principal, accedió inconscientemente a cuanto se le pedía, de hecho o con promesas de fácil olvido para los mismos solicitantes de inutilidades.”

“El vértigo del movimiento que principió en las capas inferiores (*¡a Lima se ha dicho!*) lo dominó todo, marchando a la rastra pero

marchando, hasta los más retraídos i unos pocos esperando el fracaso de la espedicion en el mismo Arica, que diera razon a su inercia i probase la inesperta fogosidad del ministro— ¡venturoso temor que tal vez facilitó en mucho la espedicion!”

Afortunadamente el ejército principiaba en la brigada Lynch, ese cumplido carácter militar para quien nunca hai inconvenientes, i la del complaciente Amunátegui, estimulado tambien esta vez por la decision de su compañero.”

*
* *

“ El proyecto ostensible era embarcar todo el ejército, contando con el *Chile* i el *Paíta* i otros buques que llegarían de un momento a otro de Valparaiso; i esto, *desde Tacna*, era tan posible o era tan difícil como embarcar una sola division, pues ningun detalle ni conocimiento tenían, ni lo procuraban de la capacidad de la flota i necesidades de la navegacion.”

“ De cualquier modo, era preciso principiar una operacion, que de propia naturaleza tenia que ser larga, i desatendiendo el programa u órden prescrito por el embarque, de repente toda la primera division con artillería, caballería, bagajes, etc., se precipitó al puerto. No importa, dijo imperturbable el ministro a los asustadizos distribuidores—embárguese todo como venga i tómese nota exacta en los buques de las variaciones, para prevenirse contra la confusion i el desacuerdo en el dasembarque.”

“ En la noche del 14 de Noviembre dormía en dieziocho buques toda la primera division con cuantos elementos pudiera necesitar en una larga campaña.”

“ Ese mismo dia *bajó al puerto el Jeneral en Jefe, dió una vuelta por el muelle i complacido de la actividad que era notable se volvió a su ciudad de Tacna*, prevenido antes por el ministro que lo embarcado saldria al amanecer para “Paracas;” que quedaban preparados buques para la primera brigada de la segunda division, que se embarcaría en cuanto volvieran dos o tres remolcadores, i por último, que recojidos nuevamente en Arica todos los vapores i trasportes de vela marcharía de una sola vez el resto del ejército.”

EL SEÑOR PEREZ ARCE:

“ Bajo la inmediata vijilancia del ministro Vergara se construyeron muelles de embarco; se arreglaban los trasportes para conduccion de animales; se compraban los depósitos para agua; se hacían las distribuciones de tropa i animales para los buques de cada espedicion; se les calculaban los víveres i agua, tanto para el consumo del viaje, como para algunos dias en el desembarco; en una palabra, bajo la inmediata direccion del ministro, se atendia, estudiaba, discutía, resolvía i trabajaba, desde lo más importante, hasta el último detalle de los elementos necesarios para la espedicion.”

“ El que escribe estas líneas ha sido testigo jeneral, diario, constante de todos los trabajos preparatorios de las espediciones de Arica.

No teme, por lo tanto avanzar un juicio que no sea rigurosamente exacto."

"Llega el momento de zarpar las expediciones de Arica."

"No hai un testigo, sino miles, que no hayan presenciado que el ministro Vergara permanecia dos, tres i cinco dias consecutivos en el muelle, desde las seis de la mañana hasta las siete de la tarde, en medio de un sol abrasador, dirijiendo personalmente el embarco de las tropas, que tan aplaudido ha sido por su órden i rapidez en las operaciones."

"El secreto del éxito espléndido de esos embarcos ha estado en la perseverancia del ministro para mantenerse hasta lo último en el puesto del trabajo."

"Cuando en esta clase de operaciones falta algun jefe que todo lo domine, el órden se convierte en confusion; todos quieren mandar, gritan i chorean hasta formar enredos de las mas lamentables consecuencias."

"Para nadie es un secreto que los desembarcos de Parácas, Pisco i Curayaco han sido ejecutados bajo la direccion del ministro de guerra i marina en campaña, como no lo es tampoco, que su consejo, su concurso, su accion eficaz no le ha faltado un solo momento al ejército hasta entrar a Lima i el Callao."

IX

I, mientras don José Francisco Vergara trabajaba así como estos señores lo afirman, co-

mo todo el mundo lo vió i como yo lo presencié dia a dia i noche a noche ¿qué hacia, dónde estaba i de qué utilidad era el jeneral Baquedano?

Para fijar la atencion de usted, acabo de subrayar las palabras del señor Alvarado, que se refieren a la presencia del jeneral en Arica cuando ya todo estaba hecho. Yo lo ví dos veces en esos dias de febril movimiento, una la misma de que hace mencion el señor Alvarado i la otra, parado i sentado alternativamente, durante algunas horas, en el vestíbulo de la Aduana, sin hablar con nadie, sin meterse en nada; sin dar ninguna orden i pensando, si pensaba, quién sabe en qué! Al verlo alguna de las viejas de nuestra tierra habria dicho: este hombre es un elemento.

Yo no me atrevo a decir otro tanto; pero vuelvo a preguntar: i si el jeneral no se ocupaba de la cuestion militar, como acabamos de notarlo en el desórden de las divisiones que nunca se juntaron, ni tampoco de los embarques i desembarques que quedaban a la accion i direccion del ministro, ni ménos de las provisiones, vestuario, armamento, etc., dejados al cuidado de la Intendencia, ¿de qué se ocupaba entónces, en qué gastaba su tiempo, en qué podia conocerse al jefe, a la cabeza principal del ejército?

Preguntaríalo a todos los que han asistido a la campaña desde el primero hasta el último, i estoi seguro que ninguno podría decirme en qué.

¿Acaso en asuntos de Estado Mayor, reco-

jiendo datos, formando planes de campaña i estudiando mapas del territorio como los jugadores de ajedrez el tablero, para buscar un jaque mate al enemigo?

No, ahí en el Estado Mayor estaba el jeneral Maturana, secundado por el intelijente i laborioso comandante Silva Vergara, trabajando sin cesar i poniéndose de acuerdo i consultando constantemente al ministro de la guerra. El jeneral Baquedano no le hacía caso, i a cada consulta, a cada proyecto le contestaba con sus frases habituales que han quedado como refran en el ejército: farsa! farsa! niebla! niebla!

A propósito de esto, le oí contar a Altamirano que estando una noche acompañando al jeneral en su juego de malilla, llegó el jeneral Maturana diciéndole: aquí tiene usted el órden de marcha que debe seguir el ejército en la espedicion. ¿Orden de marcha? replicó Baquedano; farsa! farsa! i siguió atendiendo su juego dejando al jeneral Maturana con el papel en la mano.

Indignado con semejante conducta, me agregó Altamirano, no pude dominarme, dejé las cartas i me puse a pasear a lo largo del salon, indicándole al jeneral con tan marcada actitud que no podía soportarse majaderías como esas tratándose de asuntos graves i sérios.

Entre tanto, el jeneral Maturana habia volteado la espalda i retirándose inmediatamente con la hiel en los labios i la rabia en el corazon de verse amarrado a un solemne compromiso con el pais i tener que soportar, por otro lado,

las barbaridades de un jefe que convertía al ejército chileno en verdadera montonera, exactamente como si se tratara de una de las campañas de Arauco.

A mi me dijo varias veces: "bien puede este hombre mandarme fusilar si se le ocurre, seguro que yo no haré mi renuncia hasta concluir la campaña. He salido de Chile para pelear i no volveré hasta no haber asistido a las batallas que deben darnos la posesion de Lima i el Callao.

Prefiero sufrir sus groserías visiblemente inclinadas a hacerme saltar, ántes que separarme del ejército i dar lugar, en Chile, a que mi retiro se interprete por mala voluntad, cobardía o, a lo ménos como quisquillerías de carácter."

Pero dejando a un lado éstos detalles que pintan la incompetencia de un jefe hasta lo inverosímil; no digo para dirigir un numeroso ejército sino para mandar un reducido batallón, continuaré mi interrumpida relacion sobre los asuntos principales que entrañan suma gravedad i por consiguiente mui sérias responsabilidades.

Recordará usted lo que le he dicho más arriba sobre las resistencias del jeneral Baquedano para dejar salir de Tacna la primera division al mando de Villagran, apoyándose en los peligros que podía correr en Pisco de ser atacada por el ejército entero de Lima, que nunca tendría oportunidad mejor para hacerlo, siguiendo las inspiraciones de Piérola en

cuya audacia se creía, infundiendo, por consiguiente serios recelos.

No dejó de preocupar semejante peligro al ministro de la guerra, afectada como quedaba su responsabilidad al llevar de su propia cuenta i contradiciendo la opinion del jeneral, esa division a Pisco.

Felizmente, embarcada con todos sus elementos, sobraban algunos buques que podían trasportar una brigada más o sean cuatro mil hombres. Faltaban solo dos remolcadores que los condujeran, pero esto éra fácil remediarlo haciendo volver a Arica los dos primeros vapores que se desocupasen en Pisco.

Así lo acordó el ministro de la guerra i en consecuencia dió órden al jeneral para que ocho dias despues de partir la division Villagran hiciera salir a reforzarla la primera brigada de la segunda, al mando del coronel Gana, en los buques que fueron designados al efecto, sirviéndoles de remolcadores los vapores que volverían de Pisco oportunamente.

De esa manera, la primera division, no quedaria sino doce dias sola en Pisco, tiempo insuficiente para que el ejército peruano, con su activo dictador a la cabeza, pudiera salvar la distancia que lo separaba de Lima. Del 29 al 30 de noviembre la brigada Gana debiera completar doce mil hombres en Pisco, fuerza suficiente ya, para ponerse a cubierto de toda emergencia.

Satisfecho don José Francisco Vergara de haber solucionado tan felizmente esta cuestion que parecia envolver serios peligros, usted cal-

culará la sorpresa que recibiría al encontrar, en el jeneral, la misma resistencia que para la primera division.

La contradiccion no podia ser mas flagrante. Se habia opuesto a la salida de la primera division, fundándose en los peligros que podia correr de ser atacada por fuerzas superiores, i en seguida, se oponia tambien a que una parte de la segunda fuera a reforzarla, precisamente para evitar esos mismos peligros.

Parece imposible semejantes contradicciones, i sin embargo ellas eran tan ciertas como se las refiero á usted. Muchas personas me decian, esa es la culebra de ambiciones ocultas que se azota a los piés del ministro para formarle un grillete i detener su marcha, Yo no podia creer, como hasta ahora mismo lo dudo, que la audácia de un hombre mandando el ejército de Chile para sostener su bandera, pudiera llegar hasta el punto de posponer tan sagrados intereses a ambiciones puramente personales.

Sin embargo, estos actos empezaban a dar cuerpo i a convertir en sustancia las sospechas que a mí me parecían simples suposiciones de una suspicácia llevada demasiado lejos. Se decia que el jeneral tenia ambiciones a la presidencia, que consideraba al ministro como rival de idénticas aspiraciones i que tenia celos de Villagran a quien suponía traído por éste para reemplazarlo en primera oportunidad.

Así se esplicaban las resistencias del jeneral para dejar partir doce mil hombres a lugares tan cerca de Lima, como Pisco i Tambo de

Mora. Temia que el ministro de la guerra, de acuerdo con Villagran, encontrando fácil el camino, se entrasen a Lima como Pedro por su casa, dejándolo a él en Tacna sin ninguna participacion en la gloria, que ambicionaba toda entera, como su lejítimo patrimonio.

Las dificultades que el jeneral ponía para hacer salir la brigada de Gana, ocho dias despues de la primera division, obligó al ministro a pasarle una nota, fijándole el dia de la salida, que si mal no recuerdo, debia ser el 23 de noviembre. Así, si el jeneral no cumplía i la division Villagran sufría en Pisco algun ataque de fuerzas superiores, la responsabilidad del ministro quedaba a salvo pesando por entero sobre el autor de la falta.

El jeneral resistió a recibir la nota, o mejor dicho, hizo cuanto esfuerzo pudo para que el ministro la retirara. Altamirano servia de intermediario entre el jeneral que pedia su retiro i el ministro que la sostenia, exijiendo por el contrario, que se le acusára recibo. Dos dias i dos noches duró la negociacion de la nota, i recuerdo haberle oído a Altamirano que nunca ningun negocio de Estado mientras él fué ministro lo aburrió i fastidió tanto como este. Consideraba como una verdadera campaña haber reducido al jeneral para que aceptara la nota, aceptacion que se hacia para el ministro tanto más necesaria cuanto más resistida era por el jeneral.

Lo que se proponia con semejante resistencia nadie lo ha sabido positivamente, porque a nadie es dado descubrir lo que se guarda *in*

pero; pero era evidente que algunos fines ulteriores lo movian a ello i esos son los que se interpretaban como acabo de manifestarlo a usted. Con mucha razon, entónces, insistia el ministro en dejar documentos que más tarde comprobasen la responsabilidad de cada cuál.

El 15 de noviembre partió la primera division i yo me incorporé en ella para cumplir el compromiso contraido con el ministro, de dar pan fresco al ejército durante la campaña de Lima.

Desembarcamos en Paracas el 19 i el 20 entramos a Pisco.

Mucho me gustaria referir a usted todo lo que presencié durante nuestra permanencia de veinticinco dias en aquellos lugares; pero debiendo concretarme al asunto que dá márgen a esta larguísima carta, tengo, con sentimiento, que dejar en el tintero detalles sumamente interesantes, sobre otro de nuestros jeneral que pudo, como Baquedano, haber mandado el ejército i por consiguiente ser ahora el candidato de los areonautas políticos que se embarcan en los globos de jabon de las glorias militares.

¡Qué pena causa, amigo mio, tener que cerrar las celdas de la memoria cuando los recuerdos se atropellan como locos que sienten la mano del guardador metiendo la llave al candado!

Pero paciencia i adelante!

X

El jeneral Villagran no habia llevado a Pisco más instrucciones que las de no pasar de Tambo de Mora, segun me lo han asegurado muchas personas, i segun creo que me lo dijo él mismo, conversando una noche a su regreso de Chincha, despues del fracaso de la marcha.

¿Por qué el jeneral Baquedano circunscribía la accion de Villagran a una estension tan limitada del territorio ocupado?

Esta restriccion, si no era sujerida por el temor que ántes hemos indicado, de que Villagran se adelantára hasta muy cerca de Lima o llegára a Lima mismo, hace mui mal en parecerlo i concordar tan bien con la oposicion para permitirlo salir de Tacna, i despues, para que la brigada de Gana fuera a reforzarlo.

Si Villagran no podia avanzar al norte con el grueso de la division por habérselo impedido Baquedano, pudo sin embargo hacer muchas otras cosas útiles. Mandar partidas de caballería a practicar reconocimientos de los caminos con sus recursos, aguadas, distancias, pampas, serranías, etc. Mandar así mismo pequeños grupos de jinetes bien montados para interceptar correspondencia, adquirir datos sobre el enemigo, de los lugareños repartidos de distancia en distancia i en pequeños caseríos. Internar algunas partidas hácia la cordillera

en busca de ganado, que no estaba muy abundante en el ejército i para el cual convenia hacer un buen acontonamiento en prevision de mayores necesidades. Disciplinar su division por medio de ejercicios combinados, formando simulacros de combates que permitieran medir el terreno, acostumbrar a los jefes de cuerpos a las grandes maniobras, i al Estado Mayor, a ver, notar i corregir las faltas que en distintos sentidos pudieran traer inconvenientes durante las batallas.

Todo esto i mucho más pudo hacer i sin embargo no hizo absolutamente nada. Si don José Francisco Vergara, aburrido de la inaccion i obligado a permanecer en Pisco hasta que llegára la brigada de Gana, no hubiera montado un día a caballo i lanzádose con sus ayudantes a Olincha Alta i Olincha Baja para reconocer esos alrededores, no se habria establecido ahí las guarniciones que estuvieron sirviendo de avanzada, durante todo el tiempo de nuestra permanencia.

Los días corrian así, en la inaccion i en una tranquilidad de siesta diaria i a calzon quitado. La brigada de Gana no llegaba, i ya habian pasado cinco días del plazo fijado para que estuviera en Pisco. Aburrido don José Francisco Vergara, desesperado i hasta alarmado por no saber lo que pasaba, tomó uno de los trasportes i se fué a Arica para despacharla en el acto i seguir inmediatamente con el embarque del ejército.

En el viaje se cruzó con el convoi que la conducia, el cual entró a Pisco nueve días

despues de la fecha fijada. Si tal atraso sufrió a pesar de la resistida i discutida nota, de la insistencia del ministro i de la aceptacion i promesa, al fin, del jeneral para cumplirla exactamente, ¿cuánto más no habria demorado si una simple orden verbal recibida aparentemente de buen grado, sin ser por lo tanto sospechada de falta de cumplimiento, hubiera sido el único antecedente a que quedara sometida i obligada su ejecucion?

Entretanto, a cualquiera que se le ocurra preguntar la causa que habia motivado el atraso, yo no podré contestarle otra cosa sino que agregue esta circunstancia más a la cuenta que va adicionando los antecedentes de la sospechada ambicion del jeneral, cuya vida parecia alimentarse solo de precauciones para cuidar i vijilar a sus rivales.

Reunidos los doce mil hombres en Pisco despues de tanto trabajo, contradicciones i amarguras sufridas por el incansable ministro de la guerra, no quedaba sino apurar el embarque del resto del ejército, que precisamente era la otra mitad o sea doce mil hombres más.

Aquí debia, don José Francisco Vergara, poner a prueba nuevamente su paciencia, allanando los obstáculos i embarazos que con visible intencion se formaban para cruzarle el camino, aburrirlo i desesperarlo, o entregarlo a la opinion pública de Chile, completamente desprestijiado por el plazo que tomaba la expedicion, arrancado día a día a la impaciencia de los mismos que despertando ambiciones en

el jeneral, habian creado las dificultades para explotarlas en seguida i cargarlas a la cuenta del ministro.

Así, no fué estraño que don José Francisco Vergara, al desembarcar en Arica de regreso de Pisco, se encontrára con que todos los elementos que debian movilizar la segunda parte del ejército estaban completamente descompajinados, dispersos i volando a los cuatro vientos.

Todo el mundo fué testigo del desparramo de buques que se hizo en Arica, pretestando distintas comisiones, precisamente en vísperas del embarque de doce mil hombres i para los cuales apenas eran bastantes todos los que componian la escuadra entre cascos de guerra, trasportes a vapor i quillas de vela.

Si todos escribieran lo que han presenciado, veria usted, amigo Ibañez, con cuánta uniformidad i cuánto acuerdo quedarian establecidos estos hechos, que deben servir de piedras graníticas a la solidez de la historia i a los juicios severos que de ellos se desprendan, sustrayendo al espíritu de falsas interpretaciones i por consiguiente de errores, en cuya espesa nube, quedan envueltos méritos i faltas, justificaciones i responsabilidades.

Como testigo, de esos que acostumbran escribir siempre, dejando constancia pública de sus declaraciones, vuelvo por un momento a cederle la palabra a don Alvaro Francisco Alvarado, que dice lo siguiente respecto del desbando de los buques de Arica, en un artículo publicado en la *Actualidad* bajo su firma:

“No sabemos por qué motivo demoró tanto en Arica el embarque de la brigada Gana. El ministro con gran satisfaccion a su ansiedad la encontró en el camino, comunicó con la flota, encomendando la más pronta vuelta de ciertos buques, i de seguro que hizo su viaje mui contento de ver a punto de coronarse su obra.

*
* *

“ Llegó a Arica; i qué contratiempo! de la casualidad, del error, de la desatencion, de no sabemos qué.....pues no conocemos hasta ahora sus causas, sus móviles o su razon plausible. La flota que debiera conducir el resto del ejército, estaba desbandada en servicios estraños, al ménos al punto de no poderse hacer la espedicion por completo. El *Paita* habia sido despachado a Valparaiso con enfermos, el *Angamos* al Callao a reforzar el bloqueo, el *Huancaí* a Pisco a acompañar la inutilidad del *Abtao*, el *Bernald Castle* a descargar en el Callao mil setecientas toneladas de carbon para la escuadra, que tenia provision suficiente para un mes.

“ Haciendo una simple narracion de los hechos, no entraremos en consideraciones sobre medidas tan estrañas; i nos sería mui difícil atinar a descubrir su causa u objeto intencionado, porque ¿a qué chileno pudiera interesar, si no el fracaso, una demora comprometente de las operaciones iniciadas?

*
* *

“ En Arica el ministro, i en conocimiento del desparramo de buques, tocó a reunion sin pérdida de momento, alcanzando el telógrafo al *Paita* en Iquique i despachando la *Magallanes* a revienta máquina a Pisco. Todo pues fué remediado en pocos dias, i el ministro, con su apacibilidad acostumbrada que encubre una firmeza inflexible de propósitos, volvió a su tarea ya conocida i esperimentada de salvar inconvenientes i hacer volar el ejército a Lima.”

XI

Reunidas i vueltas a concentrarse en el surtidero de Arica, por los esfuerzos i actividad del ministro, todas esas naves dispersas, parecía no quedar ya otra cosa sino proceder al embarque del ejército i dar el último impulso a la campaña, que había de traernos a la orgullosa ciudad desde donde le escribo esta carta i adonde, sufrió usted en otro tiempo, todas las altanerías de la vanidad peruana, nacidas al calor de la imaginaria victoria del 2 de Mayo i sustentada despues por la magnitud de las obras públicas, convertidas en aquella lluvia de oro que usted presenció durante la administracion Balta.

Dar la órden de embarque i proceder a él inmediatamente, todo debía ser i no para la pujanza i decision de don José Francisco Ver-

gara. Sin embargo, no sucedió así i nuevas resistencias vinieron a advertirlo, una vez más, que su paciencia debiera ser tan inagotable, como su voluntad i firmeza, para no rendirse a los inconvenientes.

Por la mañana una disculpa, a la tarde otra, al día siguiente la falta de alguna cosa i despues quién sabe qué, hasta llegar a quedar paralizado el ejército por correas de porta-fusiles. Así corria lastimosamente el tiempo, viéndose al fin el ministro obligado a pasar una nota al jeneral, ordenándole a nombre del gobierno que saliera tal día, sin falta alguna, quedando responsable a las consecuencias si no lo verificaba.

Volvió Altamirano nuevamente a sus funciones de diplomático para mediar otra vez entre el jeneral que pedia el retiro de la nota, alegando que no necesitaba ser empujado por nadie para cumplir con su deber, i el ministro que quería dejar documentos para deslindar responsabilidades i probar a su tiempo i en caso necesario, de parte de quién habría estado las faltas.

Dados los temores que el jeneral alimentaba de tener doce mil hombres tan avanzados hácia Lima, mandados por su émulo Villagran, parece que su principal empeño debía contraerse a marchar él tambien lo más pronto posible con el resto de la fuerza, a fin de ponerse a la cabeza de todo el ejército e impedir así, que aquel, de acuerdo con el ministro, hiciera algun movimiento que pudiera arrebatarle sus soñadas i baratas glorias.

Lo contrario, es decir, los inconvenientes para salir de Tacna, indicaba que el jeneral no debía estar preocupado de tales recelos i que la ambicion a la presidencia no había dado márgen a las resistencias anteriores, en cuyos antecedentes se fundaban las sospechas de esas pretensiones.

Sin embargo, nada vino a robustecer más dichas sospechas, que la última resistencia del jeneral para salir definitivamente a campaña.

Villagran en Pisco, sujeto i amarrado a instrucciones terminantes i el ministro en Tacna, discutiendo con él el retiro de la nota i entretenido en allanar los obstáculos que se le creaban de propósito, ¿qué podía temer de tales rivales, cuyas imaginadas ambiciones se medían solo en el cartabon de las suyas propias?

¿Qué se proponía, me dirá usted entónces, el jeneral Baquedano con retardar su salida de Tacna?

Juzguelo usted.

El ministro Vergara había salido de Valparaiso el primero de octubre con todo el Estado Mayor. Los últimos cuerpos que completaban el ejército espedicionario habían salido tambien pocos dias ántes. La intendencia del ejército estaba despachando los últimos buques cargados de víveres i llenos de todos los elementos para completar la expedicion. Naturalera que el pais esperara, quince dias despues de la llegada del ministro a Arica, que la espedicion estuviera en camino de Lima.

¿Quién podría imaginarse en Chile, que el ejército había de encontrarse en el estado de

descompajinacion i desórden que lo encontró el ministro, comiéndose hasta los víveres destinados a la espedicion como se lo he manifestado anteriormente?

Por supuesto, nadie, i de aquí la impaciencia para encontrar demasiado largo el plazo corrido desde el 1º de Octubre hasta el 15 de Diciembre, época en que el jeneral se atrincheraba en Tacna, dando lugar a que se resolviera la crisis producida por la agitacion pública de Chile, i que en forma de postema fué a reventar al congreso como interpelacion al ministerio.

En esa interpelacion i posible censura, debia naturalmente quedar envuelto el ministro de la guerra i entónces el jeneral sabia a qué atenerse.

¿Le parece a usted que la esperanza de ver caer al ministro rival no valia la pena de embromar i resistir un poco, cuando por otra parte, la demora era un apretón más al nudo con que se le estaba ahorcando?

Pasada la tempestad de la cámara i vista la actitud enérgica del ministro que obraba a nombre del gobierno, apoyándose en instrucciones recibidas por telégrafo, el jeneral agachó la cabeza, i entónces i solo entónces tuvo voluntad para marchar, i marchó definitivamente.

Llega aquí, amigo Ibañez, el momento de explicarle, en mui pocas palabras, una afirmacion anterior, contradicha al parecer por lo que he venido refiriéndole respecto a los inconvenientes formados por el jeneral para

travar la marcha del ejército, cuando ántes lo he asegurado que su única condicion era la buena voluntad para ir adelante.

Efectivamente, la resistencia del jeneral no tenia otro motivo que una abierta competencia al ministro, para aburrirlo i hacerlo saltar, sacudiéndose así de un rival a quien temia i con el cual no queria compartir la barata gloria de presenciar batallas. Pasadas esas intenciones de derribarlo, i convenciéndose que la prolongacion de la lucha podía acarrearle el peligro de romperse la cabeza, los inconvenientes cesaban como por encanto, i entónces él era el primero en allanarlos, manifestando al mismo tiempo mucha voluntad para marchar adelante.

Yo admiro las grandes cualidades que hacen de D. José Francisco Vergara una notable personalidad; pero siempre he censurado su falta de carácter para retirar del ejército a muchos jefes que le hacian cruda guerra, empezando por Baquedano. Sé perfectamente el móvil caballeresco que le ha hecho seguir esa línea de conducta: no echar mano de su propia autoridad para aplastar jente cuya oposicion pudiera tener un carácter personal, ni tampoco dar a la opinion pública pretesto alguno para que la separacion de Baquedano i de otros jefes perjudiciales, fuera interpretada por intrigas de mal aconsejadas ambiciones.

Precisamente esos mismos móviles indican claramente falta de carácter. En cuestiones de tanta responsabilidad no debe ponerse en

la balanza nobles sentimientos sino dictados de pura conveniencia. La coronacion de la obra es todo i los albañiles inconvenientes, con buenas o malas razones, deben quedar atras para que otros ocupen su lugar i no haya pérdida de tiempo, interrupciones i mucho ménos errores de construccion que amenazen derrumbes i ruina.

¿Tenia o nó conciencia don José Francisco Vergara que el jeneral Baquedano era sumamente inconveniente en el ejército? ¿Creia o no creia que su direccion en las batallas entrañaba peligros sérios para el éxito i triunfo de nuestras armas?

Pues si tal conciencia tenia como no ha podido dejar de tenerla, debió destituirlo, separarlo en el acto del mando del ejército.

¿Habria podido disculpar una derrota diciendo al pais: no separé a Baquedano del mando del ejército porque no se creyera que fines ulteriores, de ambiciones personales me habian hecho proceder así? ¿Qué valor tienen ante la magnitud de una catástrofe nacional consideraciones de ese jénero, no ya como disculpas para sacudir responsabilidades, sino como arrepentimiento propio, como dolor patriótico de haber hecho pesar en la balanza de los destinos de un pais sentimientos de susceptible delicadeza más que razones de profunda conviccion?

Aquí tiene usted, amigo Ibañez, claramente diseñados los peligros de la política interna cuando en presencia de una lucha nacional, los partidos no arrollan las banderas de sus

intereses particulares para reunirse en torno de la bandera comun que da sombra a los intereses jenerales.

Si algunos círculos políticos no hubieran estado apoyando a Baquedano con la esperanza de formar un caudillo para fines ulteriores, estoi seguro que el ministro, libre de toda presión, lo habria puesto a un lado evitando así los inminentes peligros en que tantas veces envolvió su supina incapacidad.

Bien pueden los adoradores del éxito estar satisfechos con los gloriosos resultados; pero si tuvieran verdadero patriotismo i hubieran presenciado las batallas, sufriendo las angustias de los que vimos la negra nube de una desgracia nacional cubriendo la estrella de Chile, creo que temblarian trayendo nuevamente a la memoria el recuerdo de esas amargas i supremas horas, dejándolas para siempre, grabadas en su espíritu, como leccion i enseñanza de lo que importa una infeliz cabeza dirijiendo grandes i trascendentales acontecimientos.

Pero noto, amigo mio, que estas reflexiones de que no puedo irme a la mano van convirtiendo mi carta en un libro, cuya lectura obliga a cierto reposo i tranquilidad de que usted ni nadie podrá disponer, en las agitadas horas que hoi mueven el espíritu público de Chile. Por lo tanto, dejolas a un lado i sigo la relacion de los sucesos que han de presentar al fin, netamente definidas las glorias del jeneral Baquedano en la presente campaña.

XII

Por fin, el 15 de Diciembre zarpaba de Arica el convoi que conducia el resto del ejército. Su embarque no fué sino una repetición del de la primera división en cuanto a la participación del jeneral i actividad del ministro. Con la diferencia, que éste, por la experiencia adquirida en el anterior, se fué a vivir al muelle donde hizo construir una garita para pasar todas las horas del día, a fin de que nada escapára a su observación i vigilancia, i todas las dificultades pudieran allanarse i resolverse con la prontitud debida.

Diez días ántes habia recibido en Pisco el jeneral Villagran la órden de marchar por tierra hasta el puerto de Chilca, en donde debia reunirse todo el ejército. La brigada Gana permanecería todavia en Pisco esperando la pasada del convoi para incorporarse a él i seguir sus aguas.

Mucho sorprendió en Pisco la órden de que la primera división marchára por tierra cuando todos creían que se movería por mar. Contribuía a mantener esta idea tanto lo largo i penoso de la marcha, cuanto la ninguna urgencia que demandára, en un mismo día, la reunión del ejército en Chilca.

Ahí debia demorar el desembarque de la segunda i tercera división lo ménos cuatro

CARTA POLITICA.

dias, i volviendo a Pisco los primeros vapores que se desocupáran podrían conducir la division Villagran, que siempre llegaría ántes que las otras hubieran echado todas sus fuerzas a tierra. Así, librando a ocho mil hombres de las fatigas de una marcha de cuarenta leguas, no se habria perdido tiempo como no lo perdió la segunda brigada que fué conducida por mar en los primeros vapores que regresaron a Pisco, llegando a Curayaco cuando aún no estaban desembarcadas todas las tropas de la tercera division.

Don José Francisco Vergara se habia opuesto en Tacna a que la primera division marchára por tierra, fundándose en la inutilidad de maltratar a esa jente; pero el jeneral insistió, i como no era cuestion de aumentar continuos choques. lo dejó obrar como le pareciera, i en consecuencia la órden fué despachada con la anticipacion que he indicado.

Aunque la marcha pudo haberse efectuado en los ocho dias de que disponia Villagran como lo probó Lynch llegando a Lurin con su brigada en ese mismo tiempo; sin embargo el plazo era demasiado corto para mayor número de tropas, circunstancia que modifica mucho las condiciones de una marcha, pues no es lo mismo movilizar ocho mil que cuatro mil hombres.

Llegó a Pisco el convoi que conducia la mitad del ejército, el 19 de Diciembre. Villagran con la segunda brigada de su division permanecia aún en Chincha, pero listo para emprender la marcha, como lo comunicó por

telégrafo, no sé si al ministro o al jeneral en jefe. Este no hacia más que renegar contra Villagran, por no haber cumplido sus órdenes, sin tomar nuevas medidas que pudieran remediar el mal.

Asi se pasó el 19 i el 20, dando tiempo por otro lado a que la brigada Gana concluyera de efectuar su embarque. Terminado éste, los remolcadores empezaron a moverse, la escuadra iba a partir i el jeneral no tomaba aún ninguna determinacion sobre Villagran que esperaba órdenes, en Chincha, con el oido pegado al alambre. Parecía que el jeneral quería dejarlo allí plantado como en castigo por la falta cometida.

Si pudiera leerse en el fondo de las intenciones, quién sabe si todos no hubieramos visto pasar, mas de una vez, por su mente, esa misma idea.

Al fin, parece que el ministro le dijo, es necesario concluir este asunto de Villagran i que usted tome alguna resolucion i le comunique sus órdenes.

Eran las cinco de la tarde del 20, la escuadra empezó a dejar el surjidero i la oficina telegráfica comunicaba a Villagran que regresára a Pisco i esperase allí nuevas órdenes. Esa misma noche, algo tarde, llegó a Pisco el jeneral acompañado de sus ayudantes i a la madrugada del dia siguiente entraba la brigada a ocupar los cuarteles que dejára pocos dias há.

Yo me quedé enredado con esta atrasada brigada, esperando los trasportes que dos o tres

dias despues debian volver a Pisco para llevarnos al punto donde hubieran desembarcado las otras divisiones.

Indecibles son las agitaciones i zozobras que experimentamos todos los que nos quedamos en Pisco, esperando de momento a momento la noticia del desembarque, con sus combates, dificultades o facilidades, i las posiciones que ocupáran nuestras tropas, al frente quizá de numeroso enemigo, que defendiera el agua en Lurin, tratando de cortarnos todo recurso.

Largos eran los dias para nuestra impaciencia, i cada hora que pasaba despues de ajustadas las que correspondían al tiempo que podía demorar un vapor en ir a Chilca i volver a Pisco, nos parecía un mal signo i negros presajios, venían por momentos a aumentar la inquietud de nuestro espíritu.

Por fin, al amanecer del dia 24 se divisó en el horizonte el humo de un vapor que indudablemente se dirijía al puerto. Poco rato despues, se conoció a la *Magallanes*, i entónces todos nos precipitamos al muelle para esperar i recibir allí mismo las noticias.

Para qué decirle la satisfaccion que se pintó en el semblante de todos al saber que el ejército estaba desembarcando en la caleta de Curayaco sin la menor novedad; que la brigada Gana ocupaba ya el Valle de Lurin, i que Lynch con sus cuatro mil hombres habíase incorporado al ejército despues de una brillante i valiente marcha.

La *Magallanes* comunicó la órden a Villagran de embarcar su brigada en los vapores

Bernard Castle, *Cárlos Roberto* i *Pisagua* que venían atrás.

Darla a los jefes i empezar a llegar las tropas al muelle, todo fué uno. A las seis de la tarde no quedaba mas que un rejimiento en tierra, i si una fuerte paraca no hubiera impedido embarcarlo, esa misma noche habríamos zarpado de Pisco, realizando el embarque más rápido que hasta entónces se hubiera hecho en toda la campaña.

Una brigada de cuatro mil hombres, con todos sus elementos, embarcada i lista en un dia, es mucho hacer. Pero, es que ahí estaba dirijiendo el pandero mi amigo Alvarado!

Al dia siguiente, es decir el 25, estábamos navegando rumbo al norte, i no pasarian treinta horas sin que estuviéramos incorporados al ejército.

Yo me embarqué en la *Union*, buque de vela cargado de víveres, remolcado por el *Bernard Castle* i que no llevaba tropa sino algunos oficiales, entre los cuales iba el coronel Urrutia, Jefe de Estado Mayor de la division. Esa circunstancia me hizo elejirlo, pues es sumamente incómodo viajar en trasportes cargados de tropa.

Aún no habíamos perdido de vista el puerto cuando el *Bernard Castle* cortó el remolque. El convoi se detuvo un momento mientras se arreglaba i media hora despues continuábamos la navegacion. Apénas habríamos avanzado cuatro millas más cuando otra vez dijo adios! el *Bernard Castle*, cortando nuevamente el remolque. Pero este adios fué para siempre,

pues nos abandonó a nuestra propia suerte gritándonos con la bocina: lárguen velas i sigan viaje!

Le contestamos que no teníamos agua sino para dos dias i que desembarcando las tropas en Curayaco volviera a darnos remolque con un calabrote nuevo.

Entramos en desesperante calma durante dos dias, navegando solo con la corriente, a razon de milla i media por hora. A la tarde del segundo dia divisamos un vapor que navegaba en nuestra demanda. Usted calculará el gusto con que lo veríamos acercarse poco a poco. No podíamos conocerlo; con la proa hácia nosotros nos parecia mui grande. ¿I sabe usted, cuál era? El famoso *Toro* que se nos presentó mas orgulloso que un blindado con su cañon de a seis en la proa.

Enganchó el remolque i salimos del desesperante empaque. Al dia siguiente fondeamos en Curayaco.

Ya no encontré al jeneral Villagran; habia partido al sur en el *Chile*, a consecuencia de la nota que recibiera del jeneral en jefe, por la cual lo suspendía del mando de la primera division.

El decreto del jeneral empezaba así: Vista la nota del señor ministro de la guerra, etc.

Con esto quería Baquedano dar a entender que él no tenia parte alguna en la separacion de Villagran, sino el ministro de la guerra, en virtud de cuya nota firmaba el decreto. Por consiguiente, Villagran i todos los

que no conocían los antecedentes del asunto, quedaron creyendo que el ministro de la guerra era el único autor de dicha separacion.

Con unas cuantas palabras dejadas en el tintero, el jeneral sacaba perfectamente la castaña con mano ajena. Si en lugar de decir: vista la nota del ministro de la guerra, etc., hubiera dicho: vista la nota que en contestacion a la mia de fecha tal, me ha pasado el ministro de la guerra, etc., ya todo el mundo habría comprendido que el jeneral era el que reclamaba del ministro la separacion de Villagran.

En todos los actos de Baquedano, durante la campaña, para separar jefes del servicio, se ha notado la misma tendencia de descartar su responsabilidad con el gobierno, lavándose las manos en seguida como el majistrado del pretorio.

Pero su rivalidad con Villagran no la llevó solo hasta pedir su separacion, sino hasta darla en la órden del dia, presentando así uno de los pocos ejemplos en el mundo, de separar al frente del enemigo a jefe de tan alta graduacion, como es un jeneral de division.

Si hubo o no razon para separarlo, es cuestion que no debo analizar en la presente carta sin alejarme del propósito que la dicta. Me basta solo dejar nota de la venganza indigna cometida desde tan alto puesto, para que ella sirva de útil advertencia a los que quieren consagrar la omnipotencia de Baquedano llevándolo a la presidencia de la República.

XIII

Desde que pasó por Pisco el convoi que conducia el resto del ejército con el jeneral en jefe a la cabeza, noté en el ministro de la guerra cierta prescindencia en todas las operaciones. A cada consulta que se le hacia, contestaba: véanse con el jeneral:

Era evidente que, o habia formado el propósito de no mezclarse en nada para ver si el jeneral era capaz de hacer algo por sí solo, o considerando las operaciones en que se entraba, le un orden puramente militar, no quería invadir atribuciones ajenas.

Estoi por creer lo segundo, pues la misma conducta observó con Villagran desde que salimos de Arica, con la primera division, hasta que llegamos a Pisco, i aún durante todo el tiempo que permaneció ahí. Solo que cuando ya las cosas andaban mui mal, tomaba la direccion para hacerlas él personalmente, con la mayor diplomacia del mundo, i gastando cierta delicadeza incapaz de herir ni la susceptibilidad de hombres tan celosos de su facultad de mando, como la mayor parte de los jefes que han tenido la direccion de la campaña.

Siguiendo esta línea de conducta i llegando el convoi a Chilca, parece que dejó a la decision del jeneral el punto por donde debia de-

sembarcar el ejército i la manera cómo habia de efectuarse el desembarque.

Junto con su prescindencia empezaron las vacilaciones, las dudas i la pérdida de tiempo. Acostumbrado el jeneral a que otros pensasen por él en cada situacion un tanto comprometente i reservándose solo el derecho de mandar las batallas para quedarse una legua a retaguardia, dejando *al jeneral pililo* pelear a su gusto, no resolvía nada respecto al punto por donde debia empezar el desembarque, gastando así un tiempo precioso, cuyas horas aprovechadas o perdidas eran la vida o muerte de la expedicion.

De esta manera transcurrieron veinte horas, agravándose la situacion minuto por minuto. Diez i seis mil hombres i dos mil quinientos animales consumiendo el agua calculada solo para once o doce dias, i de los cuales habian pasado nueve, iban suicidándose poco a poco i arrastrando hácia su tumba la obra de Chile, en el momento mismo de darle feliz remate.

Yo no sé lo que pasó allá en el consejo de los jefes superiores, ni qué determinacion tomarán al fin, lo cierto del caso es, que de repente, se vió al ministro de la guerra cruzar en el *Cochrane* una buena parte de la costa i poco despues, el desembarque empezaba en la caleta de Curayaco.

Cómo se efectuó el desembarque, no puedo referírsele a usted, porque yo no lo presencié; pero los datos que he recojido de muchas personas, manifiestan claramente, que el de-

sórden fué completo. El ministro quiso confiarlo al comandante Latorre i el almirante, de acuerdo con el jeneral, nombró al comandante Campillo. Este que tal vez pudo llevarlo a cabo con órden i rapidez, si lo hubieran dejado obrar independientemente, se desorientó por completo, agobiado i confundido con las doscientas mil órdenes recibidas del jeneral en jefe, del Estado Mayor, de los jenerales de division, de los comandantes de cuerpos i de *tuti cuanti*.

Así, no fué extraño que se gastára un dia entero en desembarcar la brigada de Gana, si donde todos mandaban, debiera naturalmente formarse laberintos i confusiones de resultados negativos. Precisaba desembarcar caballería para la descubierta i primeros reconocimientos, i en lugar de botar los caballos al agua, como se habia hecho otras veces, ganando tiempo i maltratando ménos a los animales, el jeneral ordenó que se desembarcasen en las lanchas, operacion más costosa, más larga i que malogra i maltrata mayor número de animales.

Por otro lado, esta medida traía un inconveniente sumamente grave: el de no poder desembarcar infantería, si ocupadas las lanchas en otros servicios que podian hacerse de distinta manera, impedían ejecutar dos operaciones a la vez.

Hé ahí la razon por qué en lugar de desembarcar ocho o diez mil hombres en un dia, apénas pudieron poner en tierra la brigada Gana, compuesta de tres mil solamente.

Así andaba todo, amigo, cada vez que el ministro no dirigía las cosas personalmente, o no se tomaba en cuenta sus indicaciones.

Yo llegué a Curayaco el 28 en la tarde, i aún quedaban tropas a bordo. De manera que en los seis dias corridos desde el 22 en cuya fecha empezó el desembarque hasta el 28 en la cual aún no concluía, apénas habian podido llegar a tierra veinte mil hombres. Tres mil trescientos por dia! ¿Qué le parece á usted como nos habría ido si hubiéramos encontrado al frente un numeroso ejército enemigo?

Me quedé a bordo del *Itata* seis dias, i recién el 4 de enero pasé a Lurin. No tenia prisa de llegar al campamento, porque nada podia hacer. Los hornos portátiles me los habian dejado en Arica, i por más que lo sintiera, ya no era posible remediar el mal, teniendo el ejército que carecer de pan fresco i volver a la dura i seca galleta.

Así llegué al campamento mui desalentado i considerándome un *cucalon* inútil. Habia dado pan a doce mil hombres durante un mes en Pisco, habia seguido cuarenta leguas a la brigada Lynch, proporcionándole tan útil recurso, i ahora que iba a prestar el servicio más grande que podia prestarse a todo el ejército reunido, dando pan fresco a veinticinco mil hombres, en lugares escasos de otros recursos, no le podia hacer por falta absoluta de elementos. Mi amor propio sufría al considerarme en medio de una activa colmena, con los brazos cruzados i escusando las exigencias de todos, por inconvenientes i difi-

cultades que nunca deben ser obstáculo para el hombre, cuando la voluntad mueve e impulsa sus acciones como poderosa e irresistible palanca.

Frente a frente con mi impotencia me consolaba siquiera la idea de arrimar mis pobres esfuerzos a cualquiera otro servicio que fuera de alguna utilidad para el ejército. Con los cien empleados i trabajadores de la panadería pensaba agregarme a las ambulancias, i habíamos varias veces con Vicente Dávila de reunir a todos los demás *cucalones* i jente suelta, que no debía tomar parte en las batallas, para formar un cuerpo numeroso i presentarnos organizados al doctor Allende Padin a fin de que nos destinára dónde i cómo lo creyera conveniente.

Miéntas no llegára el momento de prestar estos servicios hacía el ánimo de incorporarme a todos los reconocimientos que se practicarán sobre las líneas enemigas. Sin ser militar i sin tener voz ni voto en el asunto, quería conocer de antemano la escena donde iba a representarse el sangriento drama, para juzgar despues, tanto de los movimientos i actitud de los actores, como de la direccion del palco escénico con su maestro de tramoya, apuntes de salida, consuetas etc., etc. ¡Quién sabe tambien si de un pobre *cucalon* como yo observando con interés el terreno, no hubiera salido alguna idea aprovechable para los técnicos que hacen consistir su ciencia militar en la táctica i no en la estratèjia, en el manejo de armas i despliegue de un batallon i no

en el conocimiento del terreno i situacion del enemigo para darle jaque mate en una buena jugada!

El mismo dia que llegué a Lurin se hizo el primer reconocimiento, cuya oportunidad perdí por haber llegado tarde. Dos dias despues debia verificarse otro, i cuando me aprontaba para ser uno de los exploradores, el ministro i el jeneral me hablaron sobre lo importante que sería para las operaciones militares contar siquiera con dos raciones de pan por cada soldado, a fin que el dia de la batalla i al dia siguiente, no hubiera que preocuparse de rancho i la tropa tuviera una racion fácil de portar en la mochila i de poderse comer hasta peleando.

Las dos raciones que se me pedían significaban seiscientos quintales de pan, i apenas quedaban seis dias de tiempo para hacerlo, sin recursos de ningun jénero en una aldea tan miserable como Lurin. Comprendí cuan importante era que cada soldado llevára consigo, siquiera una libra de pan diario que mascar, para mantener el estómago durante los dos dias que podia durar la lucha, i sin vacilar un instante tomé el compromiso de allanar las dificultades i entregar las raciones pedidas.

Remendando hornos viejos por aquí i por allí, salí del pantano i el ejército tuvo pan los dias trece i catorce, dias de batalla, de cansancio, de confusion i desórden en que la vida era más un accidente que un objeto del cual debiéramos preocuparnos.

Con la fatiga de esos dias perdí naturalmente la idea de las ambulancias, i con mayor razon la de los reconocimientos.

Estos se continuaron hasta la víspera de la batalla, i aunque mui ocupado, como usted lo comprenderá, miraba con envidia a Isidoro Errázuriz, Altamirano, Adolfo Guerrero i Joaquin Godoi, cucalones todos como yo, salir a los reconocimientos.

El mas importante de ellos se practicó por el coronel Barbosa el dia ocho con dos mil quinientos hombres de las tres armas. Salió por Manchay i tomando el camino de la Cieneguilla cayó sobre el ala izquierda del enemigo.

XIV

Desde que ocupamos Lurin, el estudio constante de los planos, los reconocimientos efectuados con frecuencia i los datos que de uno u otro modo se recojían diariamente, fueron formando la conviccion en el círculo de *cucalones* que rodeaba al ministro, que por ese lado estaba sumamente débil la línea enemiga.

Esta, siguiendo de oeste a este i siempre inclinada al norte, apoyaba fuertemente la cabeza en Chorrillos, estendiéndose por la cadena de cerros que empieza en la misma playa con el Salto del Fraile, continúa con el Morro Solar, i sigue presentando elevadas puntas

por el lado de San Juan, casi centro de la línea, hasta llegar a Monterrico Chico, estremidad o cola donde se apoyaba el ala izquierda.

El reconocimiento del coronel Barbosa debiera darnos luz mui clara sobre el asunto, desvaneciendo o confirmando nuestras ideas sobre la fácil entrada a Lima por ese lado, ya para tomar la retaguardia de las dos líneas enemigas haciéndoles perder todos sus atrincheramientos, o bien para empezar un combate de flanqueo, dominando esas alturas mal defendidas i descendiendo hácia el mar, arrojándolos constantemente hasta votarlos a la playa.

Tan preocupado estaba el ministro de este magnífico movimiento, que habria pagado una suma bien gruesa al hombre que hubiera dado buenos datos sobre las fuerzas i estado del enemigo por ese lado de su línea. De una cosa estábamos bien seguros, i era que sus mayores fuerzas las tenían concentradas en Chorrillos i San Juan, cabeza i centro de la línea i puntos principales de defensa i resistencia.

Se intentó dos veces la comunicacion con Lima, despachando chinos con algunas cartas para extranjeros que pudieran dar noticias exactas. Estos no volvieron, ignorándose hasta hoy segun entiendo, la suerte que corrieran.

Todo quedaba pendiente entónces del reconocimiento Barbosa i de la más o ménos probabilidad de tomar algun oficial prisionero que pudiera revelar la verdad de la situacion.

Entre tanto, Barbosa había llegado a la Rinconada, i despues de un ligero tiroteo en los cerros de Melgarejo, fronterizos a Montecrico Chico i que forman una ancha garganta para dar paso al valle del Rimac por la Molina, coronó las alturas dispersando en todas direcciones a los cuatrocientos o quinientos hombres que las defendían.

Algunas bombas automáticas reventaron a la subida, en las faldas de los cerros, i encontrando en la casa de la hacienda de Melgarejo a un ingeniero norte-americano, los soldados quisieron fusilarlo creyéndolo autor de ellas. Mas apareciendo pronto un oficial, lo escapó de sus manos i lo condujo a presencia del coronel.

Este fué todo el trofeo de guerra con que volvió al campamento de Lurin el coronel Barboza. Todos habíamos quedado esperando grandes resultados del reconocimiento, i cuando se supo la vuelta de la brigada sin otro prisionero que un inglés, segun se repetía de lábio en lábio, la desilusion fué un cántaro de agua fria.

Al dia siguiente, alguien me dijo: el inglés prisionero pregunta por usted i dice haberlo conocido ántes en Arequipa. En el acto me fuí a buscarlo i usted comprenderá el gusto que tendría al encontrarme con Mr. Murphy, antiguo amigo, que me había servido en una seccion del ferro-carril de Puno i con el cual pasára un año entero, haciendo la vida de campamento.

Un ingeniero intelijente, conocedor del ter-

reno i empleado en una hacienda situada en la misma línea enemiga i por el lado que más interesaba conocer, valía en esas circunstancias mas de veinte oficiales prisioneros i mas que una buena correspondencia de Lima, mandada por extranjeros que no podían conocer las cosas tan de cerca como él.

Los datos que Mr. Murphy nos dió, haciendo valer mi antigua amistad i la manera tan séria como el ministro le hiciera comprender su difícil situación, de prisionero tomado en la línea enemiga, donde como ingeniero podía haber estado construyendo obras de defensa, i tal vez colocando las minas i bombas automáticas, no pudieron ser más satisfactorios. Ellos vinieron a confirmar todas nuestras convicciones sobre la debilidad del enemigo en la ala izquierda, debilidad que nos dejaba abierto el camino para Lima, si queríamos ocupar la ciudad, o franco el paso para tomarle la retaguardia i batirlo por la espalda de sus trincheras.

Tan convencido estaba Mr. Murphy de la facilidad que teníamos para emprender un ataque por ese lado, que nos decia: Si el coronel Barbosa hubiera querido dormir esa noche en Lima, hubiera podido hacerlo sin perder diez hombres.

Después se ha confirmado esto perfectamente, porque la alarma que hubo en Lima con la aparición de la brigada por el ala izquierda, fué tremenda. Los chilenos a las puertas de Lima! repetían todos, cerrando sus puertas, dando por perdidas las obras de de-

fensa i considerándose inevitablemente derrotados.

No ha habido un militar peruano, ni un solo extranjero conocedor del terreno que no nos haya repetido lo mismo, asegurándonos que en lugar de dos batallas apenas habríamos tenido una, obteniendo la victoria con insignificantes pérdidas. Sin embargo, en el campamento de Lurin se sustentaban ideas completamente contrarias, i era inútil predicar en todas partes sobre la barbaridad de atacar por Chorrillos i San Juan, cuya idea se habia apoderado a firme del jeneral i demas jefes de division.

Era bastante que el ministro i demas círculo de su campamento creyeran que se debia atacar por la izquierda, para que el jeneral i jefes de division opináran atacar por la derecha. Tan manifiesto era esto, que recuerdo haberle dicho un dia al ministro: cuando quiera usted que una operacion se haga de un modo, opine por el lado contrario, i verá que en el acto se resuelve como usted lo desea.

Se acercaba el momento de fijar el plan de ataque i todos veiamos de antemano que se adoptaría no solo el mas peligroso, sino el que hacia casi imposible la victoria. Figúrese usted cómo estaríamos los que teníamos la evidencia de la barbaridad inaudita que se iba a cometer. Le confieso a usted que las conversaciones con Murphy me hacian mucho daño. No podia conciliar el sueño, pensando i comparando los resultados de uno i otro plan de ataque. Por el lado que indicaba Murphy, con

perfecto conocimiento del terreno i de la situacion del enemigo, la victoria era indudable i la pérdida de vidas mui insignificante. Por el lado del jeneral, posiciones inespugnables, el grueso del ejército enemigo, la victoria mui dudosa, i en caso de obtenerla, sumamente cara, comprada al precio de innumerables víctimas. Recuerdo que se reían de Isidoro Errázuriz, porque hacía un presupuesto de tres mil bajas para derrotar por ahí a los peruanos.

Cada media hora que conversaba con el malhadado Murphy, quería correr donde el jeneral para meterle las razones por los ojos, i convencerlo que debiéramos ir por Melgarejo i la Rinconada a buscar al enemigo; pero en seguida me retraía pensando que el jeneral, desde la altura de su infalibilidad militar, no me escucharia una sola palabra i que escuchándome todavia, no habia de entender nada absolutamene.

Una de esas veces pensando quien podría tener bastante influencia sobre él, me fuí, a las once de la noche, a la carpa del coronel Velazques, i sin tener gran confianza me entré hasta su cama. Sentado a los piés empecé a referirle lo que decia Murphy, i le ofrecí presentárselo para que lo interrogára, previniéndole que era un hombre inteligente, verdadero en su palabra e ingeniero mui conocedor del terreno por haber estado mucho tiempo ocupado por Meiggs en levantar planos de los alrededores de Lima. Le advertí

además que habia estado empleado en el paralizado ferro-carril de Lima a Pisco, cuyos borrados terraplenes veíamos cruzar por Lurín.

El coronel Velazques me recibió con la indiferencia i aire desdeñoso del profesional infalible, que permite a un profano hablarle de ciencia que le es privativa.

Despues ha llegado a mi oído, sin que ello me importe un bledo, que el científico coronel creyó que el ministro de la guerra me habia mandado a seducirlo para inclinar su voto a la opinion que emitiría en el consejo respecto al plan de ataque.

Pues si tal creyó i dijo el jefe de Estado Mayor de Tacna, es oportunidad ahora decirle públicamente que jamás don José Francisco Vergara me habló una palabra de él, ni en conversaciones jenerales le oí nunca pronunciar su nombre.

Entre tanto, en medio de los tormentos de un pobre patriota como yo i de los desdenes científicos del coronel de artillería a la prusiana, llegó el día 10, en que se reunió el consejo i todos, ménos el ministro de la guerra, siguieron la opinion del jeneral de emprender el ataque por Chorrillos i San Juan.

¡ Por Chorrillos cubierto por el Morro Solar!

¡ Por San Juan centro de la línea en dónde debia estar la reserva!

Qué hacer! la sentencia estaba dada i era necesario ir al matadero!

Así le fué a la primera division que tuvo ciento cuarenta i ocho bajas entre jefes i ofi-

ciales i que combatiendo desde las cinco de la mañana hasta las dos de la tarde, no pudo nunca tomarse por sí misma el Morro Solar, coronando la cumbre solo cuando la division Lagos, muchas horas despues de rota la línea por San Juan, tomó el flanco de esas alturas arrollando poco a poco al enemigo i arrojándolo hácia Chorrillos, que por otra parte ya estaba ocupado por la division Sotomayor.

El 11 se citó al campamento del jeneral a todos los jefes tanto de division como de cuerpos. Dióseles la órden de marchar al dia siguiente 12 i se fijó las cinco de la tarde para empezar el desfile. Al aclarar del 13 la línea debía estar formada al frente del enemigo para romper los fuegos con las primeras luces de la aurora. La primera division frente a Chorrillos, atacando el Morro Solar, la segunda forzando la línea por San Juan i la tercera sujetando el ala izquierda enemiga para que no se replegára sobre el centro e impidiera el paso de la segunda.

Al dia siguiente, a la hora fijada, empezaron a salir los cuerpos por el puente de Lurin, i ántes que cerrára la noche, ya estaban fuera de sus campamentos la infantería, artillería, ambulancias, bagajes, etc. Me dicen que el entusiasmo i aire marcial con que desfaban las tropas al son de la cancion nacional e himno de Yungai era conmovedor. Yo no pude presenciarlo, por que estaba allá en los estrechos i polvorosos callejones de la aldea de Lurin, quemándome vivo, en medio de los hornos que cocían la racion del dia 14, ha-

biendo ya despachado la del día 13, que los soldados llevaban en sus mochilas.

Me quedé en Lurin hasta las tres de la mañana para salir junto con la caballería que debía desfilar a esa hora, calculando su marcha, para incorporarse al ejército a las cuatro i media o cinco de la mañana i en los momentos mismos de empezar el combate. De modo que poniendo el pié en la estrivera, ya no podíamos bajarnos del caballo hasta despues de la victoria.

Antes de montar i darle mi último adios a Lurin, permítame todavía dos palabras, dos solas que envuelven un tremendo cargo contra Baquedano.

El valle de Lurin, siguiendo el curso del rio, se estiende de este a oeste hasta llegar a la playa. Por el sur, es decir, por donde nosotros entramos, saliendo de Curayaco, va descendándose mui gradualmente una pampa arenosa que muere donde empieza la vegetacion del valle, sin formar cauce ni ondulacion sensible en el terreno. Por el norte, al contrario, el rio forma una gran barranca, en cuya cima empieza la pampa o tablada de Lurin, como la llaman aquí. La barranca está cortada a pique solo en algunos puntos, siendo uno de ellos el lugar por donde cruza el puente, que nace en la ribera sur del rio i subiendo como un plano inclinado vá a descansar sobre la pampa misma.

Al este del puente hai varios sitios por donde se puede descender de la pampa al rio, con gran facilidad, sin poder hacer lo mismo

del rio a la pampa: La cosa consiste simplemente en algunos morros de arena que se levantan de la pampa a orillas de la barranca, dejando caer en el pedregal del rio sus faldas de arena, que permiten rodar fácilmente, i no así ascender del mismo modo.

Pues bien, siete millas al norte de esta barranca teníamos situado al ejército enemigo compuesto de treinta i cinco mil hombres. Si se les hubiera ocurrido una noche cualquiera a los peruanos ir por la pampa i amanecer con su línea formada en toda la ceja de la barranca, habríamos tenido laberinto i medio siendo fusilados a mansalva.

Desde la ceja estaban dominados todos los campamentos, repartidos en pequeños potreros i sin fácil salida en un momento dado, tanto para formar línea de defensa como de ataque, siendo ésta casi imposible.

Nunca, me parece que habrá podido verse un ejército más mal acampado.

Como única precaucion para ponerse a cubierto de sorpresas, se habían avanzado dos brigadas al otro lado del puente; pero tan distante una de otra que por el centro bien habría podido pasar el ejército de Jérjes sin ser visto ni sentido por ninguna de las dos. Al este la brigada de Barbosa i al oeste la de Amunátegui, bien pegada a la playa i en unos pantanos mal sanos en donde caían bastantes enfermos.

Aunque la distancia de esta brigada en línea recta con el resto del ejército no era muy larga, sin embargo, las vueltas que había que

dar por las ruinas de Pachacamac la hacía bastante considerable, manteniéndola en constante peligro de ser sorprendida por el enemigo, peligro aumentado todavía por la pasada del puente, que en un caso apurado para socorrerla, no daría fácil acceso a muchas tropas por ser paso obligado i estrecho.

Dos veces que fuí a ver a Domingo Toro volví a mi campamento compadeciéndolo, creyendo que la noche ménos pensada podría ser víctima de un ataque de los peruanos, cuyo resultado inevitable sería la ruina de todos ellos.

Si se pudiera con libertad, calificar intenciones, yo diría que Baquedano, como castigo por no haber hecho la marcha por tierra, i como venganza contra sus comandantes por haber sido los últimos amigos de Villagran, le había dado esa colocacion a la brigada.

XV

Llegó, por fin, para Chile el inmortal 13 de enero, i momentos ántes que la aurora asomára, la caballería que había salido de Lurin como una inmensa serpiente, deslizándose silenciosa por entre las sombras de la noche, hacía alto al pié de unas lomas cuyas faldas naciendo a la orilla del camino iban levantándose suavemente hácia la costa.

El comandante jeneral de caballería no sabía el punto en que precisamente nos encontraríamos, i por consiguiente fué necesario detener la marcha para esperar el crepúsculo de la mañana i orientarnos de la situacion, tanto respecto del enemigo del cual ya nos considerábamos mui cerca, como de los demás cuerpos del ejército que tal vez no distaban muchos métrros de nosotros, i que la oscuridad i el silencio nos impedían ver o sentir.

El silencio era tan profundo que no se oía el menor ruido, pareciendo mentira que al rededor de nosotros pudiera haber veinte i cinco mil hombres con todo su material de guerra. Mucho ménos podría alguien imaginarse que otros treinta mil estuvieran cerca i que media hora despues el fragor de una gran batalla sucediera a aquel silencio sepulcral. La caballería misma se movía por aquellos arenales sin mas ruido que el de una culebra arrastrándose por la tierra, i semejándose todavía a ésta, en la silueta que presentaba, al verla cruzar las ondulaciones del terreno como una cinta que pasa recojida por alguna de sus puntas.

Me decían que en las otras divisiones reinaba el mismo silencio i que solo en el Estado Mayor Jeneral, relinchó el caballo del ministro de la guerra. Oh! si ese relincho, amigo, hubiera sido el del caballo de Darío, cuántas vidas de varoniles i robustos pechos habría ahorrado nuestra desangrada pátria!

Momentos ántes de las cinco me había separado de la caballería unas tres cuadras, su-

biendo con Isidoro Errázuriz las lomas que teníamos a nuestra izquierda para llegar a la parte mas alta i observar a nuestro alrededor.

Nada pudimos percibir; i cuando descendíamos al camino para reunirnos nuevamente a la caballería, noté que la luz crepuscular de la mañana empezaba a abrir el horizonte. Está aclarando, dije a Isidoro, i en el acto sacamos nuestros relojes: faltában seis minutos para las cinco. No bien había acabado de repetir la hora cuando rompe a nuestra izquierda un fuego graneado que creciendo rápidamente se hizo vivísimo en un instante. Volteamos los caballos para ver dónde empezaba el combate i la sorpresa que recibimos fué inmensa. ¡Una prolongada línea de fuego se proyectaba a nuestra vista en la altura de unos cerros, cuyos perfiles se ocultaban todavía, velados por las últimas sombras de la noche que huían fugaces como espantadas i corridas por aquellos miles de hombres que desprendían de sus manos otros tantos rayos para iluminar el espacio! ¡ Parecía que se hubiera abierto en la tierra una larga grieta de la cual brotaba el fuego como lluvia de gruesas chispas eléctricas, precursoras de la erupcion que se preparaba, acompañada del siniestro ruido de los grandes terremotos!

Pusimos nuestros caballos al galope i un momento despues nos reuníamos al Estado Mayor Jeneral, cuyo grupo reconocimos por la bandera que se nos había indicado como señal. Nos incorporamos en el instante mismo que el jeneral en jefe trepaba el cor-

don de cerros fronterizos a los de la línea enemiga i que empieza, si no me equivoco, por el cerro llamado de la Capilla.

Cuando llegamos a la altura, la claridad del dia era completa, pero no podíamos percibir la línea enemiga a causa de una lijera camanchaca que se levantaba de la base de los cerros cubriéndolos hasta más de media falda.

Desde esa hora ya no me separé sino a ratos i a corta distancia del jeneral en jefe, pudiendo por consiguiente observar todos sus movimientos i presenciar todas sus órdenes. Estábamos a tres mil méetros del enemigo i al frente, más bien dicho a nuestra izquierda, combatía la division Lynch que había roto los fuegos a la hora convenida, con la precision admirable que caracteriza a su jefe en el cumplimiento de las órdenes recibidas. Desde Lurin i dos dias ántes había recibido órden de romper los fuegos a las cinco de la mañana, i a las cinco en punto fueron rotos, como ántes había recibido en Pisco órden de llegar a Lurin tal dia, i llegó ese mismo dia despues de una travesía de cincuenta leguas.

Veinte minutos haría que el combate había empezado, i cuando todos mirábamos ansiosos por el lado de San Juan esperando por momentos que apareciera la division Sotomayor forzando la línea como estaba convenido, viene él mismo en persona, a decirle al jeneral que su division estaba atrasada por haberse estraviado el rejimiento Chillán

sin saber qué camino tomara. El jeneral le contestó que fuera a ponerse al frente de su division, i apurára cuanto fuera posible el ataque. Al mismo tiempo dió orden que avanzára la reserva en proteccion de Lynch. Despues, no dió ninguna otra orden, i su papel se redujo a moverse de un punto a otro, en un espacio como de una cuadra, mirando vagamente i dando vueltas al caballo, sin saber por qué ni para qué i como un pájaro que quiere i no quiere volar.

Entretanto, la division Sotomayor no asomaba, i el ministro desesperado con el atraso, partió a buscarla, atravesando a galope i acompañado de sus ayudantes, la pampa que se extendía al pié de los cerros donde habia tomado palco el jeneral.

A las seis de la mañana, una hora justa despues de comenzado el ataque por la primera division, entraba a la misma pampa por una quebrada situada mas al norte, la atrazada i esperada division.

Hacia rato que Isidoro Errázuriz, Daniel Carrasco, Luis Castro i yo nos habíamos separado un poco del jeneral, situándonos en un morrito cerca. Nos ocupábamos en ese momento de preparar té, calentando agua en un anafre, desenvolviendo al mismo tiempo algunos fiambres para comer algo i estar listo para todas las eventualidades del dia.

Dos o tres veces tuvimos que retirar las mantas que nos servían de manteles, buscando pocos metros mas allá o mas acá alguna ondonada del terreno que nos pusiera a cu-

bierto de los importunos confites que a cada instante querian rozarnos la epidermis o romper el anafre, que habria sido lo mas sensible.

Miéntras hervía el agua, nos paramos en la punta del morro para ver entrar a combate la brigada Gana. Pocas veces se habrá hecho, amigo mio, un despliegue mas bonito al frente del enemigo, que el que hizo esa brigada para atacar las trincheras de San Juan. El Buin adelante ocupando una línea de mas de mil metros, separados entre sí los soldados, el Esmeralda mas atrás inclinado a la izquierda, i a retaguardia el Chillan, inclinado a la derecha!

Las distancias que guardaban estos cuerpos se veian tan iguales desde el punto en donde nosotros estábamos, que parecían medidas a cordel. Aquella formacion tan ordenada i aquella marcha tan tranquila, avanzando sobre el enemigo, semejaba más un ejercicio, una simple parada militar, que la entrada a fiero i esterminador combate. Nadie habría podido creer que esos hombres hubieran ido a dar i a recibir la muerte.

Cuando vimos al Buin romper los fuegos i perderse entre el humo del combate, nos tendimos sobre nuestras mantas i empezamos a comer nuestro rancho, creyendo que su duracion nos daría tiempo para observarlo muchas veces todavía, quizá para aburrirnos esperando el desenlace.

No habíamos concluido de tomar el té, cuando notamos que el fuego disminuia sensiblemente, alejándose el ruido de los dis-

paros como los écos de una tempestad que pasa. En ese momento la línea estaba rota, i el Buin, seguido inmediatamente del Esmeralda i Chillan, perseguían al enemigo por los potreros de la hacienda de San Juan, haciendo tremenda carnicería.

Los carabineros de Yungai por otro lado, cargaban sobre grupos de infantería parapetados en las tápias, arrojándolos de potrero en potrero, hasta limpiar el campo i dejar en él solo a los infelices alcanzados por sus poderosos sables.

Apagados completamente los fuegos, descendimos del morro i empezamos a cruzar la pampa que nos separaba de las trincheras enemigas. No tardaron mucho en aparecer a nuestra vista los efectos del combate. Heridos i muertos aquí i allá nos advertían que entrábamos en la rejion de las balas, en la escena donde los actores habían experimentado todas las sensaciones del tremendo drama.

En medio de la profunda pena que nos causaban los heridos, experimentábamos al mismo tiempo el grato consuelo de verlos atendidos inmediatamente por los doctores, practicantes i demás empleados del servicio sanitario. No encontramos, uno solo, en el largo trayecto recorrido, sin que tuviera su médico al lado, haciéndole la primera curacion. Despues, la actividad para recojerlos i reunirlos en los depósitos jenerales fué extraordinaria. Raros, contados, serían los casos de infelices, obligados a pasar la primera noche en el campo sin recibir los auxilios

oportunos. El número que yo ví a la tarde del mismo dia reunido en varios depósitos, me pareció un prodijio de esfuerzo, tomando en cuanto la hora en que concluyó la batalla, el estenso radio de su desarrollo i los accidentes del terreno.

Nada hai, pues, más inmerecido que los ataques de que ha sido víctima allá, en mi buena tierra de Santiago, el cuerpo médico del servicio sanitario, i especialmente su honorable e intelijente jefe, el doctor Allende Padin.

Un deber de justicia, i un sentimiento de respeto i admiracion por este buen servidor de Chile, es lo único, amigo mio, que desvía estas líneas de la relacion principal, esperando que usted las tome como la espresion mas fiel de la verdad.

XVI

A las ocho de la mañana me encontraba ya en las casas de San Juan incorporado nuevamente al Estado Mayor Jeneral. El grupo se componía del jeneral en jefe con sus ayudantes i escolta, del ministro de la guerra, tambien con sus ayudantes, del jeneral Saavedra i de los paisanos o *cucalones* como hemos dado en llamarlos, Joaquin Godoi, Altamirano, Isidoro Errázuriz, Vicente Dávila, Adolfo Guerrero, Daniel Carrasco, el que suscribe i otros que no recuerdo.

Permanecemos un rato en las casas de San Juan i en seguida continuamos avanzando hácia Chorrillos por un ancho camino abierto por los peruanos, en los potreros de la hacienda, para facilitar la comunicacion entre el ala derecha i el centro de su línea. Seguíamos tranquilamente i yo iba al lado de Altamirano festivo i alegre diciéndole que todo parecía concluido i que íbamos a entrar a Chorrillos pues el cuartel de la escuela de cabos que conocía desde mucho tiempo atrás, lo teníamos a la vista i a una distancia no mayor de mil méetros.

De repente un cañonazo disparado desde el Salto del Fraile i cuya bomba vino a reventar a pocos pasos de nosotros, nos hizo detener la marcha. Alguien tambien llegó a avisarle al jeneral que el enemigo estaba atrincherado en la poblacion agregando que sería conveniente atacarlo pronto. Bueno, dijo el jeneral, que vaya Sotomayor con una parte de su division. En seguida vino otro indicando que sería mui oportuno colocar en el mismo sitio donde estábamos, cuatro piezas de artillería para hacer fuego a la bateria del Salto del Fraile. Bueno, contestó el jeneral, que vengan cuatro piezas. I así sin dar órdenes de su propio dictado, sin saber el terreno que pisaba, sin procurar informarse de nada, i sin mandar a ninguno de sus ayudantes para ver qué podría estar pasando por el lado donde combatía Lynch, aceptaba cuanto le decían como el enfermo inconciente que toma todos los remedios que le dán.

Testigos de esta actitud inerte i *elementada* del jeneral eran todos los individuos que lo rodeaban, cuyos nombres acabo de citar a propósito para invocar su testimonio. Si alguno dice lo contrario indudablemente yo falto a la verdad i merezco ser castigado con un solemne mentís!

No lo temo, porque si alguna vez ha gobernado el rei Viga nunca ha tenido más brillante encarnacion que en el jeneral Baquedano gobernando al ejército de Chile.

Muchas horas estuvimos ahí, tirados, en el sitio donde nos detuvieron los cañonazos del Salto del Fraile, sintiendo un vivísimo fuego por el lado de Villa sin que el jeneral se diera cuenta de ello ni tratára de averiguarlo. Por fin a las once del dia más o ménos se recibió un parte de Lynch diciendo que no podía avanzar porque su tropa estaba diezmada, rendida de cansancio i que le mandáran refuerzo para continuar el ataque.

Yo no sé si el jeneral daría órden al coronel Lagos para ir en proteccion de Lynch o si éste hubiera procedido de su sola cuenta, lo cierto del caso es que la tercera division apareció coronando las alturas de la izquierda del Morro Solar, i flanqueando al enemigo, fué arrojándolo poco a poco, hasta arrojarlo a Chorrillos que, por otra parte, ya estaba en poder de la segunda division. Por eso cayó ahí prisionero con todo su Estado Mayor, el ministro de la guerra coronel Iglesias, escapándose poco ántes i a uña de caballo el Dictador Piérola,

Montero, Buendia i algunos otros jefes de alta graduacion.

Coronado el Morro Solar, tomado Chorrillos i concluido todo a las dos de la tarde, permítame todavía, amigo Ibañez, ántes de entrar a la hermosa villa, volver a cuentas sobre el plan de ataque, su ejecucion i sus resultados.

El Morro Solar es inespugnable atacado de frente i defendido con las armas modernas. Lo prueba la impotencia de la division Lynch que reforzada por la reserva a poco de entrar en combate no pudo tomarlo desde las cinco de la mañana hasta las dos de la tarde, llegando solo a la cima cuando Lagos había flanqueado las alturas vecinas i Sotomayor tomado Chorrillos i atacado el Salto del Fraile. Mediana idea se formará usted de lo que es el Morro Solar, asegurándole que una sola ametralladora manejada hábilmente por el hermano de Piérola, mantuvo siempre a raya al rejimiento Coquimbo i batallon Melipilla. Parapetados éstos tras de unos morritos que les servían de defensa hacían algunas salidas intentando avanzar i en el acto eran detenidos i obligados a retroceder porque la manizuela de la ametralladora empezando a jirar, les causaba inmenso daño. Vueltos a sus parapetos, la ametralladora enmudecía para volver a tomar la palabra en la próxima tentativa i así entre avanzadas i retrocesos mantuvo a esos dos bizarros cuerpos durante todo el combate.

Este es el Morro Solar, amigo Ibañez, i si el jeneral al formar su plan de ataque en Lu-

rin no lo consideró inespugnable, por lo ménos debió creer que su acceso era mui difícil desde el momento que se proponía romper la línea por San Juan como objeto primordial. Sin embargo, ni esta idea parece que tuvo, porque la ejecucion no correspondió absolutamente en nada, apareciendo al contrario, el Morro Solar como objetivo del ataque, en lugar de San Juan, como se habia dicho i todos lo entendíamos.

Ya que no se habia adoptado el único plan de ataque racional, cual era el del ala izquierda, entrando por Melgarejo, la Molina i Ate, pensando lójicamente, yo creía que adoptado este otro, i proponiéndose forzar la línea por San Juan, Lynch no debia atacar sériamente el Morro Solar, sino amagarlo, a fin de entretener el ala derecha e impedir que esas fuerzas se replegaran a San Juan cerrando más sólidamente el paso a la segunda division.

Es verdad que ésta no acudió a tiempo para emprender el ataque simultáneamente como estaba convenido. Habiendo roto los fuegos la primera division una hora ántes i notándolos yo demasiado vivos, ví claramente que el ataque estaba sériamente comprometido por el Morro Solar. Aunque ello me parecía la barbaridad mas inaudita, sin embargo me hice esta reflexion: o Lynch ha visto que el toro del Morro Solar no es tan bravo como lo pintan, i en tal caso emprende el ataque vigorosamente, creyendo coronar su altura con mas o ménos facilidad, o contando con

que la segunda division está forzando ya el paso por San Juan, le hace una valiente investida para dar tiempo a Sotomayor que ejecute bien su operacion, retirándose en seguida a posiciones defensivas i amenazadoras a la vez.

Pronto vino al suelo mi ilusion, oyendo al jeneral inmediatamente despues de saber por el mismo Sotomayor que su division estaba atrasada, ordenar a la reserva que fuese a reforzar a Lynch.

¿Cómo es esto? me dije. ¿En lugar de mandar que Lynch se retire, miéntras entra la segunda division, a fin que no perder jente inútilmente, le manda refuerzos para que continúe el combate? ¿Luego, entónces el ataque, fuerte, sério i objetivo del plan de Larín ha sido el Morro Solar?

¿Qué merienda de negros es ésta? Sabe el jeneral lo que quiere, piensa lo que está haciendo, sigue algun plan combinado, modifica lo que se ha perturbado? O simplemente no sabe nada i deja que el acaso obre i el acontecimiento se produzca como la planta de una semilla que no se conoce, para distinguirla despues solo por el fruto o por la flor?

Nada! Un pájaro, *un elemento*, el rei Viga movido i dado vuelta por su caballo, eso era todo!

Si no hubiera sido así ¿habria dejado que Lynch se matára haciendo fuego hasta las dos de la tarde por el otro lado del Morro Solar cuando por el lado de Chorrillos estaba to-

mado i rodeados todos sus defensores, sin que pudiera escapar uno solo, desde las once del día?

Al último sarjento del ejército me parece que se le habria ocurrido mandar decir a Lynch que no se apurára, que no siguiera sacrificando jente inútilmente, i que se pusiera fuera de tiro, cercando solamente al enemigo para no dejarlo escapar, porque ya por su lado estaba todo concluido sin que pudiera pasar una mosca siquiera.

Tan demas eran los esfuerzos de Lynch por el lado sur del Morro, que el comandante Baygada, secretario del coronel Iglesias, me decia una hora despues de concluido todo: "viéndonos a las once del día cortados por el norte con la ocupacion de Chorrillos, atacado al sur por la division Lynch, flanqueados al este por fuerzas que coronaban las alturas de San Juan, i no quedándonos al oeste sino el mar para tirarnos de cabeza, queriamos rendirnos, i así lo hablamos varias veces con el coronel Iglesias. Pero el fuego de la division Lynch era tan vivo, tan constante, que no nos daba tiempo para nada, ni para acordar con los demás compañeros, ni siquiera para poner una bandera o un trapo cualquiera que indicára parlamento, deseos de hablar, de entenderse, de concluir."

"Sin embargo, los esfuerzos de Lynch eran completamente inútiles, porque por ese lado no temíamos absolutamente nada, sino por el flaqueo que nos venia del oriente, o por el salto del Fraile que de un momento a otro estaría tomado por Chorrillos.

XVII

Resultado, amigo, del ciego ataque por el Morro Solar, dos mil quinientas bajas. Deduzca esta cantidad de la suma total de la jornada i las quinientas o seiscientas restantes corresponden a San Juan, operacion con que la victoria quedó completamente definida, sin ser todavia bastante aprovechada por no haber mandado el jeneral alguna fuerza a Chorrillos, inmediatamente despues de rota la línea por ese lado, estando como estábamos solo a mil metros de distancia.

Si el jeneral hubiera tenido más cabeza, más accion i más voluntad, esa medida no se habria hecho esperar i cinco mil prisioneros con Piérola i todo su Estado Mayor en nuestras manos, nos ahorran de seguro la batalla de Miraflores.

Deduzca usted todavía de la suma total, las víctimas de estas dos batallas i siempre quedarán las quinientas o seiscientas bajas de San Juan, únicas necesarias i bien empleadas. ¡Qué hermoso resultado hubiera sido para nosotros la posesion de Lima i el Callao con pérdida solo de quinientos o seiscientos hombres!

Eso nos habría hecho honor, eso nos habría dejado provecho, eso nos habría dado crédito i todo lo deberíamos a un militar mediana-

mente inteligente. Sin embargo, el jeneral Baquedano sacrificó, arrojó a las fauces de la muerte seis mil robustos i varoniles chilenos, como el pródigo que arroja sus escudos por la ventana para divertirse con el espectáculo de la *chañadura*. I bien, a este hombre le ofrecen hoy la silla presidencial en lugar de llevarlo al banco de los acusados para pedirle estrecha cuenta del precioso tesoro confiado a su responsabilidad!

Adios! justicia humana!

Adios! enseñanzas de la historia!

Adios! estímulos de las recompensas!

Adios! castigos del ejemplo!

Lo mismo es todo ahora! talento o incapacidad; virtud o vicio; voluntad o inercia; abnegacion o egoismo; ciencia o ignorancia; patriotismo o ambicion; todo, todo debe caer al gran seno del Dios éxito en donde solo jermian la fortuna, el acaso, la casualidad!

Pero, seguiré, amigo mio, mi ingrata relacion urdida por otros tantos ingratos recuerdos, que quisiera apartar de la memoria como la impresion de las sombrías imágenes que quedan despues de un mal sueño, oprimiendo nuestro espíritu.

A las dos i media de la tarde cruzábamos las calles de la elegante i bonita villa de Chorrillos, mansion predilecta del orientalismo peruano i que usted conoció en otra época, tal vez pasando alguna temporada de verano.

Buscábamos una casa donde echar pié a tierra, comer algo i descansar de las fatigas del dia, estropeado el cuerpo por el caballo, la

tierra i el calor; i cansado el espíritu por la viva agitacion de profundas i variadas impresiones. La idea de una buena cama i de un baño al dia siguiente, almorzando en seguida con la sabrosísima salsa del triunfo, me parecía la suprema felicidad.

Nos bajamos en casa de García i García, el célebre marino i secretario jeneral del ex-dictador. Magnífico baño, buenas camas, gran cocina, espléndidos salones, cuanto podíamos desear.

El jeneral i otros habíanse apeado en una casa perteneciente a la familia de Joaquin Godoi, debiendo pasarse inmediatamente al rancho del jeneral Pezet, uno de los mas lindos edificios de Chorrillos como usted lo conoció. Nosotros esperábamos al ministro de la guerra. No tardó en llegar acompañado de Vicente Dávila i otros.

Apénas había pasado una hora cuando empezamos a notar gran desórden: roturas de puertas, saqueos de tiendas i algunas casas ardiendo yá. Por supuesto, tiros por todas las calles i balas cruzando en todas direcciones. Las botellas i pipas de los almacenes, casas particulares i pulperías empezaban a hacer su efecto. Era el principio de un gravísimo mal cuyas consecuencias podían parar en una catástrofe nacional. Fácil, mui fácil habría sido contenerlo al principio como se contiene el curso de un arroyo cuando aún sus aguas no están aumentadas por la lluvia de récio temporal.

Sin embargo, ni el jeneral en jefe, ni los jenerales de division, ni los comandantes de bri-

gada, tomában ninguna medida, viendo por momentos subir i crecer la ola, cruzando ya las calles numerosas partidas de soldados borrachos que disparában sus rifles sobre las puertas, ventanas, faroles, etc.

Al pasar el jeneral de la casa de Godoi a la de Pezet vió perfectamente cómo se embriagában los soldados, i en lugar de contenerlos dictando algunas órdenes, tomando algunas medidas, parece que se complacía con los vivas que le prodigaban contestándoles cariñosamente i volteando el caballo: bueno, hijos, bueno, váyanse a sus campamentos. Lo que para la viveza i suspiciácia del soldado chileno quería decir: bueno, hijos, quédense, diviértanse a su gusto!

Despues me dicen que a todos los que iban a darle cuenta de la manera como estaba creciendo el desórden, les contestaba con mucha indiferencia i encojiéndose de hombros: qué puedo hacer yó?

Mientras tanto, por el barrio de nuestro alojamiento, la tempestad empezaba a aumentar tanto, que el ministro decidió salir al campo i buscar por ahí el rincon de algun potrero donde pasar la noche. Lo seguimos todos i adios blandas camas, adios baño, adios buena comida!

Eran las cinco de la tarde i el representante del gobierno de Chile con sus ayudantes i amigos salia de Chorrillos abandonando cómodo alojamiento para ir a tirarse a un potrero, despues del espléndido triunfo que pusiera

en sus manos una linda ciudad i cien lujosos palacios.

Así lo habia querido el jeneral!

Pocas horas despues, a las diez de la noche, él corria la misma suerte, teniendo que abandonar con su Estado Mayor, el palacio de Pezet para ir al cuartel de la escuela de cabos a dormir sobre una tarima o algun pequeño catre de campaña. Para llegar ahí habia corrido sérios peligros, porque nunca, en ninguna batalla estuvo mas cerca de las balas que cruzando las calles de Chorrillos.

¿Habrás visto en los tiempos modernos o registrará la historia contemporánea algun caso en que el jeneral en jefe de un ejército, despues de librar i ganar una gran batalla haya tenido que abandonar, por miedo a sus soldados, el pueblo que tomára, dejando un palacio para ir a un cuartel?

El desórden de Chorrillos habia llegado al máximo del desborde i la desmoralización, convirtiéndose en la mas tremenda i sangrienta bacanal. El saqueo i la borrachera, el incendio i la sangre, formaban los cuadros de aquel horrible drama. ¿Entraré a hacerle una relacion detallada de los mil episodios que al dia siguiente se referían i de los cuales yo presencié algunos?

Nó, de ninguna manera. No quiero llevar á su espíritu la lobreguez de aquella aciaga noche, alumbrada sin embargo, por las llamas de doscientas casas que ardan como otros tantos inmensos mecheros. No quiero yo tampoco oprimir mi alma repasando en la memoria lo

que una vez ví, dejándome una impresion que solo el tiempo irá borrando muy lentamente.

Sin embargo, para que Ud. se forme una pequeña idea le referiré un solo caso. En las cuatro o cinco calles que yo recorrí el dia 13, despues de estar la ciudad completamente limpia de enemigos, no ví arriba de diez cadáveres de soldados chilenos. Al dia siguiente, por la mañana, repasando las mismas calles, conté cuarenta i siete. ¿Cómo habian muerto esos soldados, sin ningun enemigo dentro de la poblacion, sin un nuevo combate librado? Es claro que se habian dado muerte unos a otros los compañeros de lucha i de gloria, los soldados de una misma bandera, los hijos de una misma patria, los hermanos, en fin, de una misma familia!

Como comprobacion de que así sucedió, a mí me consta este hecho. A pocas varas de la casa en que estuvimos apeados en la tarde del 13, cayó un soldado en la acera, completamente ébrio. Cuando mas tarde salíamos, retirándonos del pueblo, lo ví tendido largo a largo con la cabeza apoyada en la pared. Me fuí pensando que llegando el incendio por ahí ese hombre podia ser quemado vivo. Al dia siguiente cuando volví lo encontré muerto en el mismo sitio con un balazo en la cabeza.

¿Cuántos de estos casos hubo? No lo sé. Las versiones son muchas; pero puedo asegurarle que deseando disminuir la cifra no podria computarlos en ménos de ciento cincuenta.

Este es el primer i más directo daño que

nes causára la inercia, la indiferencia del jeneral. Luego verá Ud. otros.

Yo decia a todos, si el jeneral quiere que se quemere i destruya a Chorrillos, ¿por qué no organiza la destruccion i el incendio a fin de evitar esta relajacion de la disciplina i moralidad del ejército cuyas consecuencias no podrán medirse sino viendo, un poco mas tarde, sus dolorosos resultados?

¿Por respeto a quién, por temor a qué clase de responsabilidades, no se ordena esto oficialmente? ¿Por los intereses neutrales? Acaso Chorrillos no es una plaza fuerte, cabeza de estensa línea de trincheras i obras de defensa? Acaso no acaba de combatir en sus calles i plazas un ejército enemigo, parapetándose en cada ventana, en cada balcon, en cada techo? Cuándo puede quemarse i destruirse una ciudad con más derecho que ahora?

Esto, si quieren quemar i destruir, cuyo objeto, necesidad, razon i provecho yo no veo ni comprendo.

Figúrese usted, que despues de estar en una linda ciudad con mas de seiscientas casas, no habia techo donde cobijar cómoda i holgadamente a nuestros propios heridos.

Ahora, vamos a otra cuenta. Durante la tarde i noche del 13, como durante la mitad del dia 14, yo calculo que pasó más de la mitad del ejército por la villa de Chorrillos. Toda esta jente bebió en la fuente i sacó licor para los campamentos, estableciéndose así

una circulacion i corriente bastante caudalosa del espíritu de Baco.

Cuáles eran, podian ser i fueron las consecuencias? Aquí la tiene usted.

La noche del 13 los campamentos estaban en completa descompajinacion, no habiendo nada que pudiera parecer línea de batalla, ni sabiéndose siquiera el sitio, el lugar donde alojaran los cuerpos, escepto, naturalmente, por sus propios comandantes.

Nosotros, estábamos acampados en un potrero, a pocas varas de unas baterías de artillería, cuyas piezas me hacían la impresion de abandonadas. Tan poco movimiento notaba, tan pocos soldados veía. Lo que es infantería, estoi seguro que no las apoyaba un solo soldado.

Jamás, me parece, que haya habido noche más triste para un ejército, en el dia de una gran victoria, que la noche del 13 para el ejército chileno. Las divisiones rotas, i los Estados Mayores, rejimientos, ambulancias, parques i bagajes, repartidos, en todas direcciones, a grandes distancias unos i cerca otros, confundidos i mezclados i alumbrado este campo de Agramante, este laberinto de Troya, por el incendio de Chorrillos, cruzadas sus calles por dos o tres mil soldados ébrios, cometiendo toda clase de excesos i haciendo fuego sin cesar como en las mejores horas del combate. A cuatro o cinco millas de distancia catorce mil enemigos, número que ignorábamos, por que, a haberlo sabido, la intranquilidad habría sido tremenda para los

que no se dejan dormir en la confianza de una imprevision indolente i temeraria ante la responsabilidad i el patriotismo.

Recuerdo que con el ministro de la guerra hacíamos esta reflexion: Cómo nos iría esta noche si los peruanos con un poco de audácia vinieran a atacarnos en número de cuatro mil hombres, solo de cuatro mil! Todo esto se lo llevaba el diablo, me decia el ministro, i la obra de Chile, con su tremenda campaña i sus innumerables victorias, se perdería miserablemente en una hora.

¡Quién nos diría, amigo Ibañez, que aquello que como simple hipótesis, como mero recelo, conversábamos en nuestra tienda de campaña, estuviera precisamente discutiéndose i verificándose allá en el campamento enemigo!

El coronel Canevaro le decia a Piérola: con mi fortuna i con mi vida le respondo a usted que esta noche doi cuenta de los chilenos si me confia cinco o seis mil hombres para ir a sorprenderlos, en medio del desórden i borrachera que inevitablemente les habrá traído el saqueo de Chorrillos, i cuya prueba está ahí, en aquellas llamas que divisamos.

Un momento despues el campo enemigo se movía, i seis o siete mil hombres marchaban sobre nosotros, habiendo alcanzado a avanzar cerca de dos millas. Por qué detuvieron su marcha, no lo he podido comprender ni averiguar hasta ahora. Lo que comprendo i puedo asegurarle con toda mi conciencia, es que si no la detienen i emprenden el ataque, el

coronel Canevaro dá cuenta de nosotros, tal como se lo prometía a Piérola.

¿Ha visto usted ya las consecuencias que nos habria hecho sufrir la infeliz cabeza de Baquedano por haber abandonado el ejército, dejando que los acontecimientos se produjeran por sí solos? Va a ver ahora, en la batalla de Miraflores, las que realmente sufrimos.

XVIII

El 14 pasó sin mas acontecimiento notable que la comision de Isidoro Errázuriz que acompañado del coronel Iglesias pasó a conferenciar con Piérola sobre la entrega i rendicion de Lima a fin de evitar mayor derramamiento de sangre. Volvió diciendo que mientras había estado esperando ser anunciado al dictador oyó a uno de los ayudantes contestar a otro: su excelencia está en el reducto número tres.

Esto hizo suponer a Isidoro como a todos los que oímos despues repetir la frase, que los peruanos tenían una nueva línea de fortificaciones.

¿No le parece a usted natural que habiendo ido al campo enemigo un hombre de la suspiciácia, viveza i talento de Isidoro Errázuriz, un jeneral previsor i vijilante, hubiera estado esperándolo con ansiedad para ver qué noticias, qué ideas podría darle sobre lo que alcanzára

a observar i maliciar durante su visita? Pues el jeneral Baquedano ni lo vió ni lo llamó a pesar como acabo de decir a usted, que Isidoro repetía a todos las palabras que había oído i que se referían nada ménos, que a fortificaciones de las cuales no teníamos el menor conocimiento.

¿Qué hizo el jeneral durante todo el dia 14 que no tuvo ni siquiera medianamente formada su línea de batalla para cualquier emergencia?

Lo que hizo, yo no lo sé i creo que nadie lo sabrá incluso él tambien. Que no formó línea de batalla ese dia se lo probará la sorpresa del 15, en que a las dos de la tarde apenas había tres o cuatro rejimientos empezando a formar la cabeza de nuestra ala izquierda. De manera, amigo, que el ilustre jeneral nos hizo pasar dos noches, las del 13 i 14, con el credo en la boca por no tener siquiera una brigada en línea, cubriendo nuestro frente a catorce mil enemigos distantes solo cuatro o cinco millas.

Amaneció el terrible dia 15 i nunca se habrá cumplido más exactamente aquel dicho vulgar: "lo que empieza bien acaba mal." Quién nos diría que habiendo llegado tan de madrugada el cuerpo diplomático para celebrar un armisticio, madrugada que indicaba apuro i temor del enemigo, hubiéramos estado mas tarde i despues de celebrado éste, con el aliento cortado por la zozobra de una catástrofe que pudo arrebatarnos en una hora el fruto de dos años de heroica lucha e indecibles sacrificios.

Bajo la confianza del armisticio todos quedamos completamente tranquilos i gozando con la idea de poder entrar a Lima dos o tres dias despues. Isidoro Errázuriz, Adolfo Guerrero i yó habíamos ido a recorrer el campo de la batalla del 13 para estudiar i observar bien las posiciones enemigas respecto de las que ocupó nuestro ejército i la manera como emprendió el ataque i se desarrolló el combate.

Estábamos ya frente a Villa cuando de repente sentimos romperse a nuestra espalda i hácia el lado del Barranco un vivísimo fuego de fusilería. Por el momento creímos que fuese alguna alarma falsa de tropas que no conocían el armisticio i consiguiente suspension de armas en que nos encontrábamos; pero continuando la cosa un buen rato ya nos dió cuidado i empezamos a descender los cerros, dirijiéndonos a nuestro campamento.

A medida que avanzábamos mas vivo se hacía el fuego i ya la artillería de ambas líneas inclusa la de nuestra escuadra, atronaba el espacio con sus imponentes i aterradoras detonaciones.

Llegando al ancho camino abierto por entre los potreros de la hacienda de San Juan, i que vá directamente de las casas de ésta hasta la escuela de cabos de Chorrillos, nos encontramos casi sin poder pasar, por lo apretado de tropas que estaba. Todas marchaban hácia el lado de Chorrillos sin saber por qué ni para qué.

Las dos cabezas de línea se apoyaban en la

costa, al norte de Chorrillos i casi en el mismo paralelo, estendiéndose de este a oeste. La de ellos al norte del Barranco, empezando en el pueblo de Miraflores i concluyendo en Monterrico Chico, cuatro millas más o ménos de estension; i la nuestra al sur del Barranco, empezando en el mismo pueblo i concluyendo en el punto hasta donde podían estenderse cuatro rejimientos.

Los fuegos se rompieron por la cabeza de ambas líneas, es decir, por Miraflores de un lado, ala derecha de ellos i por el Barranco del otro, ala izquierda nuestra.

Pues bien, las tropas que encontramos en el camino de la hacienda de San Juan se dirijían, como le he dicho ántes, a Chorrillos, marchando de oriente a poniente, es decir, replegándose a nuestra ála izquierda para quedar tres millas a retaguardia i precisamente en el mismo paralelo de la parte cubierta desde el primer momento por los cuatro o cinco rejimientos sorprendidos.

Atrás no quedaban mas tropas, de manera que replegándose hacia el ala izquierda además de dejar completamente abierta el ala derecha iban a formar un inmenso peloton mui difícil de desarrollar, un nudo gordeano casi imposible de deshacer.

La última fuerza que marchaba era la brigada Barbosa junto a cuyo jefe rematamos los caballos Isidoro Errázuriz i yo. Le preguntamos qué significaba tan ajitado movimiento de tropas, i el vivísimo fogueo que se sentía por el lado del Barranco.

Batalla que empieza, sorpresa de los peruanos, nos contestó.

Coronel, le dije entónces, usted vá dirijiendo mui mal sus tropas, haciéndolas marchar hácia Chorrillos. Si todo el ejército está por ese lado, su brigada no irá sino a aumentar el número i la confusion, dificultando así el desarrollo de la línea que recien estará formándose por la izquierda, debiendo correrse muchos cuerpos a cubrir la derecha completamente abierta en estos momentos. El punto donde nos encontramos, corresponde perfectamente al claro que es necesario cerrar i cuya operacion, urjentísima, puede usted ejecutar en pocos minutos, marchando de frente por esos potreros hasta llegar a la línea. Así, en un instante, quedará formada nuestra ala derecha, impidiendo el movimiento de flaqueo que probablemente intentaran los peruanos viéndonos tan débiles por ese lado.

No tengo órdenes, me contestó secamente el coronel.

Pero, coronel, le repliqué: en estos casos de afliccion i de apuro, un jefe que dispone de tantas fuerzas como usted, debe hacer lo que más convenga, sin necesidad de esperar órdenes que acaso recibirá tarde, i cuando sea mui difícil remediar el mal.

Yo sé lo que hago, señor, volvió a decirme.

Iba a replicarle nuevamente, i entónces Isidoro Errázuriz tirándome, de la ropa me dijo: ¿para qué te metes?

Pues, hombre, le contesté, ¿es decir que cuando hai indicaciones tan oportunas como

ésta en que puede prestarse el más importante servicio, uno debe callar?

Haz como quieras, me dijo, i picó el caballo, despidiéndose de Barbosa.

Yo hice lo mismo, pero no sin insistir una vez más en aquello que para mí era tan evidente i tan claro como la luz del día.

Bueno, coronel, le dije, despidiéndome: no trascurrirá media hora despues que usted se mueva de aquí, sin que los peruanos estén ocupando este mismo sitio, amagando a Chorrillos para tomar nuestra línea por retaguardia.

No sé si el tono de tanta conviccion con que le hablé, lo hubiera impresionado algo, o si reflexionando i comprendiendo al fin la situacion, viera que yo tenia mucha razon, lo cierto del caso es que de repente varió de actitud i me dijo: bueno, señor, me quedaré aquí esperando órdenes, i si usted vé al jeneral, hágame el favor de indicarle el punto donde estoi con mi brigada.

Iré a avisarle, le contesté, i partí al galope tras de Isidoro, que ya habia dado vuelta su caballo i emprendido la carrera.

Por supuesto, el sitio en que quedaba Barbosa no era la posicion que debia ocupar, sin no la línea, marchando de frente hasta llegar a ella, i formar el ala derecha como se lo pedia con tanta insistencia.

Sin embargo, ya que no ejecutaba movimiento tan oportuno, mejor era que permaneciera ahí en lugar de replegarse a Chorrillos como lo estaba haciendo. Aunque mui a

retaguardia de la línea de combate, siempre quedaba paralelamente a nuestra ala derecha, para cubrirla desde ese punto con mayor rapidez que desde Chorrillos en el momento de recibir la orden de avanzar. Pudiera suceder tambien que el enemigo viendo completamente abierta el ala derecha i avanzando poco a poco sin encontrar nada que le estorbára el paso, llegára hasta ahí, procurando por un movimiento envolvente, tomar la retaguardia de nuestra línea. En tal caso, la brigada serviría de poderoso dique para detenerlo, cerrándole el camino de Chorrillos.

Miéntras el coronel Barbosa se quedaba así cerca de San Juan, esperando órdenes del jeneral, Isidoro Errázuriz, Adolfo Guerrero i yo seguíamos galopando en su busca hasta llegar por los rieles del ferrocarril de Chorrillos al pueblo del Barranco.

Habíamos avanzado bastante hácia la línea de fuegos, y encontrándonos ya en una zona mui peligrosa de balas nos retiramos despues de haber preguntado en todas partes por el jeneral, sin que nadie nos diera noticia de él.

Yo me decia a mí mismo, i sin comunicárselo a los compañeros: es inútil buscar al jeneral por estos lugares donde cruzan balas; debe estar mas a retaguardia.

Volviendo, divisamos por un potrero i como caminando a nuestro encuentro, un grupo de militares i paisanos a caballo. Creímos que fuera el jeneral i apuramos el paso. Era el ministro de la guerra con sus ayudantes, Altamirano, Joaquin Godoi, Alvarado i otros,

Yo no puedo, no tengo derecho de dar órdenes, me contestó el ministro.

Pero, señor, le repliqué, ¿ni aún a mérito de circunstancias extraordinarias cuando no se encuentra al jeneral i la cosa es tan urgente que puede llevarnos el diablo sino se hace?

Nó, Don Manuel, me repitió el ministro; es imposible, yo no puedo ni debo dar órdenes de ninguna clase porque es romper la unidad de accion e introducir confusiones, esponiéndonos, si mandan muchos a la vez, que las órdenes se choquen i contradigan, quedando al fin muchas de ellas sin ejecucion.

Está bien, señor, le contesté, i dando vuelta el caballo me dirijí a mi sirviente, ordenándole que fuera inmediatamente al campamento a recojer una maleta pequeña en donde tenia algunos papeles i útiles de viaje.

Nuestro campamento estaba a retaguardia i hácia el lado de ¡ San Juan, i yo tan seguro que por ahí vendría el enemigo, que por eso mandé buscar la maleta.

Parece que al ministro le hizo alguna impresion lo que le dijera porque un instante despues, como preocupado i pensando sobre el asunto, montó resueltamente a caballo i empezó a avanzar hácia la línea rectamente primero, i en seguida inclinándose a la derecha por los primeros potreros que encontró comunicados con el camino público. Toda la comitiva lo seguia hasta que en un segundo o tercer potrero encontramos al jeneral capeando la batalla i con las alas encojidas como un gallo que quiere saltar la rueda.

sorpresa en cuya realidad creía más que en la incompetencia de Baquedano? Pues, amigo, mi barreno i preocupacion del ála derecha me dieron la clave en el acto. No hai duda, me dije, que los peruanos observando desde temprano que nuestra ála derecha no está formada, i que por ese lado no tenemos ni siquiera un soldado, nos sorprenden rompiendo los fuegos por la izquierda para llamarnos la atencion i envolvernos en seguida por la derecha, flanqueando nuestra línea i tomándonos hasta por retaguardia.

Con esta reflexion adquirí tal conviccion de la situacion, que habría apostado mil veces mi cabeza, asegurando que lo que yo pensaba estaba sucediendo real i verdaderamente a una legua i media de nosotros.

Entónces, delante de veinte personas, entre las cuales estaban Altamirano, Joaquin Godoi, Vicente Dávila, Isidoro Errázuriz, Rafael Gana, Alvaro Alvarado, Daniel Riquelme i otros que no recuerdo, me dirijí en voz alta al ministro, diciéndole: Es seguro que en éstos momentos los peruanos hacen algun movimiento envolvente por la derecha i en poco rato más vamos a tener enemigos de flanco o a retaguardia de nosotros. La única fuerza que hai por ese lado, pero muy a retaguardia de la línea, es la brigada del coronel Barbosa que ha quedado esperando órdenes. Si usted me manda, iré en el acto a ordenarle que avance de frente hasta llegar a la línea o sujetar al enemigo donde lo encuentre.

XIX

Roto el fuego por la guardia peruana en el ala izquierda nuestra, la confusion i desórden producidos en el primer momento de la sorpresa, trajo cierta dispersion en los cuerpos, por la cual resultaron unos cuatrocientos o quinientos hombres bastante corridos a la derecha. Reunidos estos en una arboleda fueron nuestra tabla de salvacion.

Once batallones peruanos venian silenciosamente por ese lado ejecutando el movimiento envolvente de que tanto habia hablado yo. Avanzaban tranquilos i seguros que nadie les estorbaría el paso, por que tenian completa certeza de que nuestra derecha estaba abierta i enteramente abandonada.

Ademas de los reconocimientos que probablemente habrian estado practicando durante toda la mañana, acababan de despachar una avanzada o descubierta de caballería que llegó hasta las casas de San Juan, convertidas en hospital de sangre, obligando a los heridos que no estaban graves a tomar rifles i prepararse a una heroica resistencia. La avanzada alcanzó a tomar presos a tres sirvientes de las ambulancias.

Convencidos así los peruanos, que tenian franco el camino para pasar a retaguardia de

nuestra línea, marchaban como acabo de decirle a usted, con entera confianza, cuando de repente fueron detenidos por los cuatrocientos o quinientos dispersos de la arboleda que rompieron los fuegos sobre ellos.

Un momento despues apareció por ahí el bravo comandante Búlnes con sus carabineros de Yungai, i dándoles una bizarra carga, probablemente, a sus primeras compañías de tiradores, los hizo retroceder.

Esta doble circunstancia, de los dispersos de la arboleda i de la aparicion tan oportuna de los carabineros de Yungai, hizo creer seguramente a los peruanos que ya nuestra ala derecha estaba reforzada, o mas bien dicho, cubierta; i se quedaron plantados no solo para no avanzar un paso más, sino para disolverse poco despues por órden del Dictador, que viendo fracasado su gran golpe les mandó retirarse, considerándolo todo concluído.

Estos son los once batallones de que hablan los peruanos que no dispararon un solo tiro, quejándose de Piérola por no haberlos mandado a reforzar la derecha de ellos que combatía con nuestra izquierda. Suponian, probablemente, que el objetivo de Piérola era ese costado de nuestra línea i no envolvernos por la derecha miéntras nos entretenia con la sorpresa de la izquierda, cuya combinacion mas clara que la luz del dia le habría dado brillantes resultados si sus once batallones hubieran tenido el suficiente valor para llevarlo a cabo, no deteniéndose delante de quinientos dispersos i doscientos carabineros de Yungay.

Figúrese usted, amigo Ibañez, lo que habría pasado si mientras el coronel Lagos apurado por la izquierda, en medio de la confusión i desórden producidos por la sorpresa, hubieran aparecido esos once batallones por retaguardia envolviendo en su círculo, al jeneral en jefe con todo su Estado Mayor; a los doscientos oficiales que cruzaban en todas direcciones buscando sus cuerpos, comunicando órdenes i recojiendo dispersos; a la artillería colocada en distantes potreros sin infantería que la protejera; a la caballería atascada en callejones estrechos; a las piaras de mulas conduciendo municiones; i en fin, a mas de mil quinientos soldados, sin armas, con todas las trazas de la borrachera de Chorrillos, i que revueltos i confundidos con una multitud de paisanos i mujeres, vagaban por potreros, callejones i caminos, aumentando el laberinto i fomentando el desaliento con relaciones falsas para disculpar su ausencia de las filas, ayudados todavía por las alaracas de las mujeres que recibían a los heridos salidos de la línea, con mil aspavientos, de alarma, miedo i terror.

La avería estaba pintada, la derrota en la atmósfera i en la imaginacion de todos el recuerdo del desastre de Tarapacá!

Era necesario hacer esfuerzos sobrehumanos i esta vez le tocaba a los jefes i oficiales sostener i animar al *jeneral pílito*, que con el cuerpo cortado por la embriaguez del día anterior, no tenía los nervios tan bien templados como de costumbre.

Esos esfuerzos los hicieron todos, ménos el jeneral Baquedano, que constantemente a retaguardia, no podía salir del aturdimiento de la sorpresa, permaneciendo como un autómatá, que ignora completamente lo que pasa a su alrededor, sin poder darse cuenta de nada.

¡Ni una medida, ni una órden, ni un solo movimiento que revelara accion, voluntad, deseos de ponerse a la altura de la situación, de tomar la responsabilidad de su cargo, dando ejemplos de abnegacion que fueran estímulo i aliente para su ejército! En una palabra, no hizo la intencion de morir por su pátria, como tantos otros que la probaron o con su sangre, o soportando una lluvia de plomo sobre sus cabezas!

Hasta el ministro de la guerra, con el jeneral Saavedra i un grupo de *cucalones* acompañaron a los carabineros de Yungai en el intento de una segunda carga por el ala derecha, cuando todavía los once batallones destinados a tomarnos la retaguardia parecían querer avanzar, continuando su movimiento.

Si yo entrara a referir a usted todos los actos de valor, presencia de espíritu, abnegacion i nobles resoluciones para aceptar el sacrificio de tantos jefes i oficiales, me perdería en detalles, detalles preciosos es verdad, pero tendría que alargar esta carta muchos, muchísimos pliegos, quitándole completamente el carácter de polémica, único que debe tener en las circunstancias actuales.

En medio de aquel patriótico esfuerzo de todos para contener al enemigo i enderezar los

entuerros de aquella batalla, producidos por lo inesperado de una sorpresa injustificable i mil veces desleal de parte de nuestros enemigos, el único que dictaba algunas órdenes jenerales, supliendo la ausencia absoluta de Baquedano, era el Jefe de Estado Mayor, jeneral Maturana. Los otros jefes de division de brigada era natural que atendieran lo quei de más de cerca les tocaba, sus respectivos cuerpos.

El ordenó a la brigada de Barbosa exactamente lo que yo le había dicho a las dos de la tarde: cubrir o formar el ala derecha. Ignoro la hora en que el coronel recibiera ésta orden, i si lo encontrára en el mismo sitio donde yo lo dejé, lo cierto del caso es que a las cinco i media de la tarde, i cuando ya casi todo estaba concluido, aparecieron unos fuegos de artillería, allá, en la falda de unos cerros, cerca de Monterrico Chico. Todos creímos en el primer momento que eran fuegos enemigos, llamándonos mucho la atencion que se descubriera una nueva línea de fuertes que no habían funcionado en la batalla de San Juan ni al principio de la presente.

Despues, supimos que esos fuegos procedían de la brigada Barbosa, que en lugar de avanzar de frente para entrar pronto en línea, se fué a dar un rodeo de legua i media, perdiendo así las mejores i mas oportunas horas del combate.

Si el jeneral Baquedano en vez de contestar a Aristides Martinez, que ya no tenia más infantería, cuando Lagos le mandó pedir re-

fuerzos, hubiera dispuesto de esa brigada i de la de Gana, mandando una a la izquierda i otra a la derecha, las cosas habrían pasado de inui distinta manera, i entónces nuestras zozobras i apuros apénas alcanzáran a atormentarnos los primeros veinte minutos de la sorpresa.

Pero, el jeneral Baquedano, como le he dicho ántes, no estaba para dar órdenes, ni entender en nada, portándose como en la batalla de Chorrillos, como en Tacna, como en San Francisco i Pisagua, como en todas partes i como siempre!

Y ahora con mayor razon que nunca, despues del susto que le hicieron pasar las primeras descargas del enemigo, obligándolo a retirarse del fuego a todo lo que daba la rienda de su brioso caballo, despues de dejar su kepí entre las ramas de un árbol i las espuelas en otro, para llegar delante de sus primeros soldados, todavía con los pantalones de ancha franja de laurel, arremangados hasta las rodillas.

¿Qué le parece a usted la figura del jeneral en jefe del ejército de Chile, de un ejército de leones, corriendo de esa manera de las balas enemigas i delante de sus bravos de cien combates?

¿Para qué sirven ya el valor, el patriotismo, la abnegacion i el sacrificio de los espíritus levantados i nobles, si actos como ese merecen la presidencia de la república?

Oh! pensarlo solo me causa, no diré profunda pena, sino soberano desdén por los premios i justicia de los hombres!

XX

Concluida la batalla de Miraflores como concluyen todos los siniestros, que nos sorprenden, manteniéndonos en angustiosa expectativa durante un tiempo que pasa sin medida, para dejarnos despues en pié sin saber cómo ni por qué, contemplando solo las ruinas i las víctimas caidas a nuestro lado; permítame usted decirle algo sobre la sorpresa ejecutada por Piérola, bajo la fé de un armisticio, celebrado por conducto del cuerpo diplomático.

La composicion de esta carta estoi dejándola en un folleto i aunque despues pienso escribir un libro sobre esta parte de la campaña, que ahora he tratado únicamente con relacion a Baquedano i a la política de actualidad, quién sabe qué inconveniente tendré mas tarde para hacerlo, quedando solo el pobre folleto con mi firma, donde para constancia, quiero dejar consignado este gravísimo hecho que mas tarde la historia recojerá bebiendo no solo en las grandes fuentes, sino tambien en los pequeños arroyos.

El 15 a las ocho de la mañana se anunciaba en el campamento la llegada a la estacion de Chorrillos de un tren de Lima que conducia a tres ministros del cuerpo diplomático

para conferenciar con el jeneral i los representantes de Chile sobre proposiciones de paz del dictador Piérola.

Estos ministros eran los honorables Spenser Saint John, representante de la Gran Bretaña; Domet de Vorges, de Francia i Jorje Tezanos Pinto de la República del Salvador.

No sé si los honorables ministros llevaron proposiciones formuladas por parte de Piérola o si simplemente trataban de consultar a su nombre la opinion i exigencias del jeneral i representantes de Chile.

Estos exijieron la entrega del Callao con la escuadra i todos sus fuertes para trasladar al ejército i tratar desde ahí con el gobierno de Lima las condiciones de la paz. No pudiendo los diplomáticos contraer tal compromiso sin consultar a Piérola para que le diera o negara su aprobacion, convinieron de palabra en una suspension de armas que debia durar hasta las 12 de la noche, pudiendo ambos ejércitos movilizar tropas i tomar posiciones de combate. Este armisticio no tenía mas objeto que dar tiempo a Piérola para contestar las proposiciones hechas por parte de los representantes de Chile, sobre la entrega incondicional del Callao.

Los honorables diplomáticos volvieron a las nueve i media al campamento de Piérola e imponiéndole del armisticio que éste aprobó, pasaron a Lima quedando de regresar a la una i media de la tarde para ver que otros servicios podian prestar a los belijerantes, en obsequio de la paz.

Efectivamente, a la una i media en punto estaban de regreso los tres honorables ántes nombrados, acompañados de los ministros de Alemania, Italia, Espana, Estados Unidos de Norte América, Brasil i República Argentina.

Pasaron al salon de recibo i ahí esperaban al Dictador que en esos momentos hacia las once acompañado de los almirantes francés é inglés.

Momentos ántes habia llegado al comedor un ayudante mui ajitado diciéndole a Piérola, delante de los almirantes, que el ejército enemigo se acercaba mucho. Piérola le contestó: calma, calma, no hai que hacer fuego, estamos en armisticio. Quince minutos despues llegó otro ayudante demostrando igual ajitacion i repitiendo la misma noticia. Recibió del Dictador idéntica contestacion que el anterior.

Por fin, pocos minutos ántes de las dos de la tarde se sienten descargas cerradas i en el acto un tercero entra al comedor diciendo: traicion! traicion! el enemigo ha roto los fuegos.

El señor de Piérola, actor principal de la comedia i protagonista de la funcion, abre en el momento la puerta del comedor que caía a la sala de recibo i parándose delante del cuerpo diplomático dice: Señores: todo ha concluido, el enemigo nos traiciona.

Sale en seguida al patio, toma su caballo i se vá a recorrer la línea de batalla dejando a los nueve ministros dándose vuelta, aturridos i confundidos i sin saber que hacerse, en me-

dio de aquella confusion i lluvia de balas que caían como granizos sobre las paredes i tecaumbre de la casa.

El tren se habia vuelto a Lima, los caballos que poco há llenáran el patio de la casa eran tomados por sus respectivos oficiales para marchar a la línea de combate, i aquellos hombres a pié, aislados, sin conocer los caminos, ni tener quien los guiára, no sabian para donde tomar, ni adonde dirigirse. Al fin creo que dieron con los rieles del ferro-carril i emprendieron una precipitada fuga hasta salir de la rejion peligrosa de las balas.

Llegaron a Lima en completa derrota, en el mas lamentable estado i maldiciendo mil veces a los chilenos bandidos, a los infames traidores.

El dramaturgo habia producido la impresion que necesitaba. Lo de la ruptura de los fuegos creyó que jamás se averiguaría, perdida la hebra en el laberinto del combate i dejado el asunto a la eterna controversia de dos belijerantes, que el uno afirma i el otro niega.

Felizmente, para nosotros, la cosa fué tan clara i evidente que los peruanos no se han atrevido a negarla dejando establecido sin la menor contradiccion que los batallones "Marina" i "Guardia Peruana" fueron los primeros en romper los fuegos.

La premeditacion del golpe, la acusa no solo la comedia de Piérola ante el cuerpo diplomático i los almirantes extranjeros, con ayudantes preparados de antemano para ir

poco a poco sentando el precedente i produciendo la necesaria impresion con alarmas i avisos repetidos. sino tambien el movimiento que desde temprano hubo en el campamento de Miraflores, precisamente cuando el armisticio les permitia estar tranquilos, como sucedió en el campamento chileno que se paralizaron los movimientos de tropa, interrumpiéndose la formacion de la línea para dar descanso a los soldados i dejarlos ocuparse tranquilamente de la preparacion de su rancho.

Mientras así nos dejábamos dormir en esa ciega confianza, el Dictador hacia marchar todas las fuerzas que habian en Lima i el Callao llegando a Miraflores, unos tras otros, los trenes cargados de tropa. En toda la línea se abrian cajones de municiones repartiéndose de prisa i con toda actividad.

Las rabonas que nunca se separan del ejército peruano sino momentos ántes de una batalla, habian sido desde temprano, retiradas de la línea, botándolas para Lima. Por último, el siguiente parte telegráfico encontrado en la prefectura del Callao, es la mayor confirmacion de todos los antecedentes espuestos.

TELEGRAMA DE PALACIO.

Lima, enero 15.—1 P. M.

SR. PREFECTO:

Del ferro-carril de Miraflores participan que dentro de pocos momentos comenzará combate. La línea tendida solo espera la órden de hacer fuego. Mucho entusiasmo.

VELAZCO.

Este telegrama era recibido en el Callao una hora ántes de romperse los fuegos. Puede haber prueba mas evidente?

XXI

El 16 fué el dia del gran acontecimiento.

La batalla del dia anterior habia llevado a nuestros soldados, persiguiendo al enemigo, hasta las puertas de Lima i ahí se les tocó retirada a fin de impedir la entrada de noche a la ciudad, no sabiéndose además que nueva resistencia presentaría el enemigo dentro de su recinto.

Recojidos a nuestro campamento, la noche del 15, despues de la victoria de Miraflores, el ministro de la guerra me decia, paseándonos, a las diez de la noche, en un potrero desde donde divisábamos cinco incendios; el de Chorrillos, el del Barranco, el de Miraflores, el de la Comuna de Lima i el de la escuadra en el Callao. "Ninguna operacion habria mas importante i oportuna que reorganizar esta noche misma una division i atacar a Lima a la madrugada, sorprendiéndola en medio de la confusion i espanto que debe haberles producido la derrota de esta tarde. Pero es imposible hacerlo por el estado en que se encuentra el ejército. Estoy resuelto a impedir que el jeneral entre a Lima combatiendo, por

que nos perderemos todos, repitiéndose como indudablemente se repetirá la escena de Chorillos i lo que ahora mismo está pasando con los incendios que divisamos.”

“Para entrar a Lima, es necesario hacerlo tranquilamente, con orden, vijilancia i severa disciplina. No debe tampoco entrar todo el ejército a la vez sino ocuparla primero con una division, acantonando las otras en los alrededores hasta que pase el efecto de estas borracheras que hoy nos han puesto en peligro de perderlo todo.”

“Nos veremos forzados a ponerle sitio i esperar que se rinda por sí sola. Tomarla combatiendo i venciendo resistencias, el ejército se pierde i con él nos perderemos todos. Es una operacion imposible en las circunstancias actuales.”

Tal me decia el ministro durante una larga e íntima conversacion de campamento, i a fé que yo le encontraba mil veces razon para pensar i obrar así. Yo en su caso, habria pensado i obrado exactamente de la misma manera.

¿Qué le parece a usted, amigo Ibañez, lo que puede, lo que importa un acto de desmoralizacion en un ejército, que impide hasta perseguir al enemigo en su última derrota por miedo de entrar a la ciudad que se desea tomar i que ha sido el objetivo de toda una larga campaña?

Despues de una noche de insomnio pensando que aún se alargaba el plazo para llegar a la meta, teniendo que esperar quién sabe cuán-

tos dias para que la suspirada ciudad se rindiera; amaneció por fin, el día 16, triste como la noche anterior.

Aquellos incendios, aquellos centenares de cadáveres, aquellos miles de heridos, aquellas dos formidables batallas, ¿no eran suficiente todavía para darnos la posesion de Lima i el Calloa?

¿Ibamos a sitiar, a bombardear, a librar combates parciales de cada dia, de cada hora, i cada instante?

¿Mas incendios, mas sangre, mas zozobras, mas peligros?

¿Hasta cuando?

En estas torturas i luchas del espíritu, corrian tristemente las horas del 16, cuando a la una o dos de la tarde anuncióse de improviso la presencia, en nuestro campamento, del alcalde municipal de Lima, señor Torrico, acompañado del ministro de la República del Salvador, señor Tezanos Pinto, que venian a nombre del pueblo a rendir la capital incondicionalmente.

Ud. calculará la impresion de alegría i de contento que ajitaría nuestro corazon, con una novedad de tal magnitud, despues de tantas horas, no de desaliento, sino de fatiga de espíritu con tanto horror, tanta matanza i tanta sangre derramada inútilmente despues de la batalla de Chorrillos.

La entrega i rendicion de Lima quedó acordada para el dia siguiente, debiendo mientras tanto, custodiar la ciudad, los extranjeros organizados en guardia urbana.

Al estenderse esta noticia por los campamentos me parece que a todos les pasaría lo que a mí: alzar los brazos, hinchar el ancho pecho i decir con robusto aliento: todo está concluido! viva Chile!

Por eso le he dicho mas arriba, que el 16 fué el dia del gran acontecimiento. La obra de Chile estaba concluida, la magna campaña quedaba sellada para siempre!

Como amanece para los niños un gran dia de fiesta, así amaneció para nosotros el 17. Todos los semblantes alegres, risueños i contentos reflejaban la satisfaccion que reinaba en el espíritu de cada uno. Estábamos a dos pasos de Lima, de la gran metrópoli del Perú, de la orgullosa capital de un pueblo que nos habia retado durante tanto tiempo a fiero combate, a duelo a muerte, en el cual debíamos encontrar nuestra tumba; i ántes que el sol ocultára en el ocaso los últimos rayos de su dorada luz, ya los cascos de nuestros jinetes habrian hecho retumbar sus calles, las músicas marciales de nuestros infantes anunciado a sus consternados habitantes la entrada triunfal de los vencedores de cien combates, i una salva de nuestros poderosos Krups, indicando a todos, que la bandera de Chile flameaba en el palacio de Pizarro, como enseña, como símbolo del honor de un pueblo a quien no en vano se provoca, sin recibir las pruebas de lo que pueden su constancia, su valor i su patriotismo!

El movimiento de los campamentos presentaba esta vez un aspecto que no habiamos

visto ántes. Todos se ocupaban de arreglar sus útiles de viaje, escobillar sus ropas, sacar del fondo de las mochilas o pequeñas maletas el mejor vestido de parada, lavarse, peinarse, limpiar sus armas, preparar los caballos etc.

Eran los viajeros que tras larga i penosa jornada se detienen un momento delante de la ciudad para sacudirse el polvo del camino, i entrar con la decencia i compostura debidas!

Eran los navegantes de procelosos mares que llegando al puerto i antes de dejar la nave, sacuden sus arrugadas ropas para saltar a tierra i entrar a la ciudad divisada con los ojos del espíritu, cada mañana i cada tarde desde muí lejanos horizontes!

Eran, por fin, los nobles guerreros que despues de dos años de cruda campaña i de una travesía de mil quinientas millas, sembradas de combates i victorias, limpiaban la sudorosa frente teñida con el humo de las batallas para presentarse al enemigo con el recato i modestia de jenerosos vencedores!

A las dos de la tarde empezó a desfilar de los campamentos de Miraflores la columna compuesta de las tres armas destinada, esedia, para ocupar la ciudad. El jeneral Saavedra nombrado gobernador de Lima, marchaba a la cabeza, rodeado de un numeroso grupo de ayudantes, jefes de Estado Mayor, capellanes i paisanos. Le seguian dos baterías de artillería, cuatro rejimientos de infantería i dos de caballería.

Recibido en las puertas de la ciudad por el alcalde Torrico i guardia extranjera, organi-

zada el dia anterior para contener los desbordes de la comuna, siguió la columna cruzando las calles para entrar a la plaza, izar la bandera i retirarse en seguida a sus cuarteles.

Antes que ella, ántes que ningun uniforme chileno se viera en las calles de Lima, ya estaban en el hotel Maury, almorzando tranquilamente Rafael Gana i Hempel. Gozando de las flores, en los jardines de la esposicion, Isidoro Errázuriz i Daniel Carrasco que llegaron poco despues al mismo hotel para juntarse con sus compañeros. No pudiendo contener su entusiasmo habian abandonado el campamento a las diez de la mañana i penetrado temerariamente a la ciudad, corriendo todos los peligros, en medio de un pueblo enemigo, cuyas calles eran aún cruzadas por los últimos comunistas armados, que durante la noche habian saqueado e incendiado la ciudad.

¿Qué extraño es entónces que los nuestros hicieran otro tanto en Chorrillos, tratándose de una ciudad enemiga, tomada i rendida despues de romper a su alrededor las formidables trincheras i despues todavia de pelear en cada plaza, en cada calle i en cada casa?

Nunca olvidaré amigo Ibañez, aquellas tropas marchando desde la plazuela de la Esposicion hasta la plaza principal para entrar por la calle de Mercaderes. Circunspeccion i compostura igual no se habrá visto jamás en ningun ejército del mundo entrando a una ciudad vencida. Las bandas de música en lugar de

tocar los himnos nacionales, rompián alegres pasos dobles como en circunstancias ordinarias. Los soldados, sérios, sin afectada modestia, ni jactanciosa altivez, marchando tranquilamente i mostrando a los apiñados extranjeros que cerraban las encrucijadas i cubrían las aceras, el mas digno continente. Ni un viva, ni una chanza, ni una palabra descompuesta o irónica, ni una sola mirada, en fin, que pudiera traducirse por altanería, por orgullo de innobles vencedores.

Después, ese ejército ha seguido dando pruebas constantes de moralidad i disciplina que lo ponen a una enorme distancia, a una inmensa altura de la noche del 13 en Chorriillos.

Esto le probará a Ud. que con nuestro ejército puede hacerse lo que se quiera, consistiendo todo en la severidad, vijilancia i atención del jeneral que lo dirige, gobierne o mande. El fondo i la índole del soldado chileno descubren cualidades tan sorprendentes, que no son comunes en otros pueblos. Valiente, franco, jeneroso, alegre i despierto de entendimiento, es en campaña i en el cuartel lo que el colejial en la calle i en las aulas. Pero, como éste, si el padre de familia o el profesor no lo contiene, o por el contrario, le deja rienda suelta, de colejialada en colejialada irá hasta peligrosas tunanterías.

Nada hai mas perjudicial para el soldado chileno i que le haga perder más rápidamente sus buenas cualidades, que el licor. Sanguíneo i robusto por naturaleza los estimu-

lantes, como el alcohol, irritan de tal manera sus bien templados nervios, que la riqueza i exuberancia de vida con sus instintos animales se sobreponen en un instante a todas las manifestaciones del espíritu.

Por eso, Baquedano, tolerando o disimulando la borrachera de Chorrillos, cometió la mas grave falta que puede cometer un jeneral chileno, al frente de un ejército i todavía mucho más en las circunstancias harto graves i difíciles en que nos encontrábamos sin saber si debieramos librar nuevos combates i vencer nuevas dificultades.

Pero volvamos a Lima, amigo Ibañez, término de nuestra tarea i descanso ya para usted, en breve rato, de la pesada lectura de esta carta.

XXII

El jeneral en jefe entró al dia siguiente 13, i fué directamente a desmontarse al palacio de Pizarro, tomando para su alojamiento el departamento principal, es decir, la residencia habitual de los presidentes del Perú.

¿A quién correspondía ese departamento; al ministro de la guerra, representante del gobierno de Chile o al jeneral en jefe del ejército?

Ab-olutamente, el ministro se preocupó de ello porque ántes de descansar i buscar un

rincon donde alojarse, andaba recorriendo los alrededores de Lima para conocer la topografía del terreno i ver como debian acantonarse los cuerpos. El mismo en persona habia ido a recibirse de las baterías del San Cristóbal, pasando despues al Callao i en seguida a Ancon. No hubo rincón que no registrase i conociera en pocos dias, i solo despues de esploraciones tan útiles vino a pensar en buscar un alojamiento.

Tuvo que irse al hotel i de allí a una casa particular, porque el jeneral Baquedano ocupaba con toda *san facon* el departamento de Palacio.

Nunca le ví a este hombre una señal de consideracion por el ministro, algun acto de deferencia por el representante del gobierno, sino al contrario, buscar siempre la manera como dejarlo en segundo término para presentarse él en primera línea.

A propósito de esto, le contaré un caso que me hizo reir mucho. El dia que se celebraron en la Catedral las exequias fúnebres por los muertos de las últimas batallas, cansado de esperar en la plaza, entré a la iglesia a sentarme en una silla o banca cualquiera. Junto al coro habia una hilera de butacas i dos varas más adelante, en el centro de la nave, tres grandes poltronas.

Comprendiendo que las tres poltronas estaban destinadas a nuestras principales dignidades, el ministro de la guerra, el jeneral en jefe i el almirante, tomé asiento en una de las butacas de la fila de atrás.

Luego llegaron a sentarse a mi lado Don Gaspar Rivadeneira i Daniel Carrasco. Con la ociosidad natural del que espera, empecé a distribuir en la inajinacion los asientos de los costados i centro de la iglesia, pensando quienes debian ocuparlos. Por supuesto, partí del centro, i coloqué al ministro en la poltrona del medio, a la derecha al jeneral Baquedano i a la izquierda al almirante Riveros.

Muy pocas colocaciones habia alcanzado á dar, cuando de repente se oyó la música en la puerta de la iglesia i en seguida el tropel de la comitiva que entraba. Quien le habia de decir a usted que Baquedano venia adelante a tranco largo, atropellándose i casi corriendo para tomar su asiento. Como por el costado por donde entró equivocadamente, a causa de su aturdimiento, estaba cerrada la nave por una doble hilera de sillas estuvo vacilante un momento entre saltar por encima, o retirar las sillas i pasar por el claro que abriera. Mirando hácia las poltronas i viendo que nadie asomaba por el lado opuesto para disputarle el asiento, se decidió a pasar por entre las sillas, que fueron a dar allá por la precipitacion con que las hizo a un lado.

Tomó la poltrona del medio i le indicó la derecha al almirante Riveros que seguia detrás. Un rato despues apareció el ministro por el otro costado de la nave, es decir, por la verdadera entrada, con toda la tranquilidad i calma de un caballero, i tomó la izquierda del jeneral, que éste todavia tuvo la impavidez

de mostrarle, haciéndole una media indicacion con la mano.

Cuando ví al jeneral entrar atropellándose i haciendo el ademan de querer pasar por encima de las sillas, me acordé de los tiempos del Seminario en que entrábamos a la catedral de Santiago, corriendo i saltando por entre la triple hilera de bancas para tomar asiento en primera línea i quedar a la espectacion de las de casa.

Pasado ese primer momento de risa interior, al ver la puerilidad de aquel hombre, cargado de galones, obrando como un colejial de doce años, empezó a fastidiarme su marcada pretension de poner siempre al ministro en segundo o tercer término como sucedía en ese momento.

¿Podrá creer alguien, en Chile que Baquedano, el respetuoso Baquedano, el constante palaciego i eterno cortesano se haya manifestado de esa manera con su jefe, el ministro de la guerra?

Estoi seguro que nadie, i con mucha mayor razon ahora que debe estar haciendo el candidato, escondiendo las uñas i mostrándose manso, humilde i amable.

Es que allá, amigo mio, no pueden calcular cuánto ha variado este hombre con sus pretensiones a la presidencia i el humo de sus reflejadas glorias. Despues de las batallas de Tacna i Arica ya empezó a notarse el cambio, cambio que fué haciéndose cada dia más sensible a medida que se aproximaba la entrada a Lima, último escalon del pedestal

que le formára el ejército de Chile, sin que él tuviera ni el trabajo de subir sus gradas, suspendido por la fuerza impulsiva de los acontecimientos.

De pié ya sobre ese pedestal no pensó sino en volver a Chile, a recoger los laureles i aceptar la candidatura que le estaba ofrecida desde ántes de entrar a Lima.

Durante los treinta i tantos dias de su permanencia aquí, solo se ocupó en falsificar el certificado que debia presentar a Chile como credencial de su conducta en las últimas batallas.

El exámen prolijo de todos los partes, tanto de los jefes de division i de brigada como de los comandantes de los cuerpos, a fin de no dejar una sola palabra que pudiera presentarlo bajo dudosa luz, convirtió su secretaría en verdadera oficina de fielatura para poner el sello solo a los que tenian la medida fijada por él.

Durante muchos dias no se hablaba ni discutia otra cosa entre los jefes del ejército, que de las rectificaciones i borraduras suplicadas, exigidas i por fin, mandadas compulsivamente cuando las negativas tomaban carácter de resistencia.

La última i más importante de esas resistidas rectificaciones, que casi trajo un conflicto, fué la del Jefe de Estado Mayor, jeneral Maturana, a quien se le exijia variar su parte sobre la batalla de Miraflores por no figurar en él el jeneral Baquedano, dando ór-

